

Selecta

Eneida
Wolf

UN CONTRATO
TENTADOR



Un contrato tentador
Escándalos de temporada 3

Eneida Wolf

Selecta

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

*Para Eva y Elena,
que quieren a John tanto como Jane.*

Capítulo 1

RUMORES E IMPRESIONES

No se hablaba otra cosa en los salones que el escandaloso matrimonio en *Gretna Green* de George Frayes y Rose Leverton. La duquesa viuda de Essex se había fugado con el futuro Conde de Clarence hacía poco más de dos semanas, y habían vuelto como mujer y marido poco antes de que el padre del joven George hubiese fallecido. Los rumores decían que Frayes suspiraba por ella desde antes de que se casara con Essex; otros, que la había comprometido de tal manera que estaba embarazada y que por eso la prisa de desposarla. Era lo único que se mencionaba en los salones: el rumor más suculento de la temporada.

Las habladurías no hacían más que acrecentarse ya que, ninguno de ellos ni de sus más allegados amigos o familiares lo desmentían ni lo afirmaban, y era que las amigas de Rose estaban al tanto de todo lo que había ocurrido y no pensaban avivar tales rumores, pues sabían muy bien que la gente terminaría cansándose y que otra cosa sucedería mucho más intrigante y reciente.

Jane Bradford, una de sus amistades más fieles, no se mantenía ajena a esos rumores, pero sí los ignoraba, al igual que la otra amiga recién casada, Beatriz de Velarde. Acababa de llegar de su luna de miel en España y estaba de un humor excelente, o eso le pareció en cuanto cruzó el salón de baile para ir a su encuentro.

Su piel estaba un poco más bronceada de lo normal, algo chocante en los

salones de Londres, donde casi todas las jóvenes lucían una blancura casi mortuoria. Ya de por sí la condesa y también duquesa se destacaba por su belleza exótica, sus ojos pardos inteligentes y su vestuario tan a la francesa, pero hoy, sin duda, era exagerado.

—Por fin apareces por aquí; el final de temporada se me está haciendo muy difícil —confesó Jane—. Se nota que no has estado por aquí.

—El sol de allí es una maravilla, no como aquí, que apenas se percibe. Pero nada va a ponerme hoy de mal humor, ni siquiera lady Penélope y sus aires de fulana descarada.

Si alguien se había ganado la antipatía de Beatriz, esa era lady Penélope, una viuda que, a principios de temporada, había intentado dar caza al que en ese momento era su marido, sin ningún éxito, haciendo que muchas cosas se malinterpretasen.

Lo cierto es que Beatriz había vuelto más bronceada y sonriente. No le extrañaba ni pizca, si ella hubiese terminado casada a la primera temporada, y con nada más y nada menos que con un duque, también estaría de un humor excelente. Pero esas cosas, Beatriz de Velarde, o ahora ya Hayes, no las valoraba en absoluto.

—¿Dónde está tu marido? —preguntó al no verlo a su alrededor como era habitual en él.

El duque era un hombre posesivo, o esa era la impresión que tenía Jane de él por la forma en la que vigilaba a Beatriz, sin éxito alguno, ya que siempre terminaba haciendo lo que le venía en gana.

—Hablando con mi tío. ¿Rose no ha venido?

Jane la miró con incredulidad.

—Beatriz, si todo el mundo está diciendo lo de su fuga. No se presentarán en el salón de lady Catherine como si nada hubiese pasado. Acaban de protagonizar el escándalo de la temporada ella y George —la regañó.

—Se han casado; no están viviendo juntos en pecado ni nada parecido. No ha habido ningún divorcio como los que tenéis por aquí ni nada parecido.

¿Dónde está el problema?

—Ir a *Gretna Green* siempre es un escándalo, se mire por donde se mire. Hay que apaciguar las aguas hasta volver a navegar en sociedad —explicó Jane armándose de paciencia.

—Qué tontería, pero qué se le va a hacer, así de remilgados sois los ingleses. Ahora hablemos de lo importante: tú.

Esa mujer la exasperaba, no tenía duda alguna. Su falta y sentido de la realidad la ponían de los nervios, pero cuando había existido la posibilidad de que se marchase para siempre, no le había gustado la idea. En realidad, la había detestado. Beatriz se había convertido en uno de sus pilares más fundamentales de su vida y una verdadera amiga.

—¿Yo? No soy importante. Soy lo menos importante que camina por aquí —dijo resignada.

—Ya hemos tenido esta conversación miles de veces. ¿Has hablado con mi tío? ¿Has bailado con mi tío? ¿Has seducido a mi tío?

Jane se puso colorada hasta la médula y la mandó a callar de inmediato. Su tío, John Clayton, era el hombre más maravilloso que conocería jamás y también el más atractivo. Él y la madre de Beatriz, Lydia Clayton, se llevaban más de diez años de diferencia, y esta hacía más de veinte que se había fugado para casarse con un conde español, y habían emigrado hacia el continente. Por desgracia, el conde y la condesa de Medina habían pasado a mejor vida, y Beatriz, que aún era menor de edad, había pasado bajo la tutela de su joven tío, hasta que se había casado con William Hayes, duque de Rutland.

—¡Beatriz! Por supuesto que no. Estamos en medio del salón como para hablar de estas cosas.

—¿No a qué? —insistió la española—. La mitad de las jóvenes casaderas están hablando de estas cosas; no te engañes.

—No a todo. Es el conde de mármol, nunca ha hablado con una dama durante más de cinco minutos, jamás ha bailado con nadie y, por supuesto, es

imposible de seducir.

—No digas sandeces. Mi tío es un hombre... tímido. Introvertido —recalcó—. Es un erudito de los clásicos y su filosofía, se puede tirar horas comentando el suicidio de Sócrates y su método de lo que sea.

—Por eso mismo: yo no soy ninguna erudita y tampoco tengo el aspecto de un libro, así que no se fijará en mí nunca.

Era cierto, apenas le hablaba y, si lo hacía, era para comentar algún libro que se habían prestado. Su conversación se limitaba a eso; ella creía que ni siquiera la veía como a una mujer, sino como a un colega.

—Gracias a Dios eres más agradable a la vista. Y eso de que no va a fijarse en ti, ya lo veremos. Puede ser un atolondrado, pero es un hombre; y los hombres sienten debilidad por las mujeres bonitas.

No supo interpretar la mirada obscena que le envió y no tuvo la oportunidad de preguntarle qué quería decir con eso porque fueron interrumpidas.

—Buenas noches, queridas damas, estáis bellísimas las dos —dijo Benjamin Lodge con el cabello algo cambiado e igual de pálido que siempre.

Jane lo observó, intentando averiguar qué era ese cambio que no reconocía. Y entonces lo notó: el bigote. Llevaba un enorme y poblado bigote acabado en una punta fina y curvada, igual de rubio que su cabello.

—No sea lisonjero. ¿Qué tal le va? —dijo Beatriz, tan desenvuelta como siempre.

—No puedo quejarme. Venía por si la señorita tenía este baile libre —le preguntó a Jane.

—Será un placer.

Sonrió y le cogió la mano para ir a la pista de baile. Benjamin Lodge era lo suficientemente atractivo para que, si se lo imaginaba abrazándolo, no le produjesen arcadas. Era de muy buena familia, barón de Ballymote, rico y de buen carácter. ¿Qué más se podía pedir? Era el hombre perfecto para ella y, lo más importante, tenía atenciones sobre ella.

Debía concentrarse en Benjamin y dejarse de absurdas fantasías con John

Clayton. Había mujeres que podían permitirse soñar, y ella no era una de ellas. Por mucho que le atrajese John, por muy apetecible y perfecto que fuese, debía aceptar que no era para ella.

Se había propuesto que antes de que terminase la temporada, Benjamin y ella hubiesen tenido suficientes encuentros y conversaciones como para que él le hiciese una proposición. Ese si era un objetivo real y palpable.

—Es una velada encantadora, ¿no le parece? —murmuró Benjamin mientras bailaban.

—Verdaderamente lo es. ¿Volverá pronto a su casa de campo?

—Tan pronto como me sea posible. Detesto la ciudad; no hay nada mejor que el campo. El aire puro que se respira y su tranquilidad es lo mejor que hay.

—Estoy de acuerdo. Esa tranquilidad es ideal para acurrucarse delante de la chimenea y leer.

—Yo prefiero las actividades al aire libre, como los paseos o la pesca. ¿Has ido de pesca alguna vez?

Jane no puso mala cara, pero si hubiese tenido la oportunidad habría arrugado la nariz. Odiaba la pesca, su padre era un obseso y la llevaba cada dos por tres aunque era una actividad no dirigida a las señoritas, y tampoco muy practicada entre los nobles, pero parecía que el barón estaba fascinado por esta y completamente obseso.

—Mi padre solía llevarme —se limitó a responder.

—Es fantástico, fantástico.

«Jane, no pienses en cosas negativas. Tiene otras muchas cualidades, eso son nimiedades. Es un barón, es rico, es amable... y le gusta la pesca y tiene un bigote horrendo».

Maldijo la hora en que John Clayton se le había cruzado por su camino; en ese momento no podría encontrar perfecto a nadie más que a él. Y es que John era la perfección en persona, no había ser más hermoso sobre la faz de la tierra, estaba convencida de ello.

Al menos cientos de personas se congraciaban en aquella casa, concretamente en su salón de fiestas. Un pequeño círculo selecto, la *crème de la crème* de la sociedad inglesa, casi todos de origen noble, otros pocos de grandes fortunas burguesas y siempre corría por allí algún intelectual. Por ende, el mismo John Clayton rondaba por allí, aunque no fuese de su agrado aquel lugar. Había acudido para ver, con sus propios ojos, que su sobrina Beatriz de Velarde se encontraba en perfectas condiciones después de haber regresado de España.

—¿Y planeáis ir a la ópera el sábado que viene? —volvió a preguntarle a William Hayes, su mejor amigo y ya marido de su sobrina.

—En el Queen. Ponen una ópera italiana que Beatriz desea ver fervientemente —respondió William sin muchas ganas.

—No puedo con la ópera italiana. Nadie entiende nada, y todos acuden en tropel. ¿Qué clase de gozo tiene entonces? Y tú, mi querido amigo, opinabas lo mismo que yo —recordó John.

—Si el público no le encuentra sentido, queda liberado de toda coacción. La conversación será igual para todos, no habrá nadie que haya comprendido más o menos de ella así que nadie se pondrá pesado —resolvió Hayes dando un trago a la copa que tenía en sus manos.

—¿Qué aliciente tiene entonces?

—La música, John. Y el hecho de que la nobleza se vuelva loca por esta la ha hecho popular. Y no, no me entusiasma, pero no pienso dejar a Beatriz que acuda sola, y menos en un espectáculo como ese.

—Temes un escándalo, por lo que veo —dedujo John.

—Claro que no; tu sobrina sabe ser encantadora cuando quiere, y más ahora que me he enterado de su pequeño negocio —dijo visiblemente enfadado.

—¿Qué negocio?

—Algo totalmente inconcebible, pero no voy a aburrirte con los detalles. Lo que temo es que otros caballeros empiecen a rondarla. Es increíble el descaro de ciertos hombres.

John se sorprendió al oír aquello; no entendía nada de lo que William

decía.

—¿De qué me estás hablando? ¿Rondarla? Ni que fuese una debutante.

—De que hay ciertos caballeros que se acercan a mujeres casadas para convertirlas en sus amantes. Es inconcebible, ¡inconcebible! Y no se molestan ni en disimular, sino que coquetean con ella delante de mis narices —dijo Hayes muy molesto, tanto que se terminó el contenido de la copa y prácticamente casi la lanzó hacia uno de los camareros que, gracias a su equilibrio y peripezia, pudo cogerla a tiempo antes de que se precipitase en el suelo.

—Nunca hubiese dicho que tuvieses esa faceta de protector y amante celoso, Hayes —exclamó John sorprendido.

—Y no la tengo, pero me irrita ese descaro.

—¿Y eso justifica que acudas a la ópera pese a detestarla?

—No la detesto, solo no me agrada lo suficiente como para acudir todas las semanas. Eso es el matrimonio, John. Dar para recibir, el *quid pro quo* de toda la vida.

—Interesante.

A John no le sorprendió nada cuando Beatriz se acercó a ellos y William dejó un afectuoso beso en su frente. Se había ido, poco a poco, acostumbrando a esas muestras afectuosas entre ellos, nada normales entre otros recién casados. La gente los miraba extrañados e incluso algunos, como Mary Leverton, se atrevían a censurarlos. Pero a William le daba igual; era el duque de Rutland y podía permitirse ciertas excentricidades, y a Beatriz aún más, que seguía usando su apellido de soltera y diciendo que era la condesa de Medina pese a que todos la llamaban duquesa.

No le disgustaba, al menos no del todo. Era mejor eso a que la llamasen simplemente lady Beatriz.

—Tío John, ¿te encuentras bien? Esta noche pareces algo apagado —comentó ella nada más verlo.

—Estoy algo cansado y aburrido. Estas veladas son tediosas... aún no sé

por qué diantres he venido. Podría haberme quedado en casa tranquilamente ante mi chimenea con un buen libro.

—Eso es exactamente lo que me ha dicho Jane —dijo Beatriz de golpe, mostrando entusiasmo.

—Lady Jane, es cierto. ¿Qué tal está? —dijo John, la recordaba perfectamente pues era la única fémina aparte de Beatriz que soportaba.

Era una buena chica, de eso no había duda. Se había cerciorado aquel fatídico día con que él y Hayes no llegasen a las manos. Desde entonces gozaban de una bonita amistad, algo insólito para él.

—Creo que no demasiado bien. La pobre está que se sube por las paredes, no sabe ya qué hacer —mencionó Beatriz bajando la voz.

—¿Con qué? ¿Tiene algún problema? ¿Hay algo que podamos hacer?

—No sé, tío, estas cosas son tan delicadas. Tiene un... pretendiente no deseado.

John sabía que esas cosas eran terribles. Él mismo sufría cierto acoso y derribo por parte de ciertos elementos del género femenino y lo difícil que era librarse de ellas. Sintió pena por Jane, esas cosas no podía soportarlas.

—Pobre Jane, esas cosas no se las deseo ni a mi peor enemigo.

—Tú no tienes enemigos, John —mencionó Hayes, divertido.

—Y, además, cuando eres mujer es muy difícil librarte de ellos. Es lo peor que puede pasarte: te siguen a todos lados, te piden bailes constantemente y encima no puedes negarte. Lo peor es que no puedes estar a solas en ningún momento, pues buscan comprometerte a la menor oportunidad para que no puedas evitar casarte con ellos —explicó Beatriz.

Era lo peor del mundo, una especie de conspiración maligna hacia la pobre Jane. Pero John no sabía de quién estaban hablando, quién era el hombre que describían tan horrendo y vil. Debía salvar a Jane de tal terrible destino, en todo lo que pudiera hacer, por supuesto.

—¿Y quién es ese repugnante ser? —preguntó doblando las comisuras y arrugando la nariz, con cara de asco.

—Ahora mismo está sufriendo sus consecuencias —señaló Beatriz hacia la pista de baile, donde Jane bailaba con Benjamin Lodge.

John abrió los ojos sorprendido. ¡El barón de Ballymote!

—Pobre Jane, actuaré en la medida que sea posible para que se vea privada de su presencia, descuida Beatriz. Voy a pedirle el próximo baile —dijo, y a paso decidido fue hasta allí cuando la música se detuvo.

Mientras William presenciaba aquella escena tan surrealista, se inclinó hacia el oído de su mujer, sintiendo ese cosquilleo en el estómago que no se había detenido desde que la había conocido.

—Si no fueras mi mujer, sirena, te tendría mucho miedo. Vete a saber con quién te empeñarías en emparejarme —le dijo Will al oído.

—Pero, por suerte, lo soy. ¿Crees que John se dará cuenta de que es mentira? —preguntó Beatriz algo temerosa.

—No, yo no me preocuparía por eso, más bien de que tu amiga se dé cuenta de que algo raro ocurre. Estamos hablando de John, el conde de mármol, y le está pidiendo un baile.

—Eso déjalo de mi cuenta. ¿Nos vamos ya? Quiero que me lleves a la luna de nuevo —Beatriz se aferró a su brazo y le susurró esas palabras poniéndose de puntillas.

—Tus deseos son órdenes para mí —respondió él, prácticamente arrastrándola hasta la salida.

Como si estuviese en un sueño, Jane cogió la mano de John y dejó que su mano en la cintura la apretase con firmeza. Estaba casi bailando con John Clayton; parecía una broma macabra del destino darle esa oportunidad cuando sabía que solo sería un mísero baile, pero decidió disfrutar del momento.

—Debe disculpar mi torpeza, no soy un hábil bailarín —confesó mientras intentaba guiarla lo mejor que podía.

—No se preocupe, tampoco yo soy una estupenda pareja. De baile —añadió ella, azorada por completo por el hecho de tenerlo a menos de diez centímetros.

Sí, John Clayton estaba bailando con ella. En ese momento. En aquel salón, rodeados de gente que, apostarían su mejor vestido por esa afirmación, murmuraban acerca de este acontecimiento extraño y anodino. El conde de mármol estaba bailando con alguien, y ese alguien era ella: Jane Bradford. Se decía a sí misma que estuviera tranquila, que actuase con normalidad como si estuviesen a solas. Como si estando a solas no se habría puesto igual de nerviosa.

—Lo hace mejor que yo. ¿Está leyendo algo interesante últimamente?

—Me he pasado a los franceses, pero no se lo diga a nadie o me acusarán de traición ahora que Napoleón se ha fugado de Elba. —Orgullosa de su contestación, cada vez temía menos hablar sin censurarse ante su presencia.

—No se preocupe; será nuestro pequeño secreto.

Definitivamente, aquello era estar en el cielo. Solo que en vez de ángeles alrededor había aristócratas y burgueses de lo más terrenales, sin cantar.

Se dejó llevar por John durante todo el tiempo que duró la canción, hasta que terminó y volvió a la soledad. Él la acompañó hasta uno de los rincones y depositó un beso en su mano enguantada.

—Ha sido un placer, Jane. Espero que podamos repetirlo en otra ocasión —dijo John.

—Por supuesto.

Se estaba sonrojando; notaba un ligero rubor en las mejillas además del corazón latiéndole con fuerza. Pero pronto el efecto desapareció cuando John se alejó de ella.

Al llegar a su casa, Jane no pudo pegar ojo repasando mentalmente cada paso de baile que había dado, cada palabra intercambiada. Así una no podía

desenamorarse, era prácticamente imposible dejar de pensar en John Clayton si este le hacía caso y la sacaba a bailar. Pero debía hacerlo; era primordial pues debía asegurarse de tener a Benjamin Lodge pidiendo su mano al final de esta temporada, y no quedaba nada. Se durmió con la idea de alejarse de él en cuanto pudiese.

Capítulo 2

ANTE LA DUDA, TÉ CON LECHE

No debían ser más del las diez cuando Jane vio entrar en casa a su madre de una forma apresurada. Iba algo desaliñada, nada propio de ella, y parecía tener mucho cuidado de no ser vista. Por suerte ella estaba arriba del todo de las escaleras, donde no podía visualizarla.

Hilary Bradford, Burton de soltera, siempre había sido una mujer práctica, impulsiva y demasiado temeraria en la opinión de su hija. Virtudes que, sin duda, su hermano había heredado. Las opiniones de ambas distaban mucho y solían discutir por todo. Pese a todo, era una mujer con suerte, a diferencia de Jane, o eso pensaba ella. Se había casado con un comerciante pobre que tenía muchos planes y sueños, pero poco capital, hasta que un lord había creído en sus proyectos, lo había financiado y había hecho una gran fortuna. Hilary Bradford era de carácter decidido; decía conocer perfectamente el carácter de los hombres y que no eran un misterio para ella, pero lo que sí era un misterio para Jane era de dónde había salido su madre, y con eso se refería a quién era su familia y dónde vivía antes de casarse con su padre.

Era algo que nunca le había revelado y sospechaba que sus orígenes no eran demasiado convencionales, si no más bien turbios e inmorales. No se podía decir de ella que era una mujer hermosa, pero tampoco que no lo fuese. Quizás se debía al hecho de que tenía atractivo, parecía más joven de lo que realmente era y poseía un magnetismo propio de las personas que confían en

sí mismas.

Sentía debilidad por su hijo mayor, Christian. Era la luz de sus ojos y, para ella, era perfecto. Eso era lo que más nerviosa ponía a Jane, que no se daba cuenta de los errores que Christian cometía y no se los corregía. Había sido la historia de su vida, incluso cuando su padre vivía había sido así. Sus otros dos hermanos habían emigrado a América para hacer fortuna allí y lo habían logrado con creces. ¿Y ella? Desearía haber podido irse, no tener que depender de las desidias y aleatorios deseos de su hermano ni de la pasividad de su madre ante tales circunstancias.

No era que no quisiera a su madre, lo hacía y sabía que a ella también la quería, pero a veces era incapaz de entender cómo podía comerle el coco su hermano con tanta facilidad.

—No creo que quiera saber qué haces entrando en casa a estas horas —dijo Jane cuando empezó a subir las escaleras.

Con una sonrisa pícara, la ignoró a propósito y fue hasta su habitación. Increíble, su madre, por si no habían caído ya suficientemente en desgracia, tenía un amante. Empezó a pensar en quien podía ser: si sería alguien con quien se relacionaba a menudo o, por el contrario, alguien totalmente ajeno.

Daba lo mismo; intentaría disuadirla de que lo dejase, y ella, haciendo eco de su tozudez, se negaría. Alegaría que había encontrado algo por lo que vivir después de la muerte de su padre, que su vida estaba sumida en una eterna oscuridad y que lo necesitaba igual que el respirar. Nada nuevo, por supuesto. Era la misma excusa que había puesto para viajar a Bath unas semanas y la que siempre ponía para hacer lo que le venía en gana.

Más que su madre, a veces se comportaba como su hija. Queriendo olvidar el episodio que había presenciado, volvió a su alcoba.

Buscó en su armario algo decente que ponerse para esa noche, pero no encontraba nada. Eran demasiado anodinos, demasiado iguales a todos los que las demás llevaban. Frustrada, acabó cogiendo uno amarillo claro y pidiendo que lo dejaran a punto.

Buscó en uno de los cajones a Maquiavelo, casi lo había terminado, pero había tanta información que quería releerlo de nuevo. Se sentó en el sillón y lo abrió.

—No te tenía a ti por una catastrofista, Janie.

Alzó la vista para encontrarse con los espléndidos y grandes ojos azules que tenía su hermano mayor.

Era lo único en lo que se parecían. Jane era bastante menuda, de complexión pequeña y cara angelical, mientras que Christian tenía el aspecto de un demonio, bastante alto, de nariz algo pronunciada, cejas expresivas y cabello negro como el carbón. De un demonio atractivo, o eso era lo que decían las damas.

—¿Lo dices por el libro?

—Maquiavelo narra, para mí, la maldad humana en todo su esplendor. Creía que eras más de Rousseau: cree que somos todos buenos por naturaleza.

Se acercó hasta donde estaba sentada y le dio un beso en la frente.

—¿Ahora lees?

—Siempre lo he hecho, solo que no suelo soltar información gratuitamente. No soporto a los pedantes —exclamó con desprecio.

—Espero que no vengas a anunciarme malas noticias.

—¿Qué te hace pensar eso? —preguntó él sentándose en el otro sillón.

—La costumbre de que lo hagas —sonrió Jane a la fuerza.

—Te alegrará saber que he vendido el negocio.

Casi se le cae el libro de las manos al oír aquello. No sabía por qué, pero la providencia la estaba castigando, y mucho.

—¿Estás loco? ¿Y ahora de qué vamos a vivir? —Casi se desmaya de la impresión.

—Teníamos pérdidas. No sabía cómo funcionaba; me daba la impresión de que la gente me timaba, Jane.

Christian sabía que era mejor decirle esas razones que la verdad. Le creería;

a sus ojos tenía suficientes pecados que arrastraba ya, por uno mas no pasaría nada.

—¡Haber aprendido!

—Voy a iniciar mi propio negocio; no te preocupes.

—Que tú me digas «no te preocupes» es como pedirle peras al olmo. Madre mía, vamos directos a la ruina —exclamó.

Christian la cogió por los hombros y la obligó a mirarla a la cara.

—Jane, de veras no te preocupes. Tú... sigue haciendo lo que hacías hasta ahora. Todo irá bien.

Pero nada de nada iba a salir bien. No estaba para nada convencida de que Benjamin Lodge pidiese su mano al finalizar la temporada y, si no lo hacía tendría, que quedarse al amparo de su cafre hermano. Necesitaba solventar la situación.

De golpe, una idea que, en un principio parecía loca y totalmente fuera de lugar, tuvo todo el sentido del mundo.

—Repámpanos, Chris, creo que tengo la empresa perfecta para ti.

Él alzó una ceja, expectante. No tenía a su hermana como alguien con tanta iniciativa, pero últimamente parecía estar más despierta.

—¿De veras? Yo había pensado en publicar un periódico...

—Déjate de pamplinas. Mi amiga Beatriz de Velarde tiene un negocio poco convencional, cosa que es objeto de discusión con el Duque.

—¿Tu amiga la condesa de Medina? Porque no estuve aquí la temporada pasada, que si no... —murmuró, ganándose una colleja por parte de su hermana.

—Chris, por favor, es una duquesa y condesa. La cuestión es que, es la propietaria de cierto burdel.

Aquello hizo explotar de la risa a Christian.

—¿Quieres que me meta en negocios turbios y sucios? ¿Tú?

—Sueles meterte en este tipo de situaciones tú solito. Así que, para variar, podrías estar en el otro lado de la ecuación. Es decir, en el lado beneficioso.

—Podría resultar. Claro que, como verás, necesito también un negocio que sea respetable. No quiero acabar de hundir nuestra reputación, Janie.

—Cuando tengas beneficios, compras la imprenta que quieras y te haces respetar. Hasta entonces, nos lucraremos.

—¿Y la condesa querrá venderme su negocio?

—Lo hará, deja eso de mi cuenta.

No sabía cómo lo haría: Beatriz podría llegar a ser muy tozuda cuando quería. En última instancia podía apelar a la necesidad de mantener a su familia, y eso funcionaria, estaba segura.

—¿Dónde está la Jane formal que se escandalizaba por todo? —dijo Christian

—Eso mismo me pregunto yo a veces —suspiró Jane.

Y lo hacía, pero el hecho de haberse quedado en medio de la temporada en calzones no ayudaba. Beatriz tenía razón, tenía que espabilar o si no se quedaría para vestir santos y viviendo con su hermano de por vida, y eso no le hacía gracia alguna.

Desde que el padre de Susan había fallecido justo después de que su hermano hubiese contraído nupcias con Rose Leverton, habían cambiado algunas cosas en casa de los Frayes. La madre autoritaria y dominante se había alejado de la ciudad y pasaba sus días en Edenbridge, donde tenían una pequeña propiedad.

Ella misma había insistido en que Susan no desaprovechase el tiempo y se quedase sin guardar el luto riguroso, y Susan había obedecido. Le constaba que, lejos de su madre se sentía mucho menos ahogada y era más feliz. Que las hubiese invitado a tomar el té era signo indicativo de que estaba tomando ciertas iniciativas que, en el pasado, eran impensables.

—Jane está convencida de que Benjamin es su pareja idónea, su marido ideal —exclamó Beatriz de golpe.

—Es un buen hombre; no le veo el reproche —dijo Rose antes de que ella misma le respondiera.

Rose y George Frayes vivían habitualmente en Mayfield's, la gran finca del Condado de Dorset heredado recientemente. Solo venían a Londres puntualmente por asuntos de negocios, y Rose aprovechaba para quedar con ellas y ver qué se estaba cocinando.

—No es para Jane —dijo Beatriz solamente, intentando dar un sorbo al té, pero sin tragárselo.

—Pe... pero ¿por qué no? —insistió Susan, confundida.

—Porque Jane está totalmente enamorada de mi tío.

Se le encendieron los colores y miró al suelo.

—Beatriz, algún día voy a despellejarte viva —dijo en tono amenazador.

—Querida, creo que todas lo sabíamos

—Rose, por supuesto que sí lo hacía.

—Qué romántico. A lo mejor estáis destinados. Leí que, dependiendo del día de tu nacimiento, las constelaciones pueden decirte si estáis destinados a estar juntos o no.

—Susan, no me hace falta saber nada sobre las constelaciones para darme cuenta de que están hechos el uno para el otro. Solo hace falta mirarlos cuando hablan.

—Pero, Beatriz, tu tío no me ve más que como a una amiga. ¿Acaso no lo entiendes? —empezó Jane a alzar la voz.

—Tío John no tiene amigas, solo a ti. ¿Entiendes lo que esto significa? —Beatriz se puso a la altura de su voz.

—Calmaos, por favor.

—Tampoco tiene que casarse mañana. Hay tiempo —insistió Susan.

—La verdad, Susan, es que mucho tiempo no tengo. El tonto de mi hermano ha vendido el negocio.

—¿Y eso? Creí que estaba muy bien situado, dentro de la Compañía de las Indias —le extrañó a Rose.

—Y lo estaba, pero dice que no es lo suyo —dijo visiblemente molesta.

—¿Y qué hará ahora?

—Mi hermano es un libertino sin remedio, así que he pensado que, como tal, cierto negocio le iría como anillo al dedo —miró a Beatriz y luego a Rose, pasando su mirada de la una a la otra.

—¡Oh! Quieres que le venda mi parte de la sociedad a tu hermano —dedujo Rose por fin—. Estaría encantada, vengo poco por Londres y no me hace gracia pasear a Ash por Covent Garden cada dos por tres. La sociedad aún no está enterada de su existencia.

Por supuesto que no lo estaban, pues pese a que los condes de Dorset acababan de contraer matrimonio en *Gretna Green*, ya tenían un hijo nacido con anterioridad a la celebración del matrimonio, pero aquello era otra historia que había sucedido con anterioridad.

—Gracias, Rose —luego se giró hacia Beatriz, que era la parte difícil de la ecuación—. Y tú Beatriz, ¿qué dices?

Ella clavó sus pupilas en las de Jane, parpadeó dos veces y asintió.

—De acuerdo. —Acto seguido cogió el abanico y empezó a abanicarse—. Creo que el té con leche me ha mareado.

—¿Te encuentras bien? —preguntaron, preocupadas.

—Sí, sí. Es solo que últimamente no estoy muy fina.

—Tranquila, querida, los tres primeros meses de embarazo tampoco me sentaron muy bien.

Después de que Rose soltase eso, ella miró a Beatriz con la boca abierta y sonriendo.

—¿Estás embarazada? Dios, Beatriz, es una noticia magnífica.

—No lo es. No entraba en mis planes, al menos tan pronto. Ya no voy a poder disfrutar de la vida —dijo apenada.

—Pero si es absolutamente maravilloso.

—No... no estoy tan segura. Mi madre siempre menciona esas largas horas de parto para decir que no valieron la pena por mi supuesta inutilidad para

todo —dijo Susan mirando al techo.

—Oh, a mí no me miréis; no tuve un parto muy convencional —dijo Rose al ver que todas giraban la vista hacia ella.

—La virgen, ¿en qué me he metido?

La cara de pánico de Beatriz no tenía precio, aunque pronto todas empezaron a darle ánimos y a decirle que, si millones de mujeres lo habían hecho, ella podría hacerlo.

—Sería gracioso que tuvieses gemelos —se le ocurrió decir Susan cuando su crisis parecía que había terminado.

—Dios mío, voy a morir. Tendré que hacer testamento —sollozó.

Siempre había pensado en tener una familia. Se le antojaba algo natural y necesario. Pero ¿y si no llegaba a casarse nunca? Estar soltera toda su vida era algo que no entraba en sus planes. Quizás tendría que empezar a hacerse una idea. Al menos, en ese momento su hermano y ella tendrían un modus vivendi con el que pasar el resto de sus días.

No, aún había esperanza para ella. No podía abandonar tan fácilmente, y menos en ese momento que el barón parecía tener cierto interés. Se casaría con Benjamin Lodge, y serían felices.

Eso sí, evitaría la pesca a toda costa.

Capítulo 3

EXTRAÑAS SITUACIONES

Incómodo ante las miradas de la gente, John no hacía otra cosa que zarandearse de adelante hacia atrás, buscando un punto impreciso del salón para fijar su mirada y evadirse.

No quería que ninguna mirada se le cruzase con cualquier jovencita y pensase que habían tenido un flechazo, como aquella pelirroja de abundantes carnes había insinuado una vez, y tampoco quería arriesgarse a que alguna le prometiese que él le había pedido un baile cuando no le había dirigido la palabra en su vida, tal y como le había pasado con aquella morena desgarbada.

El matrimonio era una institución carente de sentido para él y sin ningún aliciente. Tener a un ser irracional, presumido y egocéntrico pululando a tu alrededor durante el resto de tu vida no era lo que había soñado. Para él, eso eran las mujeres: seres que escondían sus intenciones, urdían planes maléficos para engatusarlo y no sabían hablar de otra cosa que de moda y de chismes.

Había ciertas excepciones, por supuesto, como su sobrina Beatriz. Había sido educada de una forma impropia para una dama, y creía que por ello era soportable.

Fijó la vista en la pista de baile y se dio cuenta de que allí, detrás de la muchedumbre, en un rincón y mirando al suelo, estaba Jane. Otra excepción;

ella era la prueba viviente de que las mujeres podían ser seres inteligentes. Tendría que preguntarle qué educación había recibido y, si no había sido la estándar, su teoría sería acertada.

Por el rabillo del ojo vio cómo Benjamin Lodge, que estaba hablando con lady Penélope; se disculpaba con ella sin dejar de poner los ojos en Jane.

Tenía que hacer algo; la pobre Jane iba a ser acosada en breves por el peor de los rufianes. Sin dudar, se desplazó a pasos rápidos pero cortos hasta el otro extremo de la sala donde estaba ella, ajena a todos los movimientos. Cuando llegó a su lado, respiró otra vez con normalidad.

—Lady Jane, ¿me concede el próximo baile?

Era lo primero que se le ocurrió, pero pronto vio que era una mala idea. Y todo porque la susodicha se atragantó con la copa de vino y empezó a toser.

—Será...

La había pillado totalmente desprevenida. Habría jurado que lo había visto hacía tan solo un par de minutos en la otra punta del salón y de golpe, había aparecido a su lado. No podía terminar la frase, y poniéndose muy colorada, se giró con la intención de salir al jardín de afuera. Estaba totalmente avergonzada por lo que le acababa de pasar.

John, al ver que salía hacia el jardín, se puso en guardia.

«Oh no, afuera estará completamente a solas. Es entonces cuando atacan».

Lo sabía por experiencia: a lo largo de su vida había sido víctima de multitud de mujeres que lo habían intentado comprometer, desde fingidos desmayos hasta encerrarlo en una habitación, incluso alguna se había abalanzado hacia él en público y sin ningún pudor.

La siguió de forma disimulada para que nadie sospechase. Echó un vistazo a la sala para asegurarse de que nadie lo estuviese observando, y puso los pies en el jardín.

Jane estaba junto a unos matorrales carraspeando, intentando aclararse la garganta lo antes posible. Jesús, si es que no lo había visto ni venir, cosa insólita porque solía saber exactamente dónde estaba John Clayton. No a

propósito, simplemente destacaba. No por su altura, había otros hombres más altos que él, como George Frayes o Franklin Leverton, si no que era debido a su aura, ese, como decían los franceses, *je ne sais quoi* que lo rodeaba.

«Pero Jane, no puedes derretirte por John Clayton mientras intentas pescar a Benjamin Lodge, ¡no puedes!».

Debía cesar en ese empeño obsesivo por agradarle, por querer estar cerca de él e intentar intimar. Lodge era su prioridad.

Mientras se decía eso a sí misma, John se acercó a ella y se plantó delante suyo con una tímida sonrisa.

—¿Se encuentra bien? —preguntó algo preocupado.

—¡Sí! Solo me he indispuerto. Atragantado, me he atragantado —explicó ella nerviosa.

—No deseaba importunarla de ninguna forma; disculpe si lo he hecho —dijo él, dándose cuenta de que su comportamiento bien podía haber sido el de un completo acosador.

—No lo ha hecho. Me he sobresaltado, eso ha sido todo.

Era incapaz de apartar sus ojos de ese rostro que parecía haber sido esculpido por los dioses. No podía dejar de mirar la sutil barba creciente de sus mejillas ni la delineación de su nariz, recta y puntiaguda. Tampoco se quedaban atrás sus ojos, dos pozos azulados aguados demasiado intensos para no ser tenidos en cuenta. Perfecto, era perfecto.

—Aún no le he devuelto *Las amistades peligrosas*.

Su voz era melodiosa; tenía esa entonación que hacía que te girases para escuchar, esa que tenían los mejores actores de teatro.

—No se preocupe, no lo necesito.

—Lo cierto es que no la veo yo comportándose como la Marquesa de Merteuil.

Las mejillas de Jane se encendieron cuál antorcha.

—Ni se me ocurriría. Esa mujer... si existiera en la realidad, daría mucho miedo.

—¿Quiere saber algo? Existen. Están aquí, entre nosotros, solo que, al igual que la marquesa, se comportan como uno más. No dan pie a ninguna habladuría y escogen cuidadosamente a sus amantes y a sus maridos.

A Jane le pareció que las conocía de primera mano.

—Parece que se ha cruzado con alguna.

—Alguna. No entiendo qué encuentran tan fascinante en mi persona que quieran casarse conmigo. No soy, ni mucho menos, la persona más interesante del *beau monde*.

Ella quiso decirle que, por supuesto, lo era, sin ninguna duda. Que su conversación era increíblemente estimulante. Que su apariencia era la de un príncipe de sangre azul, que era la fantasía de una mujer como ella hecha realidad. Pero se mordió la lengua.

—Pero lo es. Interesante, digo —se atrevió a decir finalmente.

—Sois demasiado considerada Jane.

Él se percató de los pequeños rizos rubios que se escapaban del recogido por ser demasiado cortos y se alborotaban en su rostro. Jane parecía una muñeca indefensa y solitaria, y sentir aquello lo enterneció.

—No lo diría si no fuese verdad. Verá, soy muy mala mintiendo. Me pongo roja enseguida y se me escapa la risa.

—Debían castigaros con facilidad de pequeña.

—No hacía demasiadas travesuras. Soy la menor de cuatro hermanos, todos ellos chicos, y me tocó a mi ser la responsable.

—¿Tan terribles son?

—Los dos del medio se reformaron y ahora están viviendo en América. Pero Christian, el mayor, sigue siendo igual de atolondrado.

—Creo que no lo conozco.

«Mejor, mucho mejor».

John percibió un ligero escalofrío por parte de Jane, y se dio cuenta de que estaban en la intemperie, en pleno mes de octubre e iba en manga corta.

—Qué desconsiderado que soy. ¿Tiene frío? ¿Quiere que le preste la

chaqueta?

—No hace falta, no se preocupe. En unos instantes volveré dentro.

—Sí, deberíamos volver.

Como si de una señal se tratase, Jane, antes de empezar a hacer los primeros pasos, notó cómo se le caía el collar que llevaba puesto, un pequeño camafeo regalo de su padre.

—Oh, el collar —exclamó buscándolo por el suelo y poniéndose de cuclillas.

John miró al suelo instintivamente y enseguida lo localizó. Se inclinó para cogerlo, con la mala suerte de que, en ese mismo instante, Jane se incorporaba para tomar perspectiva, y chocaron.

—¡Lo siento! —dijo ella con rapidez, separándose de su cuerpo, pero no llegó muy lejos ya que algo tiró de ella.

—Jane, no se mueva. Se le ha enganchado el cabello en un botón de mi chaqueta —dijo John manteniendo la calma.

Jamás había estado tan cerca de una mujer, al menos tan cerca y sin la intención de esquivarla.

—¿Podría...? —pidió ella sin moverse.

Estaba algo nerviosa, esta cercanía con John la excitaba, pero ante la incomodidad de la situación, estaba deseando volver a la normalidad.

—No se mueva o le haré daño —dijo en voz baja, diseccionando el cabello de la joven para desenredarlo del botón.

Jane siempre supo que tenía mala suerte. Toda la vida había sido así. Y esta vez no fue la excepción, pues el aullido de una dama los sobresaltó a ambos, que se giraron en aquella dirección como pudieron.

—¡Qué escándalo! Por dios, si es en conde de Clarence con ¡Jane Bradford! —oyeron decir a una mujer.

—Menudo descaro. Esto se sabrá en breves, que no lo duden —conocía aquella voz, era nada más y nada menos que Mary Leverton, la terrible abuela de Rose.

Jane entró en pánico. No podía creerse que aquellas viejas brujas pensasen que estaban haciendo algo indecente. No, era imposible, ¿o no?

—¡Esperen! Es un malentendido. ¿Que no lo ven? ¡Se me ha enganchado el cabello! —gritó ella.

John logró deshacer el nudo y Jane quedó liberada.

—... sin ningún tipo de pudor —oyó que decía Mary a lo lejos.

—¡Ha sido un accidente! —gritó, pero ya nadie la escuchaba.

Se quedó igual que si Medusa la hubiese mirado y convertido en piedra, tan estática e inmutable que John se preguntó si seguiría respirando.

—¿Jane?

—Lo lamento, ha sido culpa mía. Yo... lo siento su ilustrísima.

Antes de que pudiese decir algo, Jane echó a correr en dirección a la salida. Ni siquiera podía llorar; tenía un nudo en el estómago demasiado grande.

Localizó su carruaje e inmediatamente volvió a su casa. Durante el trayecto no dejó de pensar en lo que acababa de pasar. Su reputación quedaría del todo mancillada. Mary Leverton no dejaría pasar aquello ni por todo el oro de América. Caería en desgracia, absolutamente. Y todo por culpa de aquel collar. No podía tener peor suerte.

Ya podía visualizar el titular de la *Belle Assemblée*: «Jane Bradford pillada in fraganti con el conde de Clarence».

Sería el hazmerreír de la sociedad; quedaría excluida de cualquier evento y, por supuesto, después de aquello, nunca jamás de los jamases podría casarse.

Al llegar a casa, antes de subir las escaleras, se planteó algo que jamás había pensado antes: fugarse. Era el plan ideal; le pediría a Beatriz poder alojarse durante una temporada en su casa de España. No creía que se negase. Pasaría un par de años hasta que todo el mundo se hubiese olvidado del asunto y entonces volvería a Londres y viviría con su hermano como una solterona el resto de sus días, en ese momento que lo había convencido para que se hiciera cargo del negocio secreto de Beatriz y Rose.

No era un mal plan, pero estaba demasiado cansada para hacer el equipaje,

y recordó que Beatriz no había acudido al evento, quizás tenía otros planes hoy y no se encontraba en casa.

Porque si algo tenía bien diáfana era que John Clayton no iba a casarse con ella. Era evidente que no deseaba hacerlo, que sentía animadversión por el matrimonio. No dejaría que un malentendido como ese alterase sus planes de seguir soltero por el resto de sus días. Tampoco quería que se casase por obligación con ella y la odiase por ello eternamente.

Una cosa era tener un matrimonio con menos pasión y amor que los sueños y otra que tu marido te odiase. Además, estaba segura de que no lo soportaría. Apenas se hacía a la idea de no volver a verlo; le era mucho más farragoso hacerlo todos los días sabiendo que no la soportaba.

No veía al conde de mármol odiando a nadie; no era de esa clase de personas que mostraban su desprecio con odio, si no más bien con indiferencia. Si se lo hiciese a ella, estaba segura de que se marchitaría día tras día. Solía decir que no era una persona entregada a sus pasiones, que se guiaba por la razón y por su buen juicio, y generalmente era así. Pero desde que había conocido a John Clayton, todas esas lecciones de buen comportamiento y de dama perfecta se habían hecho añicos.

Despertaba su lado más indómito y rebelde, apenas lograba contenerse de decir tonterías y apenas articulaba bien las palabras. Su timidez se agravaba, pero a la par, en su fuero interno tenía ganas de decir todas esas cosas que no estaban permitidas. Dar rienda suelta a la verdadera Jane; esa que Beatriz sacaba a la luz muy a menudo.

Cansada y destrozada, se encerró en su alcoba esperando a que al día siguiente el infierno que se desataría fuese breve.

Capítulo 4

CUESTIÓN DE HONOR

Como cada día, John Clayton bajó a desayunar ya vestido y esperando los tres periódicos que leía cada día. Pero esa mañana no sospechaba encontrarse con que su madre, Rowina Clayton, estuviese esperándolo ya sentada, con una sonrisa de oreja a oreja, dando sorbos a su infusión.

—Buenos días, madre.

—Buenos días, John. ¿Podrías decirme por qué eres noticia? No es que me importe, de Beatriz me lo hubiese esperado y la hubiese regañado, pero de ti... Es más, no tienes por qué contarme nada. De hecho, con que me presentes a esa encantadora joven será suficiente.

Abrió los ojos con la expresión alterada. No se esperaba esa reacción, es más, estaba preparado para recibir un sermón acerca de su falta de diligencia.

—¿Por qué está... feliz? Estoy metido en un escándalo, la sociedad es probable que me retire el saludo y no pueda acudir a los eventos.

Cosa que no le daba ninguna pena pues, al contrario, se libraría de esos tediosos eventos. No, no estaba preocupado por ese tema. Lo único que le alteraba el sueño era su repercusión en su carrera política, y esperaba que fuese nula, pero esto nunca se sabía.

—Tonterías, eres un conde. Y todo se te va a perdonar cuando te cases con ella.

A John se le atragantó el trozo de pan que tenía en el cuello y tosió

ligeramente.

—¿Casarme? —preguntó incrédulo.

—Acabas de arruinar la reputación de esa chiquilla, John. Por supuesto que vas a casarte con ella. Yo no he criado a un hombre descortés y sin honor —farfulló enfadada.

—No pensaba que la cosa hubiera llegado tan lejos. Se le cayó el collar al suelo, yo solo intentaba ayudarla —se justificó él, sin entender cómo este suceso se había transmutado tanto.

Cogió el primer periódico y buscó entre las páginas de sociedad. Sí, en primera página y letra grande, dando a entender que los habían sorprendido... ¡realizando actos indecorosos!

—Esto es una falacia madre, ¡una blasfemia! —dijo indignado.

—Viniendo de ti, me lo creo. Pero no importa, ahora vas a casarte con esa chica. ¡Por fin! Mis súplicas han dado sus frutos.

John se dio cuenta de que su madre hablaba en serio. Estaba satisfecha de que tuviera que contraer matrimonio. Quizás así pensase que tendría un heredero. Nunca había asumido algo así; tener hijos era algo que iba ligado a tener una mujer y por ende, lo había rechazado. Con Beatriz casada con Hayes, ese problema se había solucionado y estaba convencido de que el segundo de sus hijos heredaría en Condado de Clarence.

Casarse con Jane Bradford.

Lo positivo de ello era que Jane, posiblemente, fuese la única mujer con quien podía mantener una conversación decente. La convivencia con ella sería agradable, sin duda. Era racional, Jane entendería que él no era como el resto de los hombres, que no estaba interesado en ese tipo de cosas y que no esperaría actos de pasión ni de amor porque, simple y llanamente, no creía en estos.

Quizás casarse con Jane no fuese tan mala idea.

—Bien. ¿Qué debo hacer para casarme con ella? —dijo de manera resolutiva.

—En primer lugar, hijo, tienes que pedírselo a ella. Y luego pedirle permiso al padre.

—Por supuesto, por supuesto.

—Esta mañana sería un buen momento.

—Oh, entonces iré ahora mismo. Tengo algunas gestiones que hacer en el parlamento y me pasaré antes de acudir.

Se levantó de la mesa con su expresión de siempre, cosa que dejó algo preocupada a Rowina. Siempre había sabido que su hijo no era demasiado convencional, le costaba socializar, aludía sus compromisos cuando había más de cinco personas presentes si podía y prefería la tranquilidad del campo a Londres. Además, siempre estaba metido en la biblioteca, podía pasarse horas y horas encerrado en esta, escribiendo teorías políticas y sistemas económicos.

Su hijo era muy inteligente en la política y en otros campos más teóricos, pero sobre cómo tratar con las damas no tenía ni idea, y tampoco se había preocupado por aprender. Temía que la chica en cuestión no supiera valorarle y esperaba que hiciera un intento por acercarse a él.

—John, procura ser un poco menos distante con ella. Le vas a pedir matrimonio, no proponer un trato —le advirtió.

—Por supuesto, madre.

John no lo veía igual. Para él sí era una especie de contrato, inevitable dadas las circunstancias, pero ventajoso para ambos si sabían jugar sus cartas.

Quería recoger unos papeles de su despacho, pues estaba decidido a pasar las navidades en Manor Park, y no dejaría que la organización de una boda dejase esos planes sin cumplir. Iría a casa de los Bradford y quedaría todo resuelto.

Beatriz se había levantado de buen humor, no llovía, aunque hacía frío y por un momento se había olvidado de que estaba en estado. Aún no se lo había dicho a William, y la razón era simple: lo conocía lo suficiente como para saber que William pondría el grito en el cielo cada vez que saliera de casa, fuese a pasear y estaría pendiente de ella las veinticuatro horas del día, además de que no la dejaría salir a cabalgar.

Todos esos pensamientos se le olvidaron al abrir el periódico y leer acerca del escándalo de su tío y Jane Bradford.

—¿Qué demonios habrá pasado? —murmuró mientras se comía una tostada con abundante mantequilla y mermelada de arándanos.

—Te has despertado temprano —dijo Will dándole un beso en la coronilla—. Y veo que con hambre.

—Me estoy acostumbrando a vuestros desayunos —suspiró—. Creo que lo de mi tío se me ha ido de las manos. Mira —le señaló el artículo.

—Hum, creo que sí. De todas formas, no creo que John se haya acercado a ella con esa intención.

—¿Y Jane sí? Pero si tiene de libro de cabecera cómo ser una señorita perfecta. Voy a averiguar qué ha pasado.

—¿Hablando con tu tío?

—Hablando con Jane, por supuesto. Tú habla con John; si esto no se soluciona, creo que la pobre Jane terminará con la reputación completamente arruinada.

—No puedo imaginarme qué habrá pasado. John evitaba a toda costa a las mujeres desde que lady Margaret lo había encerrado en un salón y tuvo que salir por la ventana.

—¿De veras? —preguntó ella sorprendida— No te imagino haciendo algo así a ti, menos a John.

—Fue hace años. Él era más confiado, yo directamente les soltaba algún oprobio impropio de un caballero.

—Así me gusta —sonrió, pero pronto dejó de hacerlo al olisquear algo que

notaba fuera de lugar. Fue subiendo hasta llegar al cuello de William—. ¿Te has puesto perfume?

—Hace meses que no me lo ponía. Lo he visto allí encima y me lo he puesto hoy. ¿No te gusta?

—Es horrible, huele a melocotón y no soporto el melocotón.

William olisqueó el cuello de la camisa, pero no le pareció que oliese a dicha fruta.

—A mí no me huele a melocotón. Antes te gustaban; te he visto comer alguno —dijo él muy seguro.

Hacía algunas semanas que Beatriz actuaba extraño, con ciertas excentricidades nuevas que lo descolocaban por completo.

—Ahora no.

Ella no sabía hasta cuándo podría ocultarle su embarazo, pero de momento estaba funcionando. Cuando terminó de desayunar, fue directo a casa de Jane, pues estaba segura de que estaría completamente destrozada por lo ocurrido.

La encontró tumbada en la cama de su habitación, con las cortinas cerradas y en completo silencio. Se sentó en el extremo de la cama después de abrir las cortinas y le dio un golpe en el brazo para que reaccionase.

—Jane, soy Beatriz. ¿Qué estás haciendo?

—Compadeciéndome de mí misma, ya que parece que nadie lo hace en esta casa —dijo con la voz ahogada—. Me quiero morir.

—Lo estarás como no dejes de comportarte como un alma pusilánime.

Jane se incorporó para mirar a su amiga, elegantemente vestida con terciopelo azulado e inconfundible corsé.

—¿Por qué vas así?

—Tengo frío y aún no están listos los vestidos de invierno, el terciopelo es más caliente. A ver, ¿qué te pasa?

Ella estuvo a punto de zarandearla diciéndole que qué creía a ella que le pasaba, si era la comidilla de todo Londres.

—¡Beatriz! Acabo de descender hasta el escalafón más bajo. Mi vida tal y

como la conocía se ha esfumado. Ni Benjamin ni nadie más querrá casarse conmigo, y me convertiré en esa pobre mujer solterona que solía acudir a las veladas de la alta sociedad y que cayó en desgracia. Las madres me señalarán y les dirán a sus hijas: “Esto es lo que pasa cuando haces lo que no debes hacer”, pero es mentira porque no he hecho nada.

Beatriz la miró con una ceja alzada sin pizca de comprensión.

—Vas a casarte con John, así que deja de decir estupideces —soltó, cosa que dejó sin respiración a Jane.

—¿Cómo lo sabes? No, John odia, detesta y escupe al matrimonio. Jamás de los jamás va a casarse, y menos conmigo.

—Va a hacerlo porque tiene que reparar tu honor. Ante todo, es un caballero.

—No me lo va a pedir y, aunque lo haga, lo hará por compromiso, y yo no podría casarme con él sabiendo que... desea a otras —dijo con desprecio.

Al escuchar aquello, su amiga soltó una carcajada.

—¿John deseando a alguien? Me estás contando una historia imaginaria, querida.

—Aunque no lo haga, no me quiere.

—No todo el mundo es como yo y puede casarse por amor. Pero esto no quiere decir que no puedas enamorarlo. Vas a convivir con él, vas a ser su mujer, ¿qué mejor situación que esa para conquistarlo?

—Yo no sé hacer eso.

—Estoy segura de que encontraremos algún libro que nos lo enseñará.

—Creo que la opción de pedirte tu casa para cobijarme me parece más factible.

—Tonterías. Vas a casarte con mi tío, ¡es fantástico!

Pero ella no lo veía de ese modo, no señor.

John llamó a la puerta a las once en punto y esperó hasta que el mayordomo

la abrió y lo hizo pasar hasta el salón principal. Esperó durante dos minutos exactos pacientemente, recitando el discurso que había estado repitiendo mentalmente durante el trayecto para decirle a Jane.

La susodicha entró con cierta timidez seguida de la que parecía ser su madre, sin dejar que sus ojos coincidiesen con los suyos. Se fijó en cómo sus mejillas se tornaban rosadas y cómo caminaba vacilante hasta él, dejando una distancia prudencial.

—Voy a dejaros a solas, y no os preocupéis, cerraré la puerta —dijo Hilary, guiñándoles un ojo y saliendo del salón.

—Buenos días, su ilustrísima —saludó, alzando la vista por primera vez.

—Buenos días, Jane —respondió él cortésmente.

—Siento, de nuevo, lo ocurrido ayer por la noche —volvió a disculparse ella.

—No se preocupe, fueron unas circunstancias malinterpretadas y los únicos culpables son esas lenguas viperinas que han esparcido el rumor. Así que, sin más dilación, vengo a proponerle matrimonio.

Jane en esos momentos sintió que quedaba liberada de un peso que arrastraba desde ayer por la noche. No era estúpida y con eso salvaría completamente su reputación, pero a la vez la tristeza la embargó, porque sabía que él no estaba sintiendo esas mariposas en el estómago cada vez que la veía, ni se fijaba en los detalles de lo que hacía, como por ejemplo beber de la copa cada vez que se sentía incómodo o girarse hacia las escaleras.

—Si lo hace para reparar mi honor, no hace falta —se armó de valor y lo dijo—. Sé cuánto desprecia el matrimonio y no desearía ser la causa de sus desdichas.

«Aunque esto signifique arruinar mi existencia».

—Es muy considerada, pero creo que un enlace podría beneficiarnos a ambos. A usted, por su honor y porque así los hombres como Benjamin dejarían de perseguirla, y a mí por las mismas causas y porque así haría feliz a mi madre. Mírelo por nuestra salud mental.

Es respuesta no la esperaba. No había contrapartida a eso sin revelar sus sentimientos y no pensaba hacerlo.

—Pero yo... no soy de la nobleza. No debería ni llamarle lady Jane, y mi hermano...

—Minucias, Jane. Creo que formaremos un dúo en perfecta sintonía, y es probable que seas la única que podría entenderme, la única apta para contraer matrimonio.

No supo si tomárselo bien o mal. Se apuntó mentalmente estrangular a Beatriz y asintió, pues realmente era su única buena opción.

—Acepto, entonces —acabó diciendo, sorprendida de sus propias palabras.

—Maravilloso. ¿Está tu padre? Creo que debería pedir tu mano.

—Mi padre falleció hace algunos años, pero mi hermano está en su despacho.

Le pareció surrealista que se acabase de prometer con John Clayton y a este le dieran igual sus circunstancias familiares o, peor, que las ignorase deliberadamente.

—Jane, ya que vamos a casarnos, puedes llamarme John.

Solo subió y bajó la cabeza totalmente anonadada, y convencida de que se pasaría la vida suspirando por un marido al que nunca podría tocar.

Capítulo 5

LA PEDIDA

John había llamado ya tres veces a la puerta después de que el mayordomo se negase a anunciarlo, pues decía que su señor se molestaba en demasía si se lo interrumpía mientras tocaba el piano, y era consciente de que, por la música de piano que salía de allí, el hermano de Jane Bradford no podía escucharlo, así que la abrió.

Encontró a un joven entregado al piano, deslizado sus manos hábilmente por encima de las teclas con los ojos cerrados. Cuando terminó la canción, los abrió y se encontró con que él estaba en la puerta. Sonrió, se levantó de la maqueta y fue hasta John.

—Disculpe, cuando estoy tocando se me va el oremus. ¿Qué desea?

—John Clayton, conde de Clarence. Venía para pedirle la mano de Jane — dijo sin vacilaciones.

Christian abrió la boca ligeramente sorprendido, y lo hizo pasar cerrando la puerta. No lo demostraba con demasiada frecuencia, pero se preocupaba por su hermana y deseaba que fuese feliz. No tenían mucho en común: él siempre había sido un alma libre, no soportaba las convenciones y era feliz con su música y sus libros. Pero también tenía un lado oscuro, ese al que le gustaba salir de parranda por las noches y jugar, lado que de normal tenía controlado.

—Así que quiere casarse con Jane. Realmente debería hacerlo, ya sabe, por su reputación y esas cosas. ¿Un puro? —le ofreció.

—No, gracias.

—Supongo que si Jane lo ha aceptado es que es alguien decente. Su concepción de las personas decentes es algo estrecha, ¿sabe?

—No, no lo sabía.

—De pequeña nos hacía aprendernos las normas de educación por orden.

El hermano de Jane le pareció la antítesis de la susodicha; su actitud tan desenfadada, relajada y su ligereza a la hora de hablar eran cualidades que Jane no tenía. Y no solo por eso, sino por su aspecto físico. Ella parecía un ángel caído del cielo, de tez pálida, cabellos rubios dorados, facciones perfectas y ojos inocentes. Él, en cambio, era mucho más terrenal, de cabellos oscuros, rasgos más duros y varoniles, y aunque tuviesen los mismos ojos, los de él no desprendían ni una pizca de inocencia, sino más bien algo de amargura y dolor.

—¿Tuvieron la misma educación? —preguntó al ver que era su oportunidad para satisfacer su curiosidad.

—No, por supuesto que no. Yo acudí a una escuela, y Jane tuvo a una institutriz. ¿Por qué quiere casarse con mi hermana, lord Clayton?

La pregunta lo pilló desprevenido, pues se había cargado de argumentos para darle a Jane, pero no a su hermano. Vacilante, abrió la boca dispuesto a hacerlo lo mejor posible.

—Es la joven más dotada que he conocido. Verá, señor Bradford, las mujeres no se me dan bien. Nada bien —puntualizó para que quedase diáfano—. Su hermana es con la única con quién me siento a gusto.

Christian no sabía qué hacer ni qué decir. Se hubiese reído, quedándose muy a gusto con esa respuesta, y vaya que las ganas las tenía. Pero se contuvo al ver la seriedad en el rostro de John cuando se dio cuenta de que hablaba en serio.

El gran conde de Clarence era tímido, vaya por Dios. Tímido y retraído con las mujeres. Se había ganado la fama de altivo y distante, pero no era eso, y acababa de descubrirlo.

—Debo reconocer que no lo esperaba. Entonces, cásese con ella. Aunque yo no tenga ni voz ni voto en este asunto, ella decide. Solo hágame el favor de cuidarla; hay veces en los que no piensa con lógica y comete locuras.

—¿Jane, locuras?

—Creo que es como un mecanismo de defensa, ¿sabe? Se reprime tanto que hay veces en los que explota y hace alto completamente fuera de lugar. Como la vez en la que le arreó una correja a cierta dama que no paraba de decir cosas desagradables sobre ella.

—Podría decirse entonces que se lo merecía.

—Sin ninguna duda, pero no debió de hacerlo.

—Ya veo.

No vio problema en eso. Jane siempre se había comportado de una forma completamente excelente.

—¿Ya tiene entonces en consentimiento de mi hermana?

—Lo tengo.

—Entonces, felicidades —le alargó el brazo para felicitarle y este se lo encajó.

—Gracias. Ha sido un placer conocerlo, señor Bradford.

—Creo que aún nos falta comentar la dote.

—¿Dote? —preguntó él extrañado—. No será necesaria.

—¿Habla en serio?

—Completamente. Jane no es de su propiedad y no creo adecuado tener que pagar por algo que, a mi parecer, no puede comprarse ni venderse.

Dada su lógica, Christian se limitó a asentir y dejó que aquel hombre tan extraño que iba a convertirse en su cuñado saliera de su despacho. No lo tenía por un liberal, pero se alegró de que su hermana fuese a casarse con un hombre de ideas tan avanzadas.

Jane no pudo más que sentarse y respirar hondo para recuperar el aliento que

John Clayton le había robado, volviendo en sí misma. No sabía cómo podría verlo cada día sin que ese nerviosismo no la invadiese, reprimiéndose sus ganas de acercarse, aunque fuera para poder oler su fragancia natural.

—Voy a morir en el intento —se dijo a sí misma en voz alta.

—Madame Pompidou —la voz de su madre la sobresaltó, y se giró para ver cómo entraba en el salón y cerraba la puerta.

—¿Qué? —preguntó, pues no sabía a qué se refería.

—Madame Pompidou conquistó al rey de Francia y lo tuvo comiendo de su mano incluso después de que dejaran de ser amantes. Cuando se cansó de él, le buscaba jovencitas con las que acostarse.

—John Clayton no es como el rey de Francia, que solo pensaba en copular —le regañó.

—Me he fijado. Es algo más complejo, pero no imposible.

—Creo que eso es, justamente. Imposible.

Como respuesta, recibió un golpe de abanico en la cabeza.

—No digas estupideces. Antes de casarme con tu padre, mi madre nos enseñó a mis dos hermanas y a mí como seducir a los hombres. Tu abuela era una de las mejores, íntima de Sally Salisbury.

Jane casi se desmaya de la impresión al escuchar aquello. Sabía perfectamente quién era Sally Salisbury: una prostituta de las altas esferas; se codeaba con la más alta sociedad y tuvo multitud de amantes, a cada cual más rico. Hasta que tuvo cierto incidente con uno y acabó en prisión, pero se dice que su celda era puro lujo y que, de no haber fallecido poco después, hubiese salido totalmente impune debido a sus contactos.

—¿Qué mi abuela era literalmente una fulana? —cogió el abanico que tenía su madre en la mano y lo abrió, dándose aire—. Madre de Dios, espero que esto nunca se sepa.

—Si no lo dices tú, no creo querida. Como veo que tienes el arte del cortejo de un pato, deberemos de empezar de inmediato.

—Madre, no creo que ese tipo de cortejo, si es que se puede llamar así,

ayude para nada. El amor no es algo que podamos controlar, surge si tiene que surgir... —empezó a decir, pero su madre la cortó.

—Escúchame bien, ¿de veras crees que, ese hombre, en sus treinta y pico años de vida no ha podido enamorarse?

Pensó la respuesta, y durante un buen rato.

—No lo sé. Creo que su interacción con las mujeres no ha sido demasiada, pero podría haber tenido algún flechazo.

—Pamplinas. Retraído, rígido, lógico y tremendamente atractivo Jane. Apuesto a que es un ilustrado que no sale de la biblioteca, que huye de las multitudes y que prefiere la soledad.

—Así es.

—Ten claro que no es el primer hombre con ese carácter ni será el último. ¿Sabes qué es lo que Sally tenía y las demás no? Cultura. Podía pasarse horas y horas conversando con cualquiera de sus amantes que nunca se aburrían o se cansaban de ella.

A Jane se le iluminaron los ojos al escucharla. ¿Horas de charla? ¿Cultura? Así era cómo Beatriz le había dicho que debía conquistar a su tío.

—¿Y cómo podía ser eso si eran...?

—Giulia Venetti fue una de las más grandes cortesanas que existieron en Venecia; venía de una larga lista de mujeres en su familia que lo habían sido y fue ella quién las instruyó. Entre ellas había poetisas, eruditas e incluso letradas.

—¿Y por qué tú no seguiste sus pasos? —le preguntó, sospechaba que su madre le estaba ocultando algo.

—A diferencia de mis hermanas, fui un poco ingenua y me casé enamorada. Pero no me fue tan mal, finalmente.

Nunca, jamás de los jamases, se había imaginado que su madre pudiera tener esos orígenes tan turbios y oscuros, y a la vez tan interesantes.

Estaba contrariada, pues por una parte no creía que con las virtudes de una cortesana pudiese lograr el amor y el afecto de John, y ese era su objetivo.

Por otro, la sola idea de que él la deseara era tentadora.

—De acuerdo, al fin y al cabo, no tengo nada que perder.

«Si no puedo tener su corazón, al menos podré decir que ha llegado a desearme, y eso ya es mucho».

—La primera lección de todas, querida, es conocerse a una misma. ¿Te das cuenta de cuán hermosa eres? Debes jugar esa baza a tu favor, no hay lugar para dudar de una misma.

—Madre, no eres objetiva. Soy baja, muy delgada de cintura para arriba y de cadera ancha.

—Nada que un vestido a la altura pueda disimular. Y tampoco tienes las caderas tan anchas; eres una exagerada. Tener las caderas anchas es un símbolo de fertilidad, es bueno.

—No estamos en la selva y no creo que John se haya casado conmigo por ser fértil. En realidad, se casa conmigo por varios factores en los que no está ni la atracción ni nada parecido.

—Tampoco todo está en la belleza, en este juego hay que ser astuto e inteligente. Igual que en una partida de ajedrez.

—Una partida en la que juego a solas.

—En el momento en que interactúe contigo, estará jugando, solo que él irá a ciegas y tú tendrás tus estrategias.

—¿Así lograba seducir a sus amantes la abuela?

Su madre soltó una carcajada al escucharla.

—No, la mayor parte del tiempo no se trataba de enamorar. Los hombres normalmente tienen solo una idea en la cabeza, y es llevarte al lecho. No necesitas enamorarlos para implantar esta idea en su mente. Pero eso es solo el inicio, para enamorarlos hay que ir más allá.

—No creo que John tenga tan siquiera esa idea.

—Es probable; por eso empezaremos por el principio.

Al oír aquello Jane tragó saliva, nerviosa. Hizo muestra de su impasibilidad, aunque por dentro se moría de inquietud. ¿Qué clase de persona quería su

madre que se convirtiese?

—¿De veras crees que soy capaz de convertirme en una cortesana? —Pues ni ella misma tenía la seguridad de lograrlo.

—No tengo dudas. Eres hija mía, nieta de tu abuela y de otras muchas que tuvieron que hacer lo mismo. Que vayas a convertirte en condesa no significa nada.

—Voy a ser una condesa nefasta.

Su madre, esta vez, en vez de darle con el abanico, le dio una colleja directamente.

—Si te conviertes en una cortesana, entonces podrás ser cualquiera. Esa es la ventaja; las cortesanas podían estar con cualquier hombre y enamorarlos a todos ellos porque sabían ser mil mujeres diferentes. Eran cada mujer que un hombre deseaba o necesitaba que fuesen. ¿Entiendes?

—Entiendo, pero otra cosa es hacerlo.

—Mañana empezaremos las lecciones —sentenció ella.

Tenía hasta el día siguiente para concienciarse de que acababa de prometerse con John Clayton, posiblemente el amor de su vida y el hombre más apuesto que había, que su abuela había sido una prostituta de altos vuelos y que su madre la convertiría en una cortesana para poder seducir al que sería su marido.

Definitivamente, era algo que no podía contarle a nadie.

Capítulo 6

LECCIONES

Faltaba aún un mes para la boda, era lo que su madre y lady Rowina habían acordado, ajenas totalmente a las voluntades de sus propios hijos. John no tenía preferencias y Jane estaba decidida a no contrariar a su madre más de lo necesario.

Al fin y al cabo, estaba demasiado ocupada con sus lecciones. Le absorbían la mayor parte del tiempo y no eran nada sencillas. En primer lugar, su madre le había dicho que era tan importante cultivar el cuerpo como la mente, y aunque Jane se consideraba una persona culta, le había dado un baúl lleno de libros que debía leer e incluso poder parafrasear.

Pero eso no era todo, sino que le había impuesto hasta un profesor de italiano para que pudiese leer en esa lengua “tan viva y sensual” como decía su madre.

—Creía que el francés era el idioma considerado más lascivo —intentó corregirla.

—Si hay tiempo, también lo aprenderás —respondió riéndose—. Querida, ¿adónde vas con ese pelo? Cepillarlo todos los días es importante, y bañarte también. Los médicos podrán decir misa, pero un cuerpo aseado y perfumado es deseable, da caché. Que se note que puedes permitirte.

—Sí, lo he entendido: la belleza es una manifestación de lo divino, y lo divino atrae. Pero madre, yo soy demasiado terrenal.

—Pamplinas, Jane.

Todos los días su madre le daba lecciones varias: le enseñaba a caminar con plataformas, pues decía que la altura era una ventaja para las mujeres, le hacía aprenderse poemas de memoria y le leía varias reflexiones acerca del comportamiento de los hombres.

Para su madre, entender a los hombres era la clave para conquistarlos. Tenías que meterte en su mente, qué era lo que les gustaba y lo que no, lo que más deseaban.

Pero lo peor de todo fue el día en que Hilary apareció por su casa con un hombre que decía ser alguien a quién las mujeres pagaban para que les diese placer. Es decir, igual que una prostituta, pero dedicado a las mujeres. Jane ignoraba que aquello existía, y tampoco preguntó a su madre cómo podía ser que ella supiese de su existencia; prefería vivir en la ignorancia.

No, no le dio ningún tipo de placer a ella, válgame Dios, pero la lección consistía en saber dar placer a los hombres, así que cuando Jane vio por primera vez a aquel hombre desnudo, pensó que aquella especie de falo que tenía entre las piernas, además de ser antiestético, era asqueroso. Tan grueso, alargado y venoso... Luego su madre le contó que cuando estaban flácido serían aún más asquerosos. Sorprendentemente, al tocarlo, se dio cuenta de que era extremadamente suave, y tras agitarlo varias veces, el hombre eyaculó en su mano, echando algo todavía más asquerosa, una especie de líquido emblanquecido y espeso que olía francamente mal.

Las semanas pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Ni Jane ni John acudieron a ninguna de las veladas que se realizaron, ella por no verse sometida al cuchicheo incesante de la gente y él porque en ese momento que estaba prometido, tenía esa excusa ante su madre y ella había dejado de presionarlo.

La visita de Beatriz y de Susan a tan solo dos días de la boda le hizo bien. Susan se veía más feliz en ese momento que su madre vivía lejos de ella y podía respirar, aunque sus amigas estaban algo preocupadas.

—¿Se puede saber qué demonios haces, Susan Frayes? No te veo en ningún

espectáculo, ni en ninguna velada —le dijo Beatriz mientras le hacía ascos al té.

—Si la mayor parte de las veces no venís, no voy a quedarme de adorno — se quejó ella, ruborizándose.

—Socializa, baila con alguien interesante.

—No hay nadie interesante. Casi todo el mundo ha vuelto a su casa de campo ya, y yo pronto iré con Rose y George.

—Supongo que sería mucho pedir que, en tan solo una temporada, todas hubiésemos hallado el amor.

—O, en mi caso, hallar la casualidad que me llevase al matrimonio — suspiró Jane.

Beatriz la vio cansada, apesadumbrada, más pálida de lo normal. Achacó su estado a los nervios de la boda, y suspiró.

—Si alguien puede sacar a mi tío de su ensimismamiento, esa eres tú. ¿No tendrás bizcochos? Me apetecen —pidió.

—Ceo que sí. Dios, Beatriz, estás teniendo un antojo. ¿Aún no se lo has dicho a William? —la riñó.

No podría creer que aún no le hubiese dicho nada a su marido. Se fijó cómo, a diferencia de los vestidos que solía llevar, el que llevaba puesto era de corte imperio. Y Beatriz odiaba la moda inglesa.

—Hasta que no esté totalmente segura, no voy a decir nada.

—¿Y cuando será eso? —preguntó Susan, sorprendida.

—Cuando des a luz, ya lo estoy viendo. ¿No crees que sospechará cuando tengas una gran barriga asomándose? Si no la tienes ya —comentó Jane perspicazmente.

—No tengo casi barriga. De momento está todo bajo control, no os preocupéis por mí.

—No le pidas peras al olmo —se rio Susan.

—Entonces, ¿cómo va tu plan maestro, Susan? —dijo Beatriz para desviar el tema de conversación.

—Aún no he encontrado al hombre adecuado para ponerlo en práctica. Hasta la temporada que viene, no voy a ponerme a esto. De momento, pienso disfrutar de mi sobrino, del pastel de frutas y de los villancicos —dijo ella decidida.

—Me parece perfecto, Susan. Aún eres joven, disfruta de la soltería.

—Pero cuidado no esperes demasiado —le advirtió Jane.

—Es tan injusto que los hombres puedan casarse hasta entrados los treinta y sin que nadie antes los presione, y a nosotras a los veintitrés ya se nos considere unas solteronas.

—Yo también estoy de acuerdo, pero es lo que hay —respondió Jane, que seguía estando irritable.

—¿Qué demonios te pasa, Jane? Estás muy rara, y si ya de por sí saltas a la mínima, hoy lo superas con creces.

Jane se derrumbó. Se le nublaron los ojos, pero se secó las lágrimas en cuanto asomaron.

—John solo se casa conmigo para que su madre lo deje en paz. Su madre y la sociedad. No tiene ni una pizca de afecto por mí.

Beatriz se le acercó y le dio un abrazo, consolándola.

—Oh, Jane. Debes tener paciencia; mi tío te aprecia, lo sé. Solo que es tan negado para las relaciones sociales que no ve más allá de sus narices. Primero debes crear confianza, así él se te acercará. Todo lo demás vendrá solo, si es que estáis hechos el uno para el otro.

Lo veía muy negro, pero se dejó consolar. Al fin y al cabo, necesitaba aferrarse a un clavo ardiente.

Las partidas de ajedrez de todos los jueves se habían retomado entre John y William. Ninguno de los dos dejaba que Beatriz se acercase, era una regla no escrita. Así que aquel jueves, allí estaba John, sentado frente a su amigo intentando una jugada de la que había leído en varios libros que hablaban

sobre los misterios de cómo ganar al juego.

—Después de la boda, me instalaré en la casa de campo, está decidido. ¿Qué haréis vosotros?

—Lo mismo. Creo que el aire del campo le irá bien a Beatriz, últimamente no ha estado muy bien de salud.

John se preocupó al oír aquello.

—Por dios, Hayes, ¿qué le ocurre? Mira que una enfermedad mal cogida a tiempo puede ser mortal.

Pronto se arrepintió de haberle comentado este hecho a su amigo, quién era el mayor pesimista en cuanto a la salud se refería. Su temor por contagiarse de cualquier cosa era extremo, al igual que sus conocimientos. Estaba seguro de que, si se lo proponía, podía llegar a igualar a cualquier médico.

—Algunos mareos y vómitos, poco más que eso. Pero ya está mejor, sin duda —recalcó.

—Puede que haya sido debido a cierto alimento en mal estado.

—No creo, solemos comer lo mismo.

—William Stark, médico brillante ya fallecido, introdujo la importancia de la vitamina C, que se encuentra de las frutas y verduras. El escorbuto es algo que no se puede minimizar.

—John, no creo que sea eso. Beatriz está igual que siempre; no ha adelgazado, más bien al contrario, síntoma evidente de la enfermedad.

—Mmm, interesante. ¿La ha visitado un médico?

—Se niega, ya sabes cómo es. Dice que es solo un malestar, que ella se conoce a la perfección y que no está enferma.

—El sujeto es mujer, los síntomas son vómitos y mareos —reflexionó John en voz alta—. No son constantes, ¿verdad?

—Los vómitos cesaron hace dos semanas, eran constantes por las mañanas. Los mareos no lo sé, he presenciado dos —movió la torre, expectante a ver cuál era el diagnóstico de John.

—Oh, no está enferma, William.

—Ah, ¿no? —se sorprendió al oír eso.

—Está embarazada.

A William se le cayó el alma a los pies, abrió los ojos sin poder creérselo, observando a John impasible ante la noticia que acababa de darle.

—¿Estás seguro? —respondió en voz baja.

—Por supuesto que no, pero es lo más lógico y natural según los síntomas que presenta.

—¿Crees que ella lo sabe?

—No lo sé; es Beatriz. Aunque las mujeres suelen adivinar estas cosas porque, tal y como ellas lo llaman, no les llega el periodo.

William estaba patidifuso con la cantidad de información que John poseía y que él ignoraba. ¿Cómo era posible que un hombre que no salía de su casa pudiera conocer el cuerpo de una mujer, sin haber estado con ninguna?

—¿Y como sabes eso, Clayton?

—Leyendo estudios de medicina, por supuesto.

Por supuesto, él sabía que era posible. Que Beatriz se quedase embarazada era muy posible y probable, pero no se lo esperaba. Desde luego, no tan pronto. Si lo pensaba con detenimiento, había habido otros matrimonios que, después de nueve meses, ya habían tenido su primer hijo, otros que habían tardado un poco más. No entendía cómo lo había podido pasar por alto.

—¿Cómo no me he podido dar cuenta antes? Dios, ¿y si Beatriz no se ha dado cuenta? ¿Crees que se asustará?

—¿Beatriz? No creo que mi sobrina se asuste ante nada. Ah, jaque —dijo alegremente.

A William perder no le importó, estaba demasiado sumido en sus pensamientos. Sería padre y ni siquiera lo había sospechado.

—¿Y ahora como se lo digo yo? —se preguntó en voz alta.

—El lenguaje oral suele ser muy funcional, Hayes. Aunque bien podrías decírselo por carta —respondió John, que no entendía el alboroto.

Al fin y al cabo, era algo normal. Según Lamark, en su libro *Filosofía*

zoológica, los seres humanos evolucionaban desde formas de vida simples a cada generación.

—Nunca hemos hablado de esto; no sé cómo se lo va a tomar.

—Solo existe, actualmente, una forma eficaz para no quedar encinta —dijo John.

—¿Cuál? —preguntó William, azorado de que John estuviese al tanto de estas cosas.

—Abstención, Rutland.

Quiso reírse, pero recordó que Beatriz seguía siendo su sobrina.

—¿Y tú? ¿Estás preparado para el matrimonio?

John se frotó la barba, expectante. No sabía a qué se refería su amigo.

—Por supuesto. ¿Por qué no iba a estar preparado?

—Porque no tienes idea de cómo tratar a una mujer, Clayton.

Eso lo sabía; era consciente de ello, por eso había ido de frente con Jane.

—Jane y yo ya hemos establecido las normas acerca de nuestro matrimonio; sabe perfectamente a qué atenerse.

La carcajada de William alteró a John. ¿A qué venía aquello?

—El matrimonio no es como una partida de ajedrez; en primer lugar, porque no hay normas. John, vas a casarte con una mujer, y todas las mujeres esperan cosas.

John arrugó la nariz, no le gustaba el rumbo que estaba tomando aquella conversación.

—Jane no es cualquier mujer —puntualizó él.

—Ya lo verás. Tengo que irme; Beatriz me está esperando.

Todas las mujeres esperan algo. Pero ¿qué? Quizás se refería al modo de vida. Claro, tendría una asignación, igual que su madre, y le daría todo lo que quisiera. Pero algo le decía que William no estaba hablando de eso.

Tonterías sin sentido, conocía a Jane y si había algo que quisiera, se lo habría dicho. Se podía hablar con ella como un ser racional. Hayes se equivocaba.

Capítulo 7

EN LA SALUD Y EN LA ENFERMEDAD

Había llegado el día, y Jane estaba totalmente histérica. Cada vez que pensaba en que John estaría aguardando a que ella entrase, que la miraría con sus ojos penetrantes que tanto adoraba se ponía nerviosa.

—Me voy a desmayar antes de llegar al altar —murmuró, esperando a que la doncella terminase de ponerle las horquillas al peinado junto con las pequeñas flores que adornaban su cabeza.

—Qué catastrofista eres, hija. ¿No te he enseñado yo nada durante este mes? —la regañó su madre.

—¿Qué le has enseñado? —preguntó Beatriz mientras se colocaba bien el cabello semi recogido.

—A seducir —dijo su madre, tal cual.

Jane abrió los ojos horrorizada, pensando que su amiga empezaría a pensar lo peor. Pero se le olvidaba que era Beatriz de Velarde.

—Me alegro de que alguien lo haya logrado. O al menos intentado.

—Todo el mundo va a darse cuenta de que estoy enamorada de él, y él de mí, no.

—Si lo dices por el paseo hasta el altar, te he traído la mantilla —alzó del bolso un esperpéntico trozo de tela bordado negro—. Así no se te verá la

cara.

—Ni hablar, la gente pensará que me he desfigurado o algo parecido. No debo mirarlo a los ojos, eso es todo —determinó.

—Como tú veas. Tampoco sería tan terrible casarte enamorada y que la gente lo sepa. De hecho, creo que todos los invitados ya lo saben —resolvió Beatriz.

—¿Tan mal disimulo?

—Disimulabas, querida —puntualizó su madre—. Ya estás lista.

Jane se detuvo delante del espejo de cuerpo entero, sin llegar a creerse que la que se reflejaba en el espejo fuese ella.

—Estás preciosa, Jane —le dijo Beatriz, sonriendo.

—Una verdadera belleza.

Se encontraba hermosa; el vestido rosado resaltaba su figura y el color de su piel pálida. Suspiró, sin llegar a creerse que fuese el día en que, por fin, iba a casarse. Siempre había soñado con eso, con llegar a la iglesia cogida del brazo de su padre, que él la llevase hasta el altar y entregarla al hombre de sus sueños.

Pero no sería su padre, sino su hermano quién lo haría. Si bien era cierto que iba a casarse con el hombre de sus sueños, él no la quería. Pero no quiso desanimarse; se había pasado todo el tiempo en el que había estado prometida, deprimida por eso. Debía hacer algo al respecto, esperar a que la divina providencia impulsase a John a que se fijase en ella era más inútil que esperar a que los cerdos volasen.

Así que subió al carruaje junto con Christian, y pusieron rumbo a la iglesia.

—Hermana, estás deslumbrante —le dijo él besándole la frente.

—Gracias. Tú también estás muy elegante —y era cierto, se había peinado y puesto su mejor chaqueta, de un azul oscuro que le quedaba muy bien.

—¿Estás segura de ello, Jane? Ya sé que es uno de los solteros mas codiciados que hay, que serás condesa y que tendrás todo el dinero que quieras, pero...

—Christian, le quiero —respondió ella sincerándose—. Puede que no lo entiendas, pero es así.

Él la observó durante unos instantes, con los ojos chispeantes y los nervios a flor de piel.

—No acabo de entenderlo, no. Es un muermo, ni siquiera te conoce, casi. ¿Tú le conoces? —preguntó, preocupado.

—Lo suficiente. No sé explicarlo, pero él... cuando estoy con él me ve, ¿entiendes? Me ve a mí, a Jane. Me escucha a mí, y le interesa lo que tenga que decir. No ve a Jane Bradford, ni siquiera sabía que no éramos de origen noble. Y cuando le miro el corazón va por libre, se me atragantan las palabras y me cuesta pensar con claridad.

Christian le acarició la mejilla, dándose cuenta de que su hermana sí que se había enamorado.

—De acuerdo, pero por si las moscas el carruaje estará fuera por si quieres huir.

¿Huir? No, no huiría pese a que una parte de ella estuviese aterrada. Y no por el hecho de casarse, y tampoco porque no lo deseara, sino al revés. Porque era lo que quería, quería eso demasiado y en el fondo, sabía que todo era una gran mentira y que, en cualquier momento, podría perderlo, de que John la mirase y se diese cuenta de su error.

Respiró hondo, y caminó hacia el altar en solitario. Los presentes al verla se levantaron a su paso, y fijó la vista en el sacerdote, un hombre lánguido y muy viejo. Desvió la vista levemente para ver si el novio estaba allí, y, efectivamente, lo estaba. John, tan elegante como siempre, con los pantalones y la chaqueta negra y un pañuelo blanco en el cuello, esperaba en el altar.

No parecía nervioso, pero en cuanto fijó los ojos en la novia, notó como parpadeaba varias veces. Y eso nunca lo había hecho antes.

«En cualquier momento pensaré: “¿qué estoy haciendo? Y se largará”».

Nada más lejos de la realidad. John Clayton fijó la vista en la que sería su futura esposa, y se quedó sorprendido. Jane Bradford avanzaba del brazo de

su hermano con serenidad, sin sonreír. ¿Desde cuándo Jane Bradford tenía el cabello rubio? Y de un rubio claro, y por el recogido, parecía largo y sedoso. Y los ojos azules, de una tonalidad que rallaba la celeste.

Jane Bradford era de belleza notable, de eso no había duda alguna, de una belleza muy notable. De hecho, cuando leía acerca de todas las diosas de la belleza, desde Afrodita, Venus, Osiris hasta Freya o Sarasuati las había imaginado parecidas a Jane Bradford.

Llegó hasta su lado; parecía algo nerviosa. Por supuesto que lo estaba, había demasiada gente en la iglesia y Jane era tímida, y estaba siendo el centro de atención.

—Estamos aquí reunidos para celebrar el enlace de John Andrew Clayton tercero y Jane Wilhermina Bradford.

John volvió a parpadear muy seguido, sorprendiéndose acerca de ese extraño segundo nombre. ¿De dónde procedería? ¿Sería alguien de su familia que se llamaba así? Desde luego, Jane no tenía cara de llamarse Wilhermina.

Mientras tanto, el pastor siguió hablando y, sin darse cuenta, llegó a la parte donde tenía que hablar, específicamente dar su consentimiento a la unión.

—John, ¿juras tomar a Jane como legítima esposa para cuidarla y ampararla hasta que la muerte os separe?

—Juro —respondió con aplomo.

En aquel momento Rowina respiró tranquila al ver que su hijo no se había echado para atrás.

—Jane, ¿juras tú tomar a John como legítimo esposo para obedecerle y honrarle hasta el fin de vuestros días?

—Lo juro —murmuró ella.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó el pastor a John.

El sentido del oído empezaba a hacerle estragos.

—Que lo jura.

—¡Lo juro! —gritó Jane.

Acto seguido enrojció al darse cuenta de que había alzado la voz más de lo

debido.

—Yo os declaro marido y mujer.

John se inclinó y le dio un beso en la mejilla ante una trémula Jane, que no podía creerse que John la estuviera besando, aunque fuese en la mejilla.

«No te desmayes aún, Jane, espera a estar en el carruaje».

El suave y cálido tacto que le habían dejado sus labios era lo mejor que le había pasado en toda su vida, la mejor experiencia. Estaba segura de que no había ser más celestial que John Clayton, y que Dios la perdonase y más por estar en su casa, pero estaba segura de que el arcángel Gabriel tenía el rostro del conde.

Sin muchas florituras, John la sujetó por el brazo y salieron de la iglesia caminando al paso de la música de un pequeño órgano. Enseguida subieron al carruaje para llegar a Manor Park, la residencia de campo de los Hayes donde se celebraría el convite. Todo aquello era debido a la insistencia de Beatriz, una de las organizadoras, que había insistido debido a la facilidad para hacerlo sin moverse de su casa.

—¿Te encuentras bien? —preguntó John.

La notaba ausente, caminaba igual que si estuviera levitando y sus mejillas estaban muy sonrojadas, algo poco propio para la época en la que estaban.

—Sí. Las multitudes no me agradan demasiado —dijo ella.

—Lo entiendo. Dentro de un par de horas todo volverá a la normalidad.

Pero Jane sabía que nada volvería a ser normal. En ese momento estaba casada, aún se le hacía extraño pensar en eso. Ya no vivía con su madre, estaría libre de sus excentricidades y de su excesivo buen humor para todo. También sería libre de cuidar de su hermano, cosa que realmente la preocupó, pues entonces, ¿quién iba a controlarlo?

—Beatriz me ha comentado que podremos pasar la noche aquí —le comentó a John.

—Sí, será lo mejor. Mandaré a que recojan tus cosas pasado mañana y que las traigan a Grossbernon House, ¿te parece bien que pasemos el invierno en

el campo?

—Por supuesto.

El campo, sí, era una gran idea. Lejos de la ciudad habría muchas menos distracciones y podría fijar su atención en lo que verdaderamente le interesaba: ella.

—Desgraciadamente tendré que volver a Londres mañana para ocuparme de un par de asuntos, pero en cuanto pueda me reuniré contigo.

No tuvo tiempo de replicarle para decirle que podría acompañarlo a Londres perfectamente y que no era molestia para ella, pues el carruaje paró y bajaron.

—¡Jane! Estás preciosa, preciosa —le dijo su tía Elisabeth en cuanto bajó.

Hacía décadas que no la veía así que estuvo muy entretenida escuchando sus desventuras por Irlanda. Luego vinieron el tío Alfred, sus primas Vilma y Rosalyn, y una congregación de parientes que ya no recordaba que tenía.

No supo exactamente cuantas fueron las horas que estuvo recibiendo halagos y conversaciones absurdas y poco trascendentales hasta que por fin todos los invitados se hubieron marchado y pudo sentarse en uno de los sofás donde Beatriz ya estaba con los pies en alto.

—Esto ha sido una tortura china —exclamó la condesa.

—Dímelo a mí. Si vuelvo a casarme, voy a hacerlo en privado.

—Eso dije yo de la mía y aquí estoy, organizando la tuya. Dios, ¿cómo puedo estar tan cansada? —se preguntó.

—Porque estás embarazada —respondió Jane.

—¡Shhh! Nadie lo sabe todavía —la apremió a callarse.

—¿Aún no se lo has dicho a William?

Beatriz sin duda no tenía remedio.

—En cuanto se sepa, se me va a terminar la buena vida.

—Lo que no entiendo es cómo diantres no se te nota. ¿De cuánto estás?

—La última vez ... a ver —empezó a contar—. Pues de tres meses casi cuatro.

—Tendría que notarse.

—Tengo algo de barriga, pero con estos vestidos donde no se me marca la cintura lo disimulo. Ahora, vámonos a dormir —exclamó levantándose.

—Estoy tan cansada que me da pereza hasta quitarme el vestido.

—Bueno querida, no deberías quitártelo tú esta noche —dijo Beatriz guiñándole un ojo.

—Esto no va a pasar —respondió muy segura.

—¿De veras?

—Por supuesto que no. Para él es un contrato; no hay cabida para estas cosas.

—Yo solo digo que, si no hay consumación, puede anularse el matrimonio.

—A tu tío se la trae al paio la anulación.

Empezaba a tener serias dudas acerca de si realmente algo le importaba a John Clayton.

—Es aquí —le dijo, abriéndole la puerta de una habitación—. La de mi tío es la de la derecha. Derecha, no te equivoques, que la otra es mi alcoba.

—Siempre llamo a la puerta antes de entrar.

—Mejor que no entres porque vas a encontrarte con el duque de Rutland. Nuestras habitaciones están conectadas, no me gusta dormir sola. Y a él tampoco —se justificó.

—Es bueno saberlo. Y la mía... ¿está conectada con la de alguien? —preguntó suspicazmente.

Beatriz sonrió pícaramente antes de entrar.

—Hay una puerta, para saberlo tendrás que abrirla. Felices sueños, Jane Clayton —susurró antes de entrar en su alcoba y cerrar la puerta.

Jane abrió la puerta para adentrarse en su habitación por una noche. Tenía un baúl que se había traído con cosas básicas como el camisón y una muda para el día siguiente.

Desistió de llamar a la doncella; ella misma podría desvestirse sin problema. En cuanto lo hubo hecho, escuchó ruidos provenientes de otra

habitación. Y no eran de la derecha.

Saltó hasta su cama y apagó la vela de un soplido, tapándose con las sábanas. ¿Y si venía John Clayton a consumar el matrimonio?

«Jane, si viene mejor que mejor. ¿Por qué te pones así? Deberías desnudarte y esperarlo igual que la Dánae de Rubens, con espejo incluido».

Pero un temor irracional se había apoderado de ella. Era ilógico; su madre le había hablado de todo lo que hay que saber para complacer a un hombre durante sus lecciones. De hecho, sabía exactamente lo que tenía que hacer. Pero otra cosa era ponerlo en práctica.

Santa madre de Dios, si su padre viviera y supiese todo aquello, volvería directo a la tumba. Decidió que lo mejor que podía hacer era dormirse; por la mañana sería otro día.

Capítulo 8

TU CASA ES MI CASA

Ni todas las clases del mundo sobre seducción habrían preparado a Jane para lo que le venía encima. Lidar con lo que le esperaba en Grossbernon House era algo que le inquietaba, pero nada en absoluto le hacía pensar lo que, más tarde experimentaría.

El trayecto en solitario no le molestó; se había llevado varios libros y se le hizo más que llevadero, ya que de la residencia de los Hayes a allí había poco más de quince minutos. Fue poner un pie en la enorme entrada rodeada de jardines y tener un mal presentimiento, pero ella siempre había sido práctica y racional, así que alejó aquellos malos augurios.

Beatriz le había dicho que el servicio era agradable, pero como con casi todo, no era objetiva pues tenía tendencia a ignorar detalles que marcaban la diferencia entre una buena doncella y una que no lo era tanto.

Habían salido a recibirla todos los miembros del servicio, entre ellos el mayordomo y el ama de llaves. A diferencia de los demás, no sonreía. Llevaba el cabello rubio ceniza recogido en un moño perfecto, la tez era pálida y enfermiza, rallando un tono amarillento, y unos ojos azules fríos que la observaban con reproche.

No era una jovencuela, pero tampoco una anciana. Había algo en ella que no le gustaba, pero decidió que no debía prejuzgar a la gente por la primera impresión.

—Espero que el trayecto le haya resultado cómodo. La señora Smith le enseñará la casa —le dijo el mayordomo en cuanto hubieron entrado.

El salón principal era precioso, con las cortinas de terciopelo azul marino y los sillones y sofás tapizados del mismo color. Se ensimismó un poco en él.

—Voy a mostrarle sus aposentos —dijo la señora Smith sin alzar los ojos del suelo—. La habitación de la condesa no puede ser usada; la chimenea está averiada, así que tendré que darle otra mientras tanto.

—Si no hay más remedio... —se resignó Jane, que sabía que sin chimenea, ahora que llegaba el invierno, podía morir de frío, y pensó en decirle que se apresurasen en arreglarla.

Pero decidió no decirle nada, al fin y al cabo, llevaba tan solo unos minutos allí y estaba agotada de no haber podido pegar ojo en toda la noche, y no le apetecía discutir.

De pronto se vio metida en la enorme mansión llena de pasadizos que desconocía y se limitó a seguir al ama de llaves, intentando recordar cada tramo.

—Aquí es —dijo esta, abriendo una puerta y dejando que Jane entrase.

Estaba decorada a la perfección, con tonalidades rosáceas y rojizas. Los tejidos tanto de los sillones como las cortinas iban a juego con la colcha de la cama, no faltaba detalle en ella.

—Es preciosa —musitó, escudriñándola.

—Me alegro de que le guste. Voy a decirle a su doncella que suba de inmediato, para que deshaga su equipaje.

Jane asintió, y cuando se hubo marchado, miró la habitación y cada detalle de ella. Le dio la sensación de que esa habitación había estado habitada por alguien, había detalles íntimos, como un par de novelas en la mesilla de noche y un joyero precioso que no se atrevió a abrir. Estaba siendo paranoica; aquel palacio seguro que había sido habitado por generaciones de Clayton anteriores, puede que la bisabuela de John hubiese dormido allí.

«No sería nada raro. Jane, ahora céntrate en lo que es importante,

conquistar a John».

Sí, esa era la meta deseada y no podían desconcentrarle nimiedades como esas. Pero lo cierto era que el personal no le había transmitido ni una cálida bienvenida ni se les veía agradables.

Pero eso era secundario, o al menos tenía que serlo. El objetivo primordial era John. Su madre la había preparado, y si Sally y su bisabuela y otras antes que ella lo habían hecho, ella no sería menos.

Sacó de dentro de uno de los libros que se había traído, algunas instrucciones para que no se olvidasen. Las seguiría al pie de la letra.

John no pensaba que el matrimonio cambiase ninguno de sus hábitos, es más, había cavilado sobre ello y apuntado las ventajas de vivir acompañado y algunas había. Por ejemplo, las comidas y las cenas las pasaría siempre acompañado de Jane, que tenía una excelente conversación. También las noches de lectura en la biblioteca, así como los paseos a caballo podría hacerlos con ella.

Cuando llegó a Grossbernon House ya era casi la hora de la cena. Descendió de su caballo y nada más entrar, se topó con la señora Smith con el rostro nervioso.

—Su ilustrísima, me alegro de verla —le dijo, haciendo una reverencia.

—¿Ocurre algo?

—Por desgracia, sí. Su... esposa se ha instalado en los aposentos de lady Rowina, y yo no me he atrevido a decirle que no debe de hacerlo.

John parpadeó, pero le quitó importancia.

—Mi madre pasará las navidades con Beatriz, no habrá problemas.

—Pero... —insistió la ama de llaves.

—¿Dónde está mi esposa? —preguntó, cambiando de tema.

—Lo ignoro.

John se dirigió entonces a la biblioteca, y tal y como sospechaba, allí la

encontró con un libro entre las piernas. Era una hermosa vista, sin duda.

—Espero no interrumpirte.

Jane alzó la vista topándose con sus ojos azules igual que el cielo al clarear y su rostro esculpido por los ángeles.

—No, Petrarca se estaba haciendo aburrido. ¿Ha ido bien el viaje? —dijo, reuniendo suficiente valor y levantándose de la butaca.

—No ha ido mal. Espero que te hayas acostumbrado a la casa.

Jane se sonrojó; no sabía si decirle algo acerca de su «habitada» habitación.

—No del todo, es enorme.

—¿Pasa algo?

—Solo que... si no llego al desayuno será que me he perdido —confesó, callándose lo otro.

Su comentario hizo que John sonriera. Jane entonces, también sonrió. Sí, era la primera vez que lo hacía sonreír y el pecho casi se le salió al empezar a latir con fuerza.

—Conozco todos los pasadizos secretos, no te preocupes que te encontraría.

—¿Hay pasadizos secretos? —se sorprendió ella.

—Algunos. Los descubrí a fuerza de jugar al escondite.

—Qué emocionante —se le escapó a Jane.

Pronto su imaginación hizo estragos en eso y se vio recorriéndolos por la noche para poder encontrarse con John, y que, entre esas paredes secretas, la besase apasionadamente. Pero luego recordó que eso no pasaría, porque no la besaba ni a solas ni no a solas. Simple y llanamente, no lo hacía.

—¿Jane? Te has quedado absorta —escuchó la voz de John y volvió a la realidad.

—Perdón —murmuró.

—Decía que, mañana por la mañana podríamos salir a dar una vuelta en caballo y así te mostraría los alrededores. ¿O tiene algo que hacer?

«Admirar tu perfección».

—Nada. Estaré encantada —añadió ella con entusiasmo.

—Perfecto. ¿Cenamos entonces?

—Por supuesto.

«Jane, céntrate. ¿Qué dijo mamá? No te muestres complaciente, solo receptiva. Si ve que le prestas demasiada atención, saldrá corriendo. Aunque no puede ir demasiado lejos, eso seguro».

Se dirigieron hasta el comedor, sentándose en extremos opuestos, tal y como estaba puesta la mesa.

Jane recordó los pasos y las situaciones que le había dicho su madre sobre cómo conquistarlo. Había descartado el hecho de pasearse desnuda por su habitación, no quería que pidiese la nulidad a tan solo un día después de casarse, ni que la repudiase. Era algo que tenía muy presente, pues sabía que si el matrimonio no había sido consumado, podría anularse.

Por otro lado, para evitar esto último la consumación era necesaria, y no veía eso posible, al menos de momento.

«En última instancia, puedo intentar emborracharlo, meterlo en la cama desnudo y meterme yo».

Pero enseguida desechó la idea. Tenía que hacer las cosas bien, tenía que seducirlo y enamorarlo.

Les sirvieron el primer plato, y en cuanto Jane probó uno de los guisantes, sintió que las papilas gustativas le ardían. Bebió algo de vino para que se le pasase, pero en cuanto se puso otro garbanzo, volvió a escocerle la boca y hasta le saltaron las lágrimas.

—Jane, ¿te encuentras bien? —preguntó John al verla llorar.

—Yo... ¿no está muy picante?

—No —respondió él, levantándose y yendo hacia ella.

—No lo entiendo.

Estaba llorando como una madalena delante de John, bebiendo vino como si no hubiese un mañana. Hasta que John cogió uno de los guisantes y entendió su reacción.

—Válgame Dios, qué le han puesto, ¿guindilla? —dijo, yendo hasta su sitio en la mesa y cogiendo la copa—. Voy a decir que retiren el plato de inmediato, la cocinera habrá cometido algún error.

Entonces, de reojo, Jane se fijó en que había una sombra detrás de la puerta entreabierta. Alguien los estaba espiando, o al menos escuchando lo que estaban haciendo. No era extraño que los criados fuesen curiosos, que escuchasen conversaciones y que estuviesen al tanto de casi todo lo que ocurría en aquella casa, pero precisamente cuando había pasado aquello, no era muy alentador.

Sospechó que precisamente su plato fuese el que estuviese demasiado picante, justamente el mismo día de su llegada; no era casualidad. A alguien no le era muy grata su presencia, y dadas las caras iniciales, había muchos sospechosos.

En cuanto John tocó la campanilla llegó el mayordomo, que lo puso en conocimiento de lo que había pasado para que tomase medidas. Jane, después de haberse bebido hasta el agua de los floreros para quitarse esa sensación de ardor, empezó a encontrarse por las nubes. La cabeza le daba vueltas e iba por el comedor flotando.

No sabía qué era lo que le estaba pasando, pero sentía que era capaz de hacer cualquier cosa.

—No... creo... estoy algo indispuesta —murmuró mientras le costaba pronunciar las palabras.

No entendía qué le pasaba. ¿Sería un efecto secundario del picante? Se sentía, sin embargo, con ganas de hacer cosas y a la vez le pesaban los párpados.

John se acercó a ella con el ceño fruncido y la expresión preocupada. Veía como Jane se comportaba de una manera extraña, como ida; se miraba las manos con extrañeza y, cuando empezó a quitarse las horquillas del moño, vio que no estaba nada bien.

—¿Jane? ¿Qué ocurre?

Ella lo miró a los ojos, y después de soltar una carcajada, terminó de deshacerse el peinado, dejando su melena rubia al aire, larga hasta la cintura.

—No lo sé. Puede... oh —se llevó la mano a la boca—. Creo que he bebido demasiado vino. Pero picaba.

Estaba borracha. Jane se había emborrachado sin querer. John empezó a entrar en pánico cuando se dio cuenta de que se había quitado los zapatos y estaba haciendo lo mismo con el vestido, deshaciéndose el lazo de la espalda. Madre mía, ¡se estaba desnudando en medio del salón!

Algo paralizado por la situación, logró reaccionar a tiempo antes de que empezase a hacer lo mismo con la camisola.

—Jane, no puedes desnudarte aquí. —Le cogió las manos para que parase, dándose cuenta de que eran extremadamente suaves al tacto.

—Puedo hacerlo —aseguró ella con los ojos bien abiertos.

Y lo estaba haciendo.

—No me refiero a que sea algo imposible, sino a que sería indecoroso e incómodo. Podría verte cualquiera —exclamó él.

—Solo estás tú.

No dijo nada más, pues sabía lo inútil que era discutir con alguien ebrio y hacerle entender que él era alguien que no debía verla desnuda no era fácil, pues en teoría era su marido, así que, sí podía.

Sin dudarle, la cogió en brazos tocando a través del camisón su cuerpo caliente. Cuando la tuvo bien sujeta, empezó a caminar hacia las escaleras, subiendo a la planta superior para llevarla a su habitación.

Jane se sentía pletórica al estar en sus brazos, y apoyó la cara en su pecho sintiéndose en una nube. Igual que un gato, frotó su mejilla en el pectoral, aunque estuviese cubierto por la camisa, pero era lo más cerca que había estado de él y tampoco estaba demasiado lúcida.

—Voy a llevarte a la cama. Luego te traeré una copa de agua para que, por la mañana, no tengas mucho dolor de cabeza.

—¿Cómo sabes esto? —preguntó Jane cuando la depositó en su cama con

delicadeza.

—Lo leí.

John notó como ella lo observaba con atención, como si fuese un profesor que estaba dando una clase magistral a sus alumnos, incluso con devoción. Entonces se dio cuenta de algo, y es que el camisón de Jane era ligeramente transparente, se podía distinguir por dónde se le marcaban los pechos, incluso las ligeras y rosadas aureolas.

Intentó desviar la mirada hacia la ventana, pero no pudo; era incapaz de girar su cuello. No podía apartar los ojos de ella. También se percató del pinchazo que tuvo en la entrepierna, algo completamente indecente que solo le ocurría en presencia de una mujer atractiva cuando se insinuaba más de lo debido o cuando leía algunos libros indecentes.

Pero estaba mirando a Jane, y Jane era decente. Jane no eran unos versos pecaminosos y libidinosos. Jane era Jane. Pero John sabía muy bien qué le estaba ocurriendo. Sentía un apetito que no le venía del estómago y no se saciaba con comida. Reprimió el impulso de acercarse a Jane, de acariciar esos cabellos del color del sol que parecían se suaves como la seda, de acercar su rostro al suyo para besarle los párpados e ir bajando hasta su nariz para terminar en su boca y arrasarla igual que hizo Alejandro Magno en la batalla de Gaugamela, aunque él fuese sin táctica ni plan de ataque.

Y desnudarla.

«John, vuelve de tu ensoñación; estás desvariando».

Tenía que salir de allí cuanto antes, y esto hizo cuando se dio la vuelta, dándose a la fuga igual que habían hecho los persas al verse derrotados por el gran emperador macedonio.

Capítulo 9

EQUITACIÓN

«**E**l segundo paso es dejarlo ver tus virtudes, que sepa que eres una mujer capaz, con dones y virtuosa».

Jane pensaba que no tenía muchas virtudes, pero una de ellas era ser una amazona excelente. A su padre no le había hecho demasiada gracia que hubiese aprendido a montar a caballo como un jinete experimentado, pero como en muchas cosas, la había consentido en eso. Así que cuando John le dijo a la mañana siguiente que si le apetecía ir a cabalgar, vio la ocasión perfecta para poner en práctica dicho paso.

Por supuesto, durante el desayuno, había evitado el peliagudo tema de la cena y su bochornosa actuación. Se acordaba a la perfección cómo había empezado a desnudarse en el salón y cómo John había tenido que cogerla en brazos y llevarla hasta su alcoba. No se quejaba de esto último, al contrario, recordaba su calidez y su tacto como agua de mayo en su memoria, pero sí que le avergonzaba lo que había hecho.

Por suerte, John ni siquiera lo mencionó, y ella evitó pensar en el dolor de cabeza con el que se había despertado.

Las caballerizas eran una preciosidad y había en ellas por lo menos cinco caballos. Jane escogió una yegua dócil pero fuerte con un pelaje blanco y la crin marrón. En cuanto salieron, intentó que John viese que era perfectamente capaz de cabalgar mejor, incluso, que algunos hombres, pero parecía estar

más obcecado en detallarle la zona.

Jane, en parte, disfrutaba de las vistas mientras escuchaba a John acerca de la explicación de cada terreno que cruzaban. Era tan correcto, un perfecto caballero que la buscaba con la mirada para ver si lo seguía en todo momento. Se preguntaba si alguna vez llegaría a traspasar sus barreras y llegar a su corazón.

—Los Finn siempre han sido muy huraños, pero tienen las mejores vistas de la región —le explicó.

Ella asintió, observando las laderas. Estaba ensimismada con el paisaje, hasta que algo le golpeó la cara y perdió el equilibrio, cayéndose de bruces contra el suelo.

«No, no, no. No puede ser cierto, no puedo haberme caído del caballo».

Tenía que mostrar sus cualidades, no sus torpezas, y John había sido testigo de la más grande de todas ellas.

—Jane, ¿qué ha ocurrido? —bajó del caballo a toda prisa para ayudarla a incorporarse.

—La rama del árbol... no la he visto —dijo, algo aturdida debido al golpe en la frente recibido.

Se incorporó con su ayuda, pero perdió el equilibrio, y John la sujetó.

—No creo que estés en condiciones para volver a montar, Jane. Será mejor que volvamos, llamaré al médico de inmediato —dijo él, preocupado.

—Solo ha sido un ligero golpe, estoy bien —insistió ella, pero John no le hizo el menor caso.

Ligó el caballo de Jane al suyo y, después de montar, la levantó del suelo por la cintura con ligereza, sentándola delante suyo.

Jane se sonrojó, dando gracias a que, dada la posición, no podía verla. El aliento de John en su nuca hizo que se estremeciese y pensase cosas totalmente indecorosas y que iban en contra de las enseñanzas de la Biblia y que, gracias a su madre, sabía que existían.

—No hay que tomarse los golpes a la ligera, Jane. El cerebro, como

cualquier otra parte de nuestro cuerpo, cuando se golpea puede inflamarse, y si lo hace, existe el riesgo de que lo haga demasiado y entonces...

—¿Qué pasaría entonces?

—Que no tendría espacio debido al cráneo y habría riesgo de muerte.

John Clayton, sin duda, era algo fatalista. Pero le gustó que se preocupase por ella, aunque fuese a tales extremos. Eso quería decir que le tenía aprecio, y por algo se empezaba. No había podido mostrarle su habilidad equina, pero estaba sentada encima del mismo caballo que él, y eso era una pequeña victoria.

Por otro lado, John subía y bajaba la mirada olisqueando esa especie de perfume que venía del cuello de Jane. Admiró su nuca nívea y elegante al tener el cabello recogido en un moño algo alto.

«Dios bendito, John, es solo una nuca, es solo Jane. ¿Qué demonios te ocurre?»

Eso se preguntaba, pues desde la noche anterior no dejaba de rememorar aquellas imágenes de Jane ligera de ropa. Se habían quedado grabadas en su memoria y no había forma humana de deshacerse de ellas. Y era terriblemente molesto, pues cada vez que pensaba en ello, su miembro viril despertaba haciéndose visible.

Por si fuera poco, también le venían a la mente todos aquellos libros lascivos y pecaminosos que durante su juventud había leído a escondidas de su madre y que debían de estar aún en la biblioteca escondidos bajo las tapas de otros libros, técnica brillante que había llevado a cabo.

Recordó un pasaje de *La filosofía en el tocador*, del Marqués de Sade, «los llaman indistintamente *pechos, senos, tetas*; su uso es de gran virtud en el placer; un amante los tiene ante los ojos cuando goza; los acaricia, los palpa...» y recordó aquella vista de los de Jane a través del camisón. Se imaginó besándolos, palpándolos y lamiéndolos.

«Detente John, detente ahora mismo».

Tenía que guardar las distancias con Jane o acabaría haciendo una tontería.

No podía hacerle esto a Jane, desearla más allá del decoro era ridículo. Nunca había deseado a nadie a tales extremos, si bien era cierto que nunca había estado tan cerca de una mujer ni la había visto tan desnuda. Quizás era por eso, el deseo se había vuelto insistente al tenerla cada día delante suyo.

Pero se había hecho una promesa, y era que las pasiones de los hombres eran meras debilidades irracionales que lo hacían ir hacia el otro lado de la evolución. La razón debía regir su vida, no la pasión. Si actuaba según sus designios, estaría violando toda ética y, tal y como establecía Immanuel Kant, se estaría violando el imperativo categórico de «obra de tal modo que trates a la humanidad, tanto en tu persona como en la de cualquier otro, siempre como un fin y nunca solamente como un medio».

Jane no era un medio para obtener placeres, sino un fin a una vida apacible, tranquila y duradera. No era una mera distracción, sino una persona con sentimientos. Dio gracias al cielo cuando llegaron a los establos de nuevo y se bajó del caballo, ayudando a la susodicha.

—Llamaré al médico de inmediato. Es mejor que te tumbes en tus aposentos y descanses —le dijo sin apenas mirarla.

—Pero me encuentro ya perfectamente, John —se quejó ella, que no entendía porqué, de golpe, la estaba tratando con frialdad, alejándose de ella.

—Me quedaré más tranquilo si el médico te examina —dictaminó, saliendo de los establos a toda prisa.

Jane hizo lo mismo visiblemente frustrada, maldiciendo aquella caída. En ese momento seguramente la había visto como alguien torpe, su plan no había funcionado en absoluto. Fue hasta su habitación y se tumbó en la cama, aguantándose las ganas de llorar.

—¿Se encuentra bien *milady*?

Al escuchar la voz de su doncella se incorporó enseguida, haciéndola pasar. Greta, una chica menuda, de tez anodina y cabello muy oscuro, entró. Ya había sido la doncella de Beatriz en cuanto había llegado a Inglaterra, pero al casarse con William había contratado a su propia doncella y Jane no quería

dejar a su madre sin la que tenían.

—Me he dado un golpe en la cabeza, pero esto bien.

—¿Quiere que le traiga algo? —dijo la joven preocupada.

—No te preocupes. ¿Llevas mucho tiempo aquí, Greta?

Podía preguntárselo a Beatriz por carta, pero era más práctico hacer uso de la fuente de información de su doncella, y más rápido.

—Cinco años.

—¿Y la señora Smith?

Desde que la había conocido, le había dado mala espina, y estaba convencida de que, en la cena, quien había ideado lo de la comida picante, había sido ella. Por alguna extraña razón, no le gustaba su presencia.

—Muchos años más, dice la señora Jones, la cocinera, que era la hija del anterior mayordomo y la ama de llaves. Que se crio aquí, en Grossbernon House, y luego entró directamente al servicio.

—Entiendo.

Sí, en ese momento entendía muchas cosas. Era normal que su presencia no fuese grata, había sido la única que había mandado en aquella casa aparte de *lady* Rowina y supuso que, dada la falta de interés de John hacia el matrimonio, no se esperaba que él contrajese matrimonio. Pero eso no era excusa para su tosco e impropio comportamiento, por supuesto que no.

Tuvieron que detener la charla en cuanto llamaron a la puerta, y el doctor pasó dentro. Era algo mayor ya, se presentó como el doctor Peterson, le dio su enhorabuena por su recién estrenado matrimonio y le dijo que había atendido a la familia de los Clayton desde que el padre de John y él se habían hecho amigos hacía muchos años.

—Entonces, *milady*, ¿qué le duele? —preguntó el médico después de tanta retórica.

—La cabeza. Me he golpeado con una rama, pero estoy bien. John ha insistido, pero de veras, no es nada.

—No se preocupe; John siempre se ha preocupado en exceso. Cuando

venía, siempre me estaba haciendo preguntas sobre enfermedades y sus remedios —le explicó mientras le examinaba la cabeza—. No es nada, un golpe leve.

—¿De veras?

—Oh, sí no es nada grave.

—Lo sé, decía de John.

—Ah sí, John. Cada mes me hace venir por algo, es un poco paranoico con las enfermedades, pero no le haga demasiado caso con esto.

—¿Ha estado enfermo?

—¿John? Ni un día de su vida. Pero estoy seguro de que estar enfermo le quita el sueño.

Era bueno que el médico tuviese tanta información de John, si algo le había dicho su madre era que cada hombre tenía un mundo en su mente, y que conocer esa mente ayudaba.

—Entiendo. Gracias por venir, doctor.

—De nada. ¿No tiene alguna que otra molestia?

—No, estoy perfectamente.

Jane no entendía aquella insistencia, si solo había sido un golpe; el propio médico lo dijo.

—Perfecto, entonces voy a retirarme. Que pase un buen día, *milady*, y si tiene algún otro desmayo, no dude en llamarme.

No entendía qué era lo que aquel buen hombre estaba diciendo, si ella no se había desmayado. Confundida, volvió a tumbarse en la cama, intentando entender.

—*Milady*, ¿necesita algo más o puedo retirarme? —preguntó Greta.

No le respondió, estaba absorta en sus pensamientos.

—¿Quién le ha dicho que me he desmayado? —preguntó en voz alta.

—Nadie, *milady*, pero creo que el doctor... bueno, en realidad... —Greta permanecía en silencio, sin terminar la frase.

No se atrevía a contarle a la dulce muchacha lo que se decía de ella, aunque

Greta estaba segura de que aquellos rumores no eran ciertos, y más conociendo al conde de Clarence.

—¿Qué pasa? —insistió Jane.

—Los rumores, *milady*.

—¿Qué rumores?

Jane se horrorizó pensando que el origen de ellos fuese, por extraño e inédito, aquello que ella misma hacía poco que había sabido. No, era imposible que alguien supiese las actividades a las que se dedicaba su abuela y los orígenes de su madre.

—Ya sabe, las razones por las cuales se casó con el conde.

—¿Y cuáles son esas razones que dicen?

—Lo que salió en los periódicos y que además... bueno, que ya hubieran consumado antes del enlace —dijo Greta, poniéndose roja.

—Oh, ahora entiendo.

El médico debía pensarse que se había desmayado y que podría estar en estado. Lo sabía porque Beatriz había tenido algún que otro vahído.

—Que sepa que yo nunca he incentivado tales rumores, es más, los ignoro —dijo la doncella con rapidez.

—Como no lo esté del espíritu santo, no creo que esté en estado —dijo Jane frustrada, levantándose de la cama.

Greta se sorprendió al escuchar aquella confesión de su señora. Sabía que el conde era extraño, retraído y que raramente había tenido algún comportamiento tachable, que no era de los que llegaban a las tantas de la madrugada ni tenía vicios censurables, pero era un hombre, al fin y al cabo. Los hombres, como su hermana solía decir, eran animales en cuanto a las necesidades básicas, y el fornicio era una de ellas.

—Pero si usted es muy bella, y milord nunca ha tenido ninguna amante, al menos no en esta casa ni en Londres.

Esa sí era una información que agradecía. Parecía que haberse confesado a su doncella podría tener ciertas ventajas, y ponerla de su lado, también,

empezando con tener controlada indirectamente a la señora Smith.

—A John Clayton parece ser que no le llaman el conde de mármol por nada. Pero no será por no intentarlo, te lo aseguro Greta, voy a hacer lo posible para que caiga rendido a mis pies —le aseguró.

—Si necesita mi ayuda para algo, cuente conmigo —le ofreció Greta—. Mi madre trabajaba en una taberna en el pueblo donde solía vivir, y decía que los hombres son muy básicos, y que dos tetas tiran más que dos carretas.

Se mordió la lengua después de haber dicho aquello, pero vio que su señora sonreía, así que respiró aliviada.

—Tu madre tenía razón, pero tengo que esperar al momento oportuno para hacerlo.

—¿Y cuándo será eso?

—Cuando haya seguido los pasos para conquistarlo uno a uno. Aunque hoy no haya funcionado demasiado bien —reconoció Jane.

—¿Y cuál será el siguiente? —preguntó Greta intrigada.

—Jugar con él.

Capítulo 10

EL ARTE DE LA SEDUCCIÓN

Cuando la invitación de Franklin Leverton a su cacería anual llegó, Jane vio una oportunidad para hacer algo de lo que se veía privada usualmente, y era dormir en la misma alcoba que John. Así que no dudó en insistir cuando estuvieron ambos en la biblioteca, después de la cena, cada uno en un sillón leyendo en silencio.

Carraspeó instintivamente, dirigiendo sus ojos azulados hacia el libro que John tenía en el regazo, girando la cabeza. Era *El sí de las niñas*, sabía que era una obra española y sospechaba que había sido Beatriz quién lo había inducido a leerlo.

—¿Qué tal la novela de Moratín? —empezó la conversación que pensaba derivar en el tema que quería sacar a colación: la cacería y su asistencia.

No debería ser difícil, su madre le había enseñado todas las técnicas habidas y por haber sobre dirigir conversaciones y hacerlo de manera sutil. Pero sus habilidades —o intento de ellas— menguaban, pues la presencia de John en sí misma hacía que toda ella temblase como un flan.

—Entretenida, es una crítica bastante aguda sobre el hecho de casar a jovencitas con hombres mucho mayores por poder y dinero —respondió John con los ojos puestos en el libro.

Aquella noche Jane estaba más hermosa que nunca. No sabía porqué, no había ninguna base racional que lo fundamentase, pues el rubor de sus

mejillas era el mismo de siempre, también llevaba un vestido azulado que ya le había visto otras veces y el cabello recogido en el sencillo moño que solía llevar.

Sus ojos instintivamente se desviaban en su figura menuda y delicada, no pudiendo hacer mucho más que intentar concentrarse en la lectura, sin demasiado éxito.

—¿Te lo recomendó Beatriz?

—Así es.

—La echo de menos. No nos hemos podido ver desde el día de la boda, y de eso hace ya un par de semanas.

John asintió, alzando la vista hacia ella. Craso error, pues se percató de que su escote, ese día era más pronunciado de lo normal, un canalillo que prometía encantos mucho más estimables. Sus más bajos instintos no se hicieron de rogar, y pronto se vio inmerso en una súplica susurrada al oído, una música que le llegaba diciéndole que Jane era su mujer, era su esposa a los ojos de Dios y que, al fin y al cabo, el acto de la procreación estaba permitido.

Recordó también que el propio Kant acabó fundamentando el matrimonio en el sexo, pues decía que el fin originario tiene que ser la relación sexual. Pero no, no quería citar a Kant pues para él la mujer está menos dotada intelectualmente; «moralmente las mujeres son inferiores, pues desean que el hombre se rinda a sus encantos», texto de *Anthropologie in pragmatischer Hinsicht*. Pero esta afirmación no tenía ninguna base, ya que los propios hombres hacían que las mujeres se rindiesen a los suyos y las sometían a sus deseos, las trataban como meros objetos y les brindaban una educación inferior. Por otro lado, había leído muchos estudios médicos donde, en las autopsias de hombres y mujeres quedaba constatado que tenían los mismos órganos principales, excepto los reproductivos. Esto sí era una base científica en que fundamentar que tal diferencia no existía.

Y luego pensó en el marqués de Sade y sus libros, donde expresaba que la

mujer en el matrimonio nunca debe tener otra meta, otra ocupación y otro deseo, que hacerse joder de la mañana a la noche.

Azorado por la visión de Jane casi desnuda entregándose a él, se ruborizó.

—Mi sobrina Beatriz... podrías ir a visitarla.

—Me ha comentado por carta que acudirá el próximo fin de semana a la cacería de Leverton. Si fuésemos, podría verla. Y tú podrías reunirte con el duque de Rutland, sé que sois muy amigos.

John asintió, sí, necesitaba consejo de William acerca de sus perniciosos y lujuriosos sentimientos.

—Es una idea magnífica —dijo—. Estoy agotado, voy a retirarme de inmediato. Que duermas bien, Jane.

Sin decir nada más, se levantó y salió de la biblioteca con rapidez, con el libro puesto sobre sus partes íntimas para que Jane no notase el creciente bulto que se le había formado.

«Dios bendito, John, te estás comportando como un adolescente impúber. Tienes que dejar de imaginarte cosas que nunca sucederán».

Jane, por su parte, se estaba acostumbrando a que la dejase sola de golpe y porrazo, sin previo aviso. No lo entendía, pero pasaba a menudo. ¿Sospechaba John de sus intenciones? ¿Estaría huyendo igual que lo hacía con sus aspirantes a condesa? Esperaba que no fuese así.

También quería acudir a la cacería por otro motivo, y no era otro que poder alejarse de Grossbernon House. En concreto, de la señora Smith. Se notaba observada, aunque no la tuviera a la vista y, cuando la tenía, veía en ella cierta malicia que no le gustaba ni un pelo.

Lo cierto era que le inducía algo de miedo aquella mujer de aspecto algo cadavérico y evitaba a toda costa tener que cruzarse con ella.

Cerró el libro que tenía en las manos y lo guardó en su sitio, dudando si llevárselo a su alcoba para seguir leyendo, aunque no le hubiese cautivado demasiado.

Miró la estantería, casi todo eran clásicos. Se paró en *Otelo*, de William

Shakespeare, y se decidió por este. Salió de la biblioteca con la vela en la mano, estaba oscuro pues ya era tarde y los criados estarían ya descansando.

En cuanto subió un par de peldaños de la escalera principal, un escalofrío le recorrió la nuca, quedándose helada de la impresión. No se veía ni un alma, pero no se sentía segura.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó antes de avanzar.

No escuchó nada, así que con rapidez subió hasta su planta y corrió hasta su habitación, donde se sintió segura.

«Solo son paranoias, Jane; tu cabeza te está jugando una mala pasada».

Se desvistió con rapidez y, después de meterse el camisón, abrió Otelo.

Pero las primeras páginas la confundieron, porque aquel libro no era Otelo, no, era otra cosa. Y esta cosa la dejó muda, estupefacta y casi sin aliento. No era posible que John Clayton tuviese aquel libro en su biblioteca.

Fanny Hill era un libro que su madre, durante las lecciones, le había hecho leer y ella así lo había hecho. Relataba las experiencias de una mujer avocada a la vida de la prostitución relatando con detalle sus encuentros sexuales.

Intentó asimilar aquello; John tenía este libro en la biblioteca, además bien escondido con la tapa de otro libro pegada. Esto la llevaba a una conclusión: que John Clayton no era tan inocente como pensaba.

A lo mejor incluso tenía alguna amante, o acudía a algún prostíbulo de vez en cuando, ergo podía ser seducido. Solo debía implantar en su mente esa idea, y entonces se le ocurrió algo. Guardó el libro en la mesilla de noche y apagó la vela, tremendamente feliz por el descubrimiento de aquella noche.

No quedaba muy lejos la mansión de los Leverton, en un par de horas ya habrían llegado, pero Jane estaba impaciente. Desde que se habían subido al carruaje mostraba nerviosismo y sonreía con facilidad.

John achacó su entusiasmo al hecho de poder ver a sus amigas, entre ellas a Beatriz, y no se preocupó por ello.

Pero, por supuesto, Jane estaba eufórica por otra cosa, y era que tenía un plan de seducción infalible.

—Me sorprendió que Kengsinton realizase la cacería anual, dadas las circunstancias, aunque ha tenido que retrasarla, por supuesto, solía hacerla en julio y ya estamos en septiembre —comentó John, mirando por la ventana del carruaje.

—¿Qué circunstancias?

—El fallecimiento de su abuela, por supuesto.

—Oh, no creo que su luto sea tan doloroso. Mary Leverton no era muy querida —le dijo, recordando todo lo que Rose les contó acerca de ella.

—¿De veras? Vaya.

—¿Te preocupa algo, John? Te veo... inquieto —se atrevió a decir ella, que poco a poco cada día que pasaba le tenía más confianza.

—Lo cierto es que sí. Hace poco estuve hablando con William y me transmitió cierta preocupación por Beatriz. Pero Jane, si te digo esto no puedes decir nada, al menos no hasta estar seguros —musitó John, en voz baja.

Jane veía verdadera preocupación en los ojos del que en ese momento era su marido, y esto la enterneció.

—¿Qué?

—Creemos que Beatriz está en estado. Pero, no sabemos si ella... está al tanto —confesó él.

Ella no pudo más que reírse. ¿Cómo no iba a saberlo la misma Beatriz? ¿Acaso la creían tan ingenua?

—Por supuesto que lo sabe, hace meses, además.

—Entonces, ¿por qué no ha dicho nada?

—Ya sabes cómo es Beatriz; no quiere que debido al embarazo deba quedarse en casa sola y aburrida mientras que su marido puede hacer lo que se le antoje.

Se lo pensó durante unos segundos, lo cierto que sí era muy del

pensamiento de su sobrina.

—Suenan a algo que Beatriz haría, sí. Y me parece una soberana tontería.

Jane quiso preguntarle si él mismo había pensado alguna vez en tener hijos. ¿Acaso no deseaba tener un heredero? Dados los acontecimientos, parecía que no le importaba.

—¿Por qué?

—Por su salud, debería verla un médico de inmediato. A veces mi sobrina parece que se le olviden las cosas importantes —se quejó.

—Beatriz sabe lo que hace. —Ella misma había acompañado a Beatriz a la consulta del médico cuando no tenía dudas que se había quedado encinta, justo después de que ella se prometiese con John—. Pero es cierto de debería decírselo a William, seguro que estará muy dichoso.

—Lo estuvo, y preocupado también.

—Debe de ser maravilloso —dejó escapar un suspiro y giró la cabeza hacia la ventana sin decir nada más.

Él se quedó callado durante el resto del viaje, pensativo ante la actitud de Jane. Había dicho maravilloso ante la idea de ser madre. Pero no estaba dentro de las condiciones que habían acordado, pues esto implicaría cierto grado de cercanía, ciertas atenciones sexuales y... no, Jane no querría eso.

“El matrimonio no es como una partida de ajedrez, en primer lugar, porque no hay normas. John, vas a casarte con una mujer, y todas las mujeres esperan cosas”.

Las palabras de William Hayes aparecieron en su mente invocadas por su subconsciente.

A eso debía referirse Will, las mujeres quieren hijos. Jane quería un hijo, estaba seguro de ello, en ese momento toda tenía sentido.

El número de cópulas necesarias para engendrar un hijo eran inexactas, dependía de muchos factores, entre ellos el momento en que la mujer estuviese de su período fértil y también la cantidad de secreción, y últimamente, debido a sus deshonestos pensamientos, estaba seguro de que

no eran demasiados.

No se lo iba a negar a sí mismo, el deseo de aparearse con Jane se había implantado en el cerebro como una semilla y día a día iba creciendo hasta convertirse en un funesto y molesto roble. Se lo había imaginado vestida, desnuda, en el comedor, en el salón, en la biblioteca, es su cuarto, en el de ella, incluso en las caballerizas. Estaba totalmente obsesionado, no podía negarlo.

Pero todo acabaría en cuanto se quedase en estado. Todo ese goce desaparecería de un día para otro y él seguiría con el mismo deseo, muriéndose de hambre por él.

Podría evitar sucumbir a sus deseos en sus días fértiles, quizás ella no lo sabía, u otras cosas para alargarlo lo máximo posible. Pero Jane no era estúpida, por supuesto se acabaría dando cuenta. Esa era una de las cosas que mas le gustaban de Jane, que podía hablarle de cualquier cosa y sabía de lo que le hablaba.

Había notado su carácter algo catastrofista y nervioso, cosa que le hacía bastante gracia y se le antojaba simpático.

No, no debía adelantar acontecimientos, Jane aún no le había dicho nada, solamente eran impresiones suyas, deducciones y reflexiones que podían no ir a ninguna parte.

Esperaría a adquirir nuevas señales y entonces deliberaría.

Capítulo 11

DESNUDOS INTEGRALES

En cuanto llegaron a Wilsborough's, el hogar de los Leverton desde hacía décadas, Jane descendió del carruaje con rapidez. Quería poner a Beatriz en antecedentes y hacerle un par de preguntas sobre el modo de acercarse a John. Tenía una baza en sus manos y no quería desaprovecharla.

Al entrar en el gran y amplio salón, la encontró hablando con una joven que no había visto en su vida, de piel pálida, ojos verdes melancólicos, cabellos oscuros y expresión socarrona.

—¡Jane! Empezaba a pensar que ya no vendrías —dijo Beatriz sonriente—. ¿Conoces a Wendoline Conynham?

—No tengo el placer —dijo ella, haciendo una reverencia.

—Yo tampoco —respondió la joven con una sonrisa llena de curiosidad.

—Te va a gustar, ha estado en San Petersburgo y en Egipto. Si no estuviese en estado, me iría de viaje ahora mismo —expresó su amiga.

—Por cierto, John lo sabe. Y William también —le confesó Jane en voz baja—. ¿Cómo no se te ha ocurrido que William no le comentaría nada a John acerca de tu estado de salud? ¿Sabías que tu tío está obsesionado con este tema?

—Un poco, a veces se ponía pesado con el tema. Oh, al final acabé diciéndoselo a William, y por su reacción ya supuse que lo sabía. Pero hemos llegado a un acuerdo.

Jane frunció el ceño, imaginándose lo peor. Cuando se trataba de Beatriz, siempre solía serlo.

—¿Qué tipo de acuerdo?

—Hasta que el embarazo no se note, seguiré acudiendo a las veladas, a la ópera y a todos los eventos habidos y por haber —dijo satisfecha.

—Podría haber sido peor —suspiró Jane.

Beatriz entonces cambió su expresión de golpe y porrazo, adoptando una postura rígida y un semblante serio y de odio infinito.

—No puedo creerlo, ¿qué hace esta bruja aquí? Tendría que estar quemándose en el fuego eterno del infierno y no molestándome con su visión.

En cuanto se giró, vio a quién se refería Beatriz, a lady Penélope, por supuesto. Antes de casarse Beatriz con William Hayes, *lady* Penélope había hecho un intento de quitarle el prometido, por lo que se había formado un buen embrollo que había acabado con Beatriz volviendo a España y a toda su familia, incluido William, yendo en su búsqueda.

—Sigue buscando un nuevo marido. No le hagas caso, por el amor de Dios, ni la mires —la regañó, pues estaba segura de que, en breves, su amiga iría hasta donde estaba aquella mujer solo para escupirle en la cara.

—¿Es la morena de la derecha? —preguntó Wendoline, que había estado callada durante todo ese tiempo.

—Sí.

—No vale la pena hacerse mala sangre, se ve a leguas de distancia cuáles son sus intenciones —exclamó.

—Lo sé, pero eso no quiere decir que quiera empujarla al lago para que coja una pulmonía y desaparezca de la faz de la tierra. ¿No lo veis? Le está poniendo ojitos a William —dijo Beatriz indignada.

—¡Beatriz! Con la salud de las personas no se juega. Ni se te ocurra acercarte a ella.

—Ya se te ha pegado lo de sermonearme como a mi tío —se quejó.

—Lo hacía antes de casarme con él, y lo sabes.

—Tendréis que disculparme, tengo un asunto urgente que atender —dijo Wendoline, y desapareció del salón igual que había venido.

Jane la observó detenidamente, fijándose en cómo movía su cuerpo al caminar de una forma pecaminosa y sensual. Ojalá ella pudiese hacer lo mismo, pero, tal y como había dicho su madre, tenía los andares de una muchacha de diez años.

—Ahora que estamos a solas —susurró Beatriz, llevándose a Jane a un rincón—, ¿cómo va el plan de seducción con mi tío?

Ella suspiró pesarosa, bajando la mirada.

—Mal. No lo entiendo; me rehúye constantemente. Es decir, pasa tiempo conmigo, pero de golpe, cuando parece que la cosa es mucho más fluida o hay cierto acercamiento, desaparece —explicó frustrada.

—¿Desaparece? Esto es extraño.

—A más *inri*, la señora Smith, el ama de llaves, no me soporta. Y el mayordomo es de lo más siniestro, ¿cómo no me dijiste que aquello parecía la casa de los horrores?

—Eres una exagerada, Jane. Tengo que confesarte que los meses que estuve en aquella casa antes de llegar a Londres me los pasé enfurruñada y de mal humor. Creo que todo el servicio temía mis arranques de ira, así que el único elemento terrible por aquel entonces era yo —confesó Beatriz.

—Me lo imagino. La buena noticia es que he hallado algo que me induce a pensar que John podría ser... no sé cómo decirlo —confesó Jane, mientras las mejillas se le encendían ligeramente.

—No sé a qué te refieres —respondió Beatriz algo confundida sobre el tema al que Jane quería aludir.

—Que John podría estar interesado en ciertas actividades... obscenas, lascivas... —murmuró Jane sin saber cómo decirlo, pues ya empezaba a notar sus mejillas arder.

—Mi tío es un hombre. Un poco antisocial y raro, pero no deja de ser un hombre, Jane. Por supuesto que está interesado en eso.

Ese punto Jane no lo había tenido demasiado claro, pero decidió no entrar al trapo.

—Encontré un libro en la biblioteca bastante pecaminoso. Muy pecaminoso.

—¿Tiene un segundo volumen de Sir Rochester? —se sorprendió Beatriz.

—No. ¿Otro volumen? —preguntó Jane.

—Quería leer *La Divina Comedia* de Dante y, cuando lo abrí, no era tal libro, sino *El imperfecto disfrute* de Sir Rochester. ¿Cuál has encontrado tú? —rió divertida Beatriz.

—*Fanny Hill*, dentro de *Otelo*.

—Mi tío en el fondo es un rebelde, deberías alegrarte. Aunque creo que lo hizo porque le daba vergüenza que mi abuela supiera que leía estas cosas. Entonces, ¿cuál es el plan?

—Esta noche tendrá que dormir conmigo, quiera o no.

—¿Pretendes meterte desnuda en la cama? Oh cielos, vas a hacerlo. Jane, no lo hagas —la desalentó ella de golpe.

—¿Porqué no? —preguntó Jane, sin entenderlo.

Esa era la idea, ¿no?

—Porque va a salir corriendo. Tú ponte el camisón más fino que tengas, hazte la dormida y abrázate a él, empieza tocarlo, a encenderlo un poco... y el resto vendrá solo.

—Pero se supone que estoy dormida —exclamó Jane.

—Pues luego te despiertas, supuestamente.

—Este plan no lo veo yo muy decente —dijo Jane.

Aun así, decidió llevarlo a cabo, pues no tenía otro mejor. Tuvo que esperar a que la cacería terminase, y a que la cena se sirviera. Estuvo nerviosa, y aunque Beatriz la aventaba a que se calmase y a que dejase de pensar en ello, no podía sino darle vueltas al asunto.

Finalmente, a una hora decente, decidió que ya era hora de retirarse y de empezar el plan, no muy elaborado ni seguro, pero el único. Buscó uno de

esos camisones muy abiertos debido a la cantidad de botones que tenían en la parte delantera. Lo había buscado expresamente y lo había metido en el baúl por si acaso finalmente decidía llevar a cabo alguna actuación y había acertado.

Una vez puesto, se miró en el espejo del tocador, desabrochándose hasta el tercer botón. Se mordió el labio, viendo que apenas le llegaba al escote y terminó sin un cuarto. Luego se dejó el cabello suelto y se lo acicaló para que quedase más bonita después de cepillarlo ligeramente. Siempre le había parecido que el cabello lo llevaba demasiado largo para la estatura que tenía, pero su madre insistía en que el cabello nunca se tenía demasiado largo ni claro.

En ese momento tocaba la peor parte, meterse en la cama, apagar las velas de un soplo y esperar a que John entrase por la puerta. Situó el falso libro de *Otelo* encima de su mesilla de noche, un movimiento perfectamente estudiado para que, si John lo veía, le viniesen a la mente inevitablemente ciertos pensamientos lujuriosos.

Así lo hizo: cuando estuvo ya en la cama apagó la última vela y se tumbó.

Sentía cómo las manos le sudaban, así que las pasó por encima de la sábana para secarlas. Tenía que calmarse; John no podía notar que estaba despierta, no hasta que ella pudiese acercarse lo suficiente. Sobre todo, no podía reírse, como cuando se hacía la dormida de pequeña y venía la doncella a regañarla porque seguía saltando sobre la cama. Pero el corazón iba al galope y no había forma de pararlo. Inspiró y expiró, diciéndose a sí misma que todo iba ir bien.

Pasaban los minutos y John no llegaba, así que poco a poco se fue calmando. Se imaginó que John la estrechaba entre sus brazos y la besaba apasionadamente, que hacían el amor aquella noche y que, a partir del día siguiente, él la buscaba todas las siguientes, que en la biblioteca acababan acurrucados junto al fuego con sus respectivos libros y daban largos paseos decidiendo el nombre de sus futuros hijos.

Poco a poco se le fueron cerrando los ojos hasta que quedó medio adormecida, hasta que escuchó el sonido de la puerta abrirse.

John, con una vela en la mano, se dio cuenta de que Jane ya estaba en la cama y supuso que dormía. Se había dado cuenta de que había bostezado varias veces y de cómo se había retirado pronto. Él también habría hecho lo mismo, pero decidió esperar para así no incomodarla. Puso la vela en un extremo del tocador y abrió su baúl buscando el camisón de dormir. Cuando lo encontró, se desnudó dejando solamente la camisa interior y los calzones, poniéndose por encima el camisón.

Volvió a coger la vela y la dejó en su mesilla de noche, entrando en la cama a una distancia prudencial de donde se encontraba Jane. Bufó hacia la vela apagándola, dejando la estancia completamente a oscuras a excepción de algunas llamas aún encendidas en la chimenea.

Escuchaba la respiración pausada de Jane. Estaba inquieto, nervioso, saber que la tenía a tan poca distancia, que si tan solo se girase se encontraría con su cuerpo...

De un salto se levantó de la cama y fue hasta la única ventana que había en la habitación, abriendo las cortinas para que la luz de la luna pudiese entrar. Tenía que dormirse y olvidarse de su presencia como fuera, así que volvió a adentrarse en la cama, tapándose con la sábana hasta el cuello.

Jane sabía que aquel era el momento; no podía dejar pasar la oportunidad, así que empezó a moverse lentamente, rodando por la cama fingiendo moverse en sueños hasta llegar a tocar su cuerpo caliente por debajo de la sábana. Sin darle cuartel, pasó el brazo por encima de su torso y acomodó su rostro en su pecho, notando su rigidez e incomodidad.

John se tensó al notar el cuerpo de Jane junto al suyo. Dios santo, lo estaba tocando. Tenía su cara bajo la barbilla y la mano en su cintura. También notó cómo volvía a moverse con parsimonia, como si fuese un gato que se estuviese restregando contra alguna superficie. Solo que no era un gato, era Jane, y Jane en vez de patas tenía piernas y en vez de un cuerpo peludo y

redondo tenía pecho. Lo que percibía en su propio pecho era el de Jane. Eran sus senos aquello que rozaba a través de la tela y pronto notó como él mismo rozaba la locura.

Su miembro también lo apercibió e hizo lo propio, con lo que procuró que la mano de ella se mantuviese lejos del mástil que acababa de alzarse mientras ella navegaba por las turbulentas aguas de esos sueños que la habían conducido hasta sus brazos.

Se inclinó hacia delante, apoyando levemente el peso de su cuerpo en un codo, observando con la tenue luz de la luna que entraba el dulce rostro de la que era su mujer. Se había casado con aquel ángel de largos cabellos dorados que tenía esparcidos por la cama. Sin duda, tenía el rostro más hermoso y la expresión más serena que había visto jamás. No pudo evitar acariciar su mejilla con lentitud.

—Qué bonita eres, Jane —susurró en voz baja, depositando un beso en la punta de su nariz.

¿Cómo no podía haberse dado cuenta antes? ¿Cómo no lo había visto con anterioridad a haberse celebrado el enlace? Era perfecta, tanto en su carácter como en su físico. Era perfecta y la deseaba como nunca había deseado a otra. Quería tenerla cerca tanto de día como de noche, disfrutar de su presencia, de su compañía, de ella.

Jane al escuchar aquellas palabras, se quedó paralizada. Al principio dudó, quería levantarse y rogarle que lo repitiese, pero no lo hizo, solo se quedó inmóvil, asimilándolo mientras el corazón le latía fuertemente.

La había llamado bonita y le había dado un beso. En la nariz, pero había sido un beso. Se detuvo en su plan, no por falta de ganas, sino por la emoción del momento. Si iba más allá, quizás lo asustaría. Y ya lo decía su madre, Roma no se construyó en dos días, pues lo mismo con el corazón de John.

Se quedó en la postura que estaba, acurrucada en sus brazos cómodamente, y se durmió con un pensamiento en su mente, que John creía que era bonita.

John acomodó la cabeza en la almohada sintiéndose estúpido y maldiciendo

en silencio aquella vena que parecía tener en los ojos y que finalmente se había desvanecido.

Capítulo 12

EL CORTEJO

A la mañana siguiente, John bajó a desayunar. Había procurado vestirse en silencio para no despertar a su esposa, que seguía durmiendo plácidamente en la cama. Despertar a su lado, notando el calor de su cuerpo había sido una experiencia única, y mentiría si dijera que no quería repetir. Pero, por supuesto, a ella no se lo diría, quizás y solo quizás se escandalizaría, y en el mejor de los casos puede que le hiciese cierta petición parental y realmente no deseaba pensar en eso.

—Tienes mala cara, John —comentó William al verlo entrar en el comedor—. ¿Una mala noche?

—No especialmente —confesó él.

—William, no atormentes a tu pobre amigo ya de buena mañana —dijo Edmund Hayes de golpe.

El susodicho era el hermano menor de William y, pese a que no mantenían una relación demasiado estrecha, a través de su hermano se conocían, habían coincidido en múltiples veladas, en múltiples fiestas y eventos. Físicamente se parecían: ambos eran rubios, bien plantados, de estatura media y ojos azulados. Pero el pequeño, tenía unos rasgos más afinados y menos bruscos, que lo hacían ser más atractivo a los ojos de las féminas.

Pero Edmund no gozaba de la mejor de las reputaciones, a diferencia de su hermano, y además era solo un marqués mientras que William era un duque.

—No lo atormento, solo tengo curiosidad por saber qué tal ha pasado la noche —dijo haciendo inciso en el artículo.

—¿Qué tuvo de especial? Diablos, John, no te tenía yo por un hombre de apetito diverso —se sorprendió Edmund mientras se servía una taza de té.

—¿Apetito diverso? ¿De qué estáis hablando? —preguntó John bastante perdido al respecto.

—Edmund, no se trata de otra dama más que de su esposa —susurró William.

—Oh, ¿aún no...? Pero hace semanas que celebrasteis el enlace. ¿Lo estás posponiendo por alguna razón especial? —preguntó.

—Aquí mi amigo le propuso un contrato matrimonial sin ninguna clase de intimidad.

Edmund soltó una gran carcajada, sin creérselo.

—¿Y por qué razón harías eso?

John estaba molesto. ¿Tan difícil era de entender, de comprender? Su lógica había sido impecable.

—Porque fuimos obligados a casarnos prácticamente. No iba a proponerle tal cosa así de primeras.

William puso los ojos en blanco.

—Precisamente por eso creía que tendríais prisa en...

—Fue un error de dimensiones gigantescas. Jane y yo nunca tuvimos ningún tipo de aventura ni romance ni nada que se le asemeje —expuso John a la defensiva.

—Entonces deduzco que no te gusta —resolvió Edmund—. La joven es hermosa, aunque intento evitar a las rubias.

—¿Alguna razón en especial? —preguntó William vertiendo algo de azúcar en su taza de té.

—La hay, pero la verdad es que no viene al caso. Lo que verdaderamente me tiene intrigado es la abstinencia del conde —dijo, volviendo al tema inicial.

Ambos hermanos pusieron la mirada en él, buscando una respuesta. John, intimidado y abrumado a la par, decidió sincerarse.

—No sé muy bien cómo reclamar mis derechos maritales. ¿Y si me rechaza? —exclamó, preocupado.

—Entonces, no es problema de que la joven no te parezca atractiva —se aseguró William, quien ya veía que, después de aquella conversación, sería interrogado por su esposa y podría perder detalle sobre el asunto.

—Por supuesto que no. Jane es... perfecta. Es delicada, suave, caliente...

—Los cachorros también lo son, Clarence. Vamos, puedes hacerlo mejor —le tiró Edmund de la lengua.

Con un sonrojo impropio de él, empezó a pensar en las caderas de Jane y en sus suntuosos pechos.

—Tiene una silueta digna de admirar.

—¿Y qué más? —le apremió Edmund de nuevo.

—Una cintura... delicada, un cuello exquisito, unos pechos sublimes...

Tras decir aquello, se aclaró la garganta tosiendo levemente.

—En resumidas cuentas, quieres arrancarle el vestido cada vez que la observas. Por el amor de Dios, ¡hazlo!

John tragó saliva, sin ser muy consciente del tipo de conversación que estaba teniendo.

—¿Y si ella no quiere que le arranque el vestido? ¿Cómo lo sabré?

—Es fácil, todas las mujeres dejan alguna pista, por sutil que sea, aunque lo hagan inconscientemente —empezó a divagar Edmund.

—¿Como lo hizo Beatriz? —contraatacó su hermano.

—Tu mujer está versada en el arte de la seducción, no cuenta. Pero Jane Bradford lo dudo mucho.

—Tienes que fijarte en los detalles, Clarence, o espiar su correspondencia. Si algo hacen las mujeres, es contárselo todo a otras mujeres —esclareció entonces Edmund, magnánimamente.

Eso estaba mal, terriblemente mal. Espiar a su mujer y leer su

correspondencia privada era algo que no se le ocurriría hacer nunca.

—¿Hay otra cosa que no sea espiar su correspondencia?

—John —suspiró William, perdiendo un poco la paciencia—, cuando estéis a solas y cuando sea el momento propicio, cuando percibas que te mira a los ojos con ojos de cordero degollado, bésala, y a no ser que te aparte muy bruscamente y que te dé una bofetada, va a devolverte en beso.

Besar a Jane. ¿Riesgos? Por supuesto que los había, en el fondo sabía que las probabilidades de éxito eran del cincuenta por ciento.

La inesperada partida del anfitrión debido a ciertos problemas sin esclarecer hizo que muchos de los invitados se fuesen marchando a lo largo de la mañana, incluidos John y Jane Clayton.

Jane esperaba que ese fin de semana de cacería fuese mas largo, y más cuando había comprobado por ella misma que quizás John no era indiferente a lo pocos encantos que consideraba ella que tenía. Pese a la prematura partida, estaba satisfecha, había logrado arrancarle al conde de mármol una confesión que no sospechaba, y con fuerzas renovadas se subió al carruaje, afrontando el viaje de vuelta con optimismo.

Tenía que pensar fríamente cuál sería su siguiente paso, puesto que sus probabilidades de éxito dependían mucho de él. No se trataba solo de conquistarlo, sino que Jane se había propuesto otra cosa mucho mas difícil, y era resolver ese misterio que John Clayton era para ella. Adoraba esa circunspección que hacia de todas las cosas, esa preocupación que parecía tener de su persona y la ausencia de prejuicios que la mitad de la sociedad tenía.

Sin embargo, se moría por conocer otros datos como, por ejemplo, los detalles más escabrosos de su infancia y de su adolescencia, la verdadera relación que tenía con su madre, y el por qué de ese miedo irracional y soberanamente absurdo hacia el género femenino.

—Ha sido una buena cacería —comentó John para romper el silencio que se había instalado entre ellos, mientras el carruaje seguía su camino hacia Grossbernon House.

Jane no sabía si estaba de acuerdo con tal afirmación; sin embargo, sí lo estaba con el hecho de que el viaje había sido de lo más útil.

—Desde luego, la gente parecía satisfecha.

No pudo continuar, pues un fuerte socavón pareció hacer tontolear el carruaje, y entonces se detuvieron.

John frunció el ceño, abriendo la portezuela y preguntando al cochero qué ocurría. Al escuchar la respuesta, no dudó en salir.

—Quédate dentro, Jane —le ordenó, con un tono de preocupación que ella no pasó por alto.

El cochero estaba al lado de la rueda trasera viendo si el daño era reparable, pero parecía que no lo era: se había partido y no había forma de arreglarla. John la examinó también, estando de acuerdo con el cochero.

—Vaya, qué desastre, ahora que estábamos a pocas leguas de casa —se lamentó.

—¿Qué hacemos, su ilustrísima? —preguntó el joven cochero, algo nervioso.

Era la primera vez que ejercía tal función, pues de normal se referían a él como mozo, limpiaba las cuadras, ayudaba al jardinero y también a la cocinera cuando no daba abasto. Pero Cook, el cochero habitual, se había puesto enfermo y el joven Tristán lo había sustituido, para su deleite.

No sabía con exactitud cuantos años tenía, ni tampoco cómo había llegado hasta la casa del conde de Clarence hacía ya más de quince años, siendo un niño harapiento, sucio y apestoso. La duquesa viuda lo había encontrado rondando las caballerizas, acurrucado a uno de los caballos para no congelarse durante la fría noche de invierno.

—Ve hasta Grossbernon y trae el otro carruaje —le ordenó.

No quería hacer caminar a Jane todo el trozo que quedaba hasta allí; era

demasiado y sabía que no traía los zapatos adecuados para andar por el campo.

Tristán asintió y se dispuso a llegar a la casa cuanto antes, mientras que John volvía adentro del carruaje, donde Jane estaba expectante.

—¿Qué ocurre? —preguntó, algo preocupada.

Sabía de historias de bandoleros que hacían tumbar o rompían las ruedas de los carruajes, o simplemente mataban al cochero para robar todo lo que llevaban los pasajeros.

—La rueda se ha partido. No pasa nada; el cochero llegará enseguida con otro carruaje.

Ella asintió, sin estar convencida del todo.

—Podríamos haber caminado, no me hubiese importado —murmuró.

—Es mejor quedarnos aquí y esperar. El trayecto es demasiado largo —respondió él, convencido de ello.

—Estoy acostumbrada a caminar. ¿Tienes frío? —preguntó, al ver que se frotaba las manos para entrar en calor.

A veces le parecía un niño grande, pero su inocencia la conmovía.

—Un poco, empieza a refrescar. ¿Y tú?

—Estoy bien.

Se sintió tentada de acercarse para darle algo de calor, pero seguía siendo John Clayton y aún no habían adquirido esa clase de confianza.

—John, ¿puedo preguntarte algo? Es un poco personal —dijo entonces, armándose de valor.

—Adelante.

Sin mirarlo a los ojos, y manteniendo la mirada en el suelo del carruaje, decidió formular la pregunta.

—¿Por qué no te gustan las mujeres? Me refiero a que sueles huir de su presencia, y se nota que te sientes incómodo ante ellas.

John ignoraba que Jane hubiese sido tan observadora, pues ni él mismo se había dado cuenta de que era tan descarada su actitud, pero supuso que debía

serlo.

—Sus... maneras de actuar son impredecibles para mí. No siguen un patrón preestablecido, como la mayoría de los hombres, y me desconciertan — confesó.

John Clayton tenía una virtud que por aquel entonces escaseaba de lo lindo en la sociedad londinense, y el general, Jane estaba segura de que no solo en Inglaterra, sino en todo el globo terráqueo. John siempre era sincero, parecía que la mentira no tenía cabida en su mundo, y eso Jane lo agradecía.

—Mi padre solía decirme eso mismo de la caza, y era por eso por lo que no le gustaba. Nunca sabía qué era lo que el animal haría y siempre terminaba apuntando a otra dirección. Prefería la pesca, donde los peces sí son más predecibles. O pican o no lo hacen. Se trata de paciencia y perseverancia, pues no depende de tu destreza ni de tu pericia, sino que se deja totalmente a la suerte o azar.

—¿Ibas a pescar con él? —preguntó John, que no se imaginaba a la enérgica y nerviosa Jane sentada en una pequeña barca, esperando a que un pez decidiese comerse aquel gusano.

—Todas las veces que me lo pedía, y no porque me gustase; es lo más aburrido que hay en este mundo —confesó ella; era la primera vez que lo decía en voz alta a alguien que no era Beatriz, Rose o Susan.

—¿Y por qué ibas si no te gustaba?

—Para pasar el rato con él. Pero estoy segura de que ir de cacería hubiese sido mucho más entretenido.

John se detuvo un segundo para captar aquella correlación que le acababa de soltar la que era su mujer, con mucha suspicacia.

—¿Insinúas que las mujeres sois más entretenidas?

—Así es —se atrevió a decir ella entonces.

No tuvo lugar ninguna réplica, pues John no hallaba ninguna que fuese acertada. Había puesto en el mismo saco ciertas actividades que no tenían mucho que ver con el comportamiento humano, y tampoco podía alegar que

aquello era una falacia pues, en verdad, nunca había estado en compañía de una mujer lo suficiente como para averiguar que su premisa era cierta. Por el contrario, Jane sí había estado en compañía de hombres y mujeres por igual, así que sí podía corroborarlo.

El sonido de la lluvia hizo que ambos mirasen hacia la ventana, dándose cuenta de que aquello podría llegar a tardar más de lo esperado.

—El cochero estará al caer; no te preocupes —mencionó John.

Pero Jane no lo estaba, pues lo que rondaba por su mente era otra cosa distinta, y era si realmente llegaría a conocer a John Clayton o, por el contrario, aquello sería todo lo que obtendría de él, palabras escuetas y respuestas vagas.

Capítulo 13

UN MONSTRUO LLAMADO CELOS

Cuando Tristán llegó bajo una lluvia torrencial, ambos se ufanaron a subir al nuevo carruaje antes de quedar completamente empapados. Una vez dentro, John observó cómo algunas gotas caían desde la barbilla de Jane hasta el cuello, resbalando poco a poco hasta posarse en su clavícula. Le pareció un espectáculo tremendamente erótico, y no pudo más que desear inclinarse y besar con los labios esa zona mojada y resbaladiza.

Pensó en lo que Edmund le había dicho, así como lo que Hayes le había aconsejado. Si no la besaba, nunca sabría qué era lo que ella sentía al respecto o lo que deseaba. Podía hacerlo, era muy capaz, al fin y al cabo, era un hombre como cualquier otro. Había leído infinidad de veces qué era un beso, no le sería difícil recrearlo.

Por un momento se lo imaginó; solo era cuestión de inclinarse, llegar a los labios rosados y trémulos por el frío y apoderarse de los mismos ejerciendo algo de presión. Cuando la fémina estuviese acostumbrada, podría entonces moverlos con delicadeza, abriendo y cerrando e incluso había escuchado que mordisqueando un poco podía llegar a ser placentero.

No se imaginaba qué clase de placer podría haber en un beso, pero la idea le agradaba; era más, su mente parecía obsesionada con ello.

Era el momento y el lugar, no encontraría otra ocasión más perfecta que aquella. Se acercó a Jane arrastrando el trasero por el asiento hasta quedarse

pegado a ella, pero sin mirarla. Una vez asentado en su posición, inició el movimiento con un estudio de la víctima riguroso y preciso, pues Jane permanecía quieta en su sitio, con la mirada perdida hacia el frente. Era el momento, no podía echarse atrás. Giró la cabeza, concentrando sus ojos en el objetivo, los labios de Jane.

Eran perfectos, apetecibles y parecían suaves. No podía esperar a tocarlos, a saber, cuál sería su sabor; deseaba pasar su lengua por ellos y que las papilas gustativas hiciesen su trabajo. Empezó a inclinarse a paso de tortuga hasta que Jane se percató de que se estaba moviendo y giró el cuello hacia él. Por suerte no dijo ni hizo nada, se limitó a esperar para ver qué era lo que estaba haciendo.

John estaba tan obcecado en su tarea que no se dio cuenta de que el carruaje se había detenido, y cuando Tristán abrió la portezuela, no pudo más que maldecir en silencio. Se había quedado a tres centímetros de su rostro.

No había ya remedio alguno, así que bajó de allí y entró en su mansión pensando en la poca suerte que tenía. Por una vez que se decidía, la Providencia tenía otros planes. Quizás sería mejor dejarlo estar, al fin y al cabo, no albergaba demasiadas esperanzas de ser correspondido.

En cuanto pusieron un pie en el salón, fueron advertidos de que en la sala de invitados se encontraba alguien, y enseguida fueron a ver de quién se trataba.

Estaba delante de la gran chimenea, completamente empapado, con un abrigo negro largo de espaldas. En cuanto se dio la vuelta, Jane lo reconoció enseguida. Era imposible olvidar aquellas acciones tan peculiares, crudas y atractivas al mismo tiempo, esa frialdad y calidez en su mirada, donde a veces destacaba la primera y otras veces, no tan probable, la segunda.

—¿James Grisham? —musitó ella con asombro.

Hacía bastante tiempo que no sabía nada de él, pero se alegró de verlo.

—No puedo creerlo, la pequeña Jane Bradford, que ya no es tan pequeña. ¿Qué haces aquí? —respondió él, sonriendo.

—Ahora soy Jane Clayton.

Johnny, que permanecía en segundo plano, bastante sorprendido, dio varios pasos hacia donde estaban.

—¿Os conocéis? —preguntó entonces.

Sin duda, él si conocía a James Grisham. Habían coincidido en algunos eventos, y otras veces en ciertos círculos de reputación, donde a veces se dejaban caer junto con su amigo William Hayes. Sabía que, como miembro del parlamento que era, James estaba al servicio de la corona, aunque no sabía exactamente cuál eran sus tareas. Había rumores que decían que era realmente un espía, pero nunca tal cosa había sido probada.

—Es amigo de mi hermano. Solía pasar largas temporadas de verano en nuestra casa de campo —explicó Jane.

Le brillaban los ojos. Sonreía, mucho. Estaba alegre; eso podía deducirlo claramente, y su causa no era otra que la presencia del tal James Grisham. No era nada que la incumbiese, y desde luego, veces infeliz no era nada malo, pero por causas desconocidas inexplicables, estaba molesto. Aquel hombre sin duda le desagradaba, y ni siquiera lo conocía verdaderamente.

—Su hermano sigue siendo el mayor caradura del reino, pero he oído que le está yendo bien con su nuevo negocio.

—Eso espero. ¿Qué ha ocurrido? Estáis empapado —dijo ella, expresando en voz alta lo que era evidente.

—El carruaje se ha metido en un hoyo con barro y no hay forma de sacarlo. Estábamos cerca de aquí y he decidido pedir ayuda. Creo que con un par de hombres bastará.

Jane negó con la cabeza, y John no entendió por qué. ¿Le iba a negar ayuda? ¿Por qué?

—No voy a permitir que con esa tormenta siga su camino. ¿Adónde os dirigíais?

—A Londres, quedan ya pocas leguas.

—Está calado hasta los huesos, si sigue hasta Londres cogerá un catarro

tremendo. Sin duda, insisto en que pase aquí la noche y mañana por la mañana prosiga su camino.

¿Quedarse aquí? ¿En su casa? ¿James Grisham? John no lo entendió, y aunque una parte de él decía que era lo mejor, dado el estado en que se encontraba, pues el catarro iba a cogerlo de seguro, la otra odiaba que Jane hubiese tomado esa decisión, toda sola, allí mismo y sin siquiera consultarle.

—Es cierto que un buen baño me iría bien —dijo Grisham finalmente.

—Perfecto. Señora Burns, prepare una habitación para el señor Grisham. Esta noche será nuestro invitado. Ah, y un baño caliente también.

—No me gustaría ser una molestia, Janie —insinuó Grisham, mirando a John de reojo.

Este tragó saliva, incómodo ante las circunstancias y frunció el ceño al escuchar ese apodo Janie, menudas confianzas. No lo soportaba más, menudo espectáculo estaba dando delante de sus narices. Su mente empezó trabajar con rapidez, pensando que quizás ese encuentro no había sido casual. ¿Y si había sido orquestado por Grisham? ¿Y si Grisham había estado enamorado secretamente durante toda su vida de Jane? ¿Y si... realmente aquel episodio ya había sido planeado por ambos? ¿Y si Jane y James eran amantes?

—Señor Grisham, espero que disfrute de su estancia, ahora lo acompaño para mostrarle su alcoba —murmuró Jane.

—Por supuesto. Lord Clayton, gracias por su hospitalidad. Iré a tomarme ese baño, gracias Janie —le dijo a él, después de desaparecer escaleras arriba, igual que hubo hecho Jane.

Y volvía a hacerlo. Que descaro tan absoluto, que falta de respeto. Jane ya no tenía 12 años. En ese momento era una mujer casada, y con él. Tuvo que sujetarse a la repisa de la chimenea cuando le vino a la mente las palabras de su amigo Hayes. Las mujeres también tienen necesidades, y Jane era una mujer, una hermosa y joven mujer.

John se quedó estático, frente a la chimenea. No sabía muy bien qué hacer, aquello superaba todo lo que él había podido prever al casarse.

No, debía desechar la idea diáfana y sinsentido que se había implantado en su mente. Jane era una mujer decente; era irrisorio y completamente sordo que ella y aquel hombre fuesen amantes. No creía que Jane fuese capaz de tener un amante, aunque nunca habían hablado de esos términos en el contrato.

Siempre podía añadir una cláusula nueva a este, alegando desconocimiento previo del tema. Sí, podría planteárselo al día siguiente mismo, y por supuesto pondría como excusa la reputación, tema muy socorrido por su madre cuando le hacía chantaje para que acudiese a varias veladas, fiestas y demás eventos.

Era insultante, sin duda, y si tenía la oportunidad, se lo diría al señor Grisham. Porque Jane era ... Jane, su Jane. Al contrario que muchos, no creía que la mujer fuese diferente al hombre en ningún sentido; tenían la misma anatomía por lo que había leído en sus libros de medicina, y según los frenólogos, no había casi nada que alegase que la mujer tuviese que tener menos valor. Por eso siempre había encontrado absurdos a esos hombres que alegaban que una mujer era de su propiedad, como si realmente se asemejase a una silla o a un caballo.

Sin embargo, ese sentimiento posesorio lo estaba invadiendo, lo torturaba que fuese así y no podía negarlo: quería que Jane fuese suya, solo suya. Y no quería compartirla con nadie.

Intenta mantenerse ocupado hasta la hora de la cena yendo a la biblioteca, y buscando algún libro absorbente, de aventuras, pero ni siquiera Ulises pudo mantenerlo ocupado.

Parecía que James Grisham no tuviese ningún atisbo de incomodidad estando bajo su techo y tratando a su mujer con una familiaridad apabullante. El no era un hombre que cumplieren las normas de sociedad a rajatabla, algunas que parecían absurdas y faltas de practicidad, sin sentido y arcaicas, pero creía que había ciertas reglas de conducta que en ese momento querría hacer cumplir. La cena estaba siendo un continuo de anécdotas de la infancia

de Jane y James, y en ocasiones con cierto exceso de confianza.

—Christian me obligó a ir hasta el bosque para traeros un trébol de cuatro hojas, decía que ese era el pago para poder jugar con vosotros —contaba Jane, rememorando buenos tiempos.

—¿De veras? Qué rufián, nunca me lo dijo.

—Estaba atardeciendo y lo encontré. Volví a casa y me gané un buen castigo por desaparecer durante horas.

John intentaba pensar en otras cosas, pero cada vez se sentía más enfadado. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué le importaba tanto que Jane encontrase placer en los brazos de Grisham? O que se divirtiese más que con él. La respuesta la encontró rápido en su cabeza, y era bien sencilla. Temía que Jane se fuera. En ese momento que se había acostumbrado a su presencia, en ese momento que ella amenizaba las tardes con su conversación, la soledad en ese momento se le hacía tormentosa y pesada, incluso insoportable.

Jane podía irse en cualquier momento; sabía con seguridad que los matrimonios no consumados podían de sol verse con facilidad, y ese era el caso. Se fijó en cómo Grisham le guiñaba un ojo a Jane, y ella se sonrojada, tapándose la boca con la servilleta.

«El que no tiene celos, no está enamorado». La frase de San Agustín retumbaba en su cabeza a más sellándolo, incesantemente. Celos, eran celos. Estaba celoso de la atención que se le prodigaba a Grisham, celoso de su complicidad de que le hiciese reír.

En aquel momento, quiso ser James Grisham, solo por saberse el autor de aquella sonrisa que iluminaba la instancia, ser el receptor de sus miradas de admiración y cariño, ser alguien querido por Jane.

Ella era culta, con dotes sociales, habladora en su justa medida, prudente y aunque algo nerviosa. Ese toque desasosiego e inquietud hacía única. Las virtudes de las que gozaba eran incomparables y hacían que, sin duda estuviese por encima de la media, y todos lo veían. Él, por un accidente había terminado conquistando esa ciudad soñada por todos, esa Pompeya,

Alejandría o Roma sin saber de su gran suerte, y en ese momento que se la estaban arrebatando, se daba cuenta de su valía.

Quería a Jane, no había ninguna otra explicación posible. Era un querer distinto del que prodigada a su madre va a su sobrina, pues a ellas les sonaba de una forma fraternal, cariñosa. Allí la quería apasionadamente, porque sentía esa necesidad de protegerla de cuidarla, pero también de tenerla consigo durante todas las horas del día. Parecía que su temperatura corporal se elevaba cuando ella estaba cerca y su pulso se aceleraba, por no hablar de otras reacciones físicas más escandalosas.

Los platos fueron retirados, y los tres se levantaron de la mesa para pasar al salón donde John, manteniendo la compostura, le ofreció a Grisham un vaso de licor, el cual aceptó.

—Espero que los negocios vayan bien. ¿Donde habéis estado últimamente?
—pregunto este, intentando desviar la atención.

—En Venecia. Es una ciudad excepcional, su arquitectura es deslumbrante y su gente es encantadoras.

—*Alcuni sostengono che la parola Venetia potrebbe venire da Veni Etiam, cioè, tornare di nuovo, e ancora, perché non importa quante volte vieni, vedrai sempre cose nuove e nuove bellezze*^[1] —mencionó Jane entonces.

De algo habían servido las clases de italiano de su madre, ya que parecía que los de seducción hacían aguas por todas partes.

—*Sono d'accordo con Jacobo* ^[2]—respondió James—. Creo que, pese a que la conversación es sumamente interesante, voy a retirarme pronto. La fatiga del viaje se me empieza notar —confesó, terminándose la copa—. Ha sido una velada muy agradable.

—Desde luego. Que pases una buena noche, señor Grisham —respondió Jane haciendo la reverencia pertinente.

—Desde luego, buenas noches.

—Buenas noches, señor Grisham —murmuró John sin sonreír, aliviado de perderla de vista por fin.

Voy a estar a solas con Jane, y respiró tranquilo entonces. En cuanto Grisham hubo salido de la estancia, Jane se dirigió a su marido.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó ella entonces—. Casi no has hablado en toda la noche.

Pocas veces John perdía la calma ni se enfadaba. De hecho, la única vez que había perdido la compostura había sido el día en que se había enterado de que su amigo Hayes había estado viéndose a escondidas con su sobrina. Así que, alzando el mentón y llevándose las manos a la espalda, procedió a darle una buena reprimenda a su mujer por primera vez.

—Quizás ese hecho se deba a que tú y el señor Grisham solo conversabais sobre recuerdos comunes. Quizás mismo la participación sea debido a mi desconocimiento total de tu infancia o este escaso interés de ponerme en antecedentes —respondió él con un tono bastante irritado, mientras que apretaba los dientes con fuerza.

Jane empalideció al escucharlo, y no supo que responder.

—Yo... lo siento mucho. No me he dado cuenta...

—No importa. Voy a retirarme a mis aposentos, buenas noches, Jane.

No esperó ninguna respuesta; solo caminó hasta la puerta, salió de allí y dejó a Jane con la palabra en la boca.

Capítulo 14

BUEN VIAJE, SEÑOR GRISHAM

Jane sospechaba que alguien la observaba. Tenía los ojos cerrados, pero sentía que había algo en su habitación, y se mantuvo alerta.

A esa hora normalmente ya dormía como un tronco, pero esa noche no podía pegar ojo porque le daba vueltas a las palabras de John. Se había disgustado, y eso la hacía sentirse mal.

Se incorporó de golpe, buscando en la semioscuridad esa mirada estremecedora, pero no había nadie allí salvo ella misma. Dejó ir un suspiro y recuperó el latir normal de su corazón, tocando el suelo con la punta de sus pies y caminando hasta la ventana. Abrió las cortinas para que algo de esa luz lunar que había, se colase por la estancia.

Pensó detenidamente en lo que John le había dicho; ¿tendría razón? Ella no lo había excluido de la conversación; había sido él quien no había participado, si siquiera había hecho el ademán de interesarse por James, y era su invitado. Parecía como si le importase un comino que estuviesen allí o no y, al fin y al cabo, no era muy diferente a cuando estaban a solas, siempre buscando escabullirse de su presencia, siempre huyendo de ella.

Aquella noche se había divertido, había socializado con alguien a quien hacía mucho tiempo que no veía y que apreciaba. Y John la había reprendido por ello. ¡A ella! Si prácticamente besaba los pies por dónde él pisaba, si nada de lo que decidía ella lo contrariaba, si lo adoraba... y en ese momento

tenía que sentirse aquello.

Intentaba entender a su marido, buscaba justificación en todos sus actos y comportamientos, pero no lo hallaba. Desde que se habían casado, que ella había estado atenta a todas sus necesidades, a su conversación, pasando todos los ratos posibles con él, se había interesado en cómo era su vida, adaptado a ella y no le había impuesto ninguna condición.

Podría haber insistido en que su madre viniese a vivir con ellos, pero no lo había hecho —a sabiendas de que su madre se hubiese negado a vivir en cualquier sitio que no fuese Londres—; podría haber insistido en irse de luna de miel, cosa que también había pasado por alto.

Prácticamente era ella la que hacía todo el esfuerzo. Si es que John no le interesaba en lo mas mínimo nada de lo que ella sentía o pensaba, podía haberse casado con alguien totalmente opuesto y le hubiese dado igual.

Cada vez le daba más vueltas al asunto, sintiéndose infravalorada, reducida a una nada vacía y solitaria, y enfadándose con John. Se suponía que el matrimonio era una institución donde ambos eran felices; se suponía que su contrato era muy claro respecto a lo que debían parecer, ¿no? Más bien era ella haciendo todos los esfuerzos para hacer feliz a John, y él, ignorándolos.

De golpe, notó como las mejillas le ardían y la sangre se le subía a la cabeza. Tenía ganas de desahogarse, de decir cómo se sentía en ese momento. Ella tenía también una vida antes de contraer matrimonio, y no había desaparecido. ¿Cómo se atrevía John a amonestarla con tales acusaciones? Si prácticamente cada día se interesaba por él, cosa que John nunca hacía, nunca le preguntaba cómo se sentía, tampoco si era feliz. No, porque claro, Jane Bradford era solo un complemento más en esa enorme mansión; llevada aquí por accidente.

En un arrebato, salió al pasillo en camisón y prácticamente a tientas, llegó hasta los aposentos de John. No llamó a la puerta, porque de tan enfadada que estaba, hasta los modales le daban igual. Por supuesto que iba a decirle cuatro cosas bien dichas, porque si se lo quedaba dentro, estaría toda la noche en

vela comiéndose la cabeza y terminaría frustrada y enfadada, llorando sobre la almohada como solía hacer, y esta vez no quería llegar a eso.

Entró en la habitación por primera vez, y buscó el lugar donde se encontraba la cama.

Se dirigió hasta el extremo de ella, y se encontró a su marido completamente dormido.

—John —murmuró, tocándole el brazo y zarandeándolo para que despertase—. John, despierta.

Finalmente, este abrió los ojos, y sorprendido, se incorporó poco a poco, adormecido.

—¿Jane? ¿Eres tú? —preguntó al reconocer la silueta que se hallaba ante él.

—Sí, soy yo.

—¿Ocurre algo?

—Sí. No. Sí —se cercioró ella de que aquello no podía dejarlo pasar.

«Jane, díselo. Recuerda, tienes que hacerte valer. No eres un mero jarrón. Tiene que escucharte».

—¿El qué?

Inspiró una bocanada de aire antes de decir lo que había estado pensando todo el camino. No podía acobardarse: una de las grandes lecciones que su madre le había dado era que debía de hacerse valer ella misma y respetar porque, si una no lo hacía, los demás mucho menos.

Alzó la barbilla, imitando ese gesto de soberbia que, en secreto, tanto admiraba de su amiga Beatriz.

—Lo que has dicho antes ha estado completamente fuera de lugar. Creo... ¡creo que has sido muy injusto! —elevó la voz y dio un paso hacia delante, con las rodillas tocándole el extremo del colchón—. No te he negado la participación en nuestra conversación en ningún momento; has sido tú quien has decidido que no te interesaba, que no valía la pena inmiscuirte, arrinconándote como un ermitaño, siendo un completo patán con nuestro

invitado.

Esperó a que John dijese algo, pero este continuó en completo silencio, como si lo que hubiese dicho le entrase por una oreja y le saliese por la otra. Esto hizo enfadar más a Jane de lo que ya estaba, porque prefería mil veces más a que le gritase y le dijese cualquier cosa a que fuese indiferente. Su apatía la mataba lenta y dolorosamente, porque para ella era sinónimo de que no sentía prácticamente nada, ni una mísera gota de afabilidad.

—Por Dios, ¡di algo! Reacciona, John.

Ante tal pasmarote, en un arrebato cogió la almohada más cercana y se la tiró con rabia contenida en todo el rostro de John, quién, tras recibir tal golpe, abrió los ojos, estupefacto, como si no supiese qué hacer. Luego frunció el ceño y ladeó la mirada, escrutando su rostro.

—¿Estás enfadada conmigo?

Jane no podía creer eso; después de todo lo que le había soltado, aún ponía en duda qué era lo que le sucedía. Sin pensárselo, cogió la almohada que acababa de lanzarle y volvió, de nuevo, a arrojársele, esta vez en el torso.

—No, John, estoy tirándote la almohada por pura felicidad.

—Esto no tiene sentido alguno.

—¡Pues claro que estoy enfadada! Soy un ser humano y tengo sentimientos, y también tengo derecho a disgustarme cuando haces sentirme mal con algo que no es cierto.

Lo había dicho; había pronunciado aquellas palabras mientras John la observaba perplejo, anonadado. Tardó varios segundos en reaccionar, pues no dejaba de ser esa Jane impulsiva que a veces salía a la luz, demasiadas pocas veces y no dejaba de asombrarse por ello.

—Te pido disculpas si te he ofendido; no era mi intención —dijo él finalmente—. Aunque podríamos haber hablado de ello por la mañana, y creo que haberme pegado con un cojín estaba de más.

Pese a la oscuridad de la noche, veía perfectamente que Jane llevaba solo el camisón blanco, y solo de pensar en que hacía tan solo unos minutos se

paseaba por los pasillos de aquella forma, semidesnuda, y que cualquiera podría verla así, entró en pánico.

—No podía dormir, no antes de decirlo. Siento haberte despertado. Voy a volver a mi habitación ahora mismo. Y en cuanto a lo del cojín... ha sido un arrebató de furia, lo siento —murmuró ella, sintiéndose ligeramente culpable, ya que había sido un acto de violencia gratuito y sin demasiado sentido.

Jane iba volver a pasearse vestida ¿de aquella manera? Por encima de su cadáver, no iba a permitirlo, no señor.

—¿El que?

—Está muy oscuro, podrías tropezar... y hacerte daño. No son horas para deambular por la casa... y menos tan ligera de ropa. Así es como la gente coge pulmonías, Jane.

«Y tiente a hombres indeseados», pero se guardó tal opinión.

—¿Y qué propones entonces?

—Puedes dormir... aquí. La cama es doble; además no sería la primera vez que estamos en la misma cama.

Suplicó al cielo que su respuesta no fuese negativa y esperó, expectante, apretando entre sus manos la sábana de lino, a que Jane se pronunciase al respecto.

—Como deseas.

Volvió a respirar otra vez, conteniendo luego el aliento al notar cómo su cuerpo menudo se escurría entre las sábanas hacia el lado vacío. Jane estaba con él, y eso quería decir que no había sucumbido a los encantos de Grisham, y que quizás todo aquello eran imaginaciones suyas.

—¿Jane? —musitó al sentir su respiración acompasada, tan cerca de él.

—Dime.

—Tengo que confesarte algo. No tengo demasiado don de gente, sino más bien al contrario. A mi me cuesta hablar con normalidad con otras personas; se me hace difícil, y más con desconocidos.

Con la cabeza encima de la almohada, Jane buscó sus ojos. Los encontró

brillando entre la oscuridad, atentos a lo que ella hacía.

—Me he dado cuenta, aunque sueles disimularlo divinamente, y la gente suele confundirlo con altanería. Pero es más bien... timidez. A mi también me pasa a veces.

—También me había dado cuenta —respondió, y tras una breve pausa, decidió que era el momento de tender puentes—. Si hay algo que quieras pedirme alguna vez, cualquier cosa, siéntete libre de hacerlo.

—¿A qué te refieres? —murmuró ella.

—A cualquier cosa.

No especificó, no se atrevió a hacerlo, y Jane tampoco insistió. Conocía a John lo suficiente como para saber que nada más obtendría de él que tales palabras. A veces era un verdadero enigma, uno hermoso e inteligente.

Pronto ambos sucumbieron al sueño y se olvidaron de dónde se encontraban.

Cuando Jane se despertó, se percató de que aquella no era su habitación, y de golpe, todos los recuerdos de la noche anterior llegaron a su mente. Se inclinó, buscando el cuerpo dormido de John, pero ya no estaba. Por segunda vez consecutiva, dormía con él y no tenía la oportunidad de corroborarlo.

Estaba decepcionada, porque no habida nada que pudiese hacer para atraer a John. Absolutamente nada funcionaba. Quizás era el momento de rendirse, de aceptar que su marido nunca la querría, y que realmente sí era el conde de mármol.

Derrotada, abrió la puerta de aquella habitación que olía a su peculiar perfume, a su olor corporal, y la abandonó con un nudo en el estómago. Arrastrando los pies, caminó por los pasillos sin importarle que cualquier criada o miembro del servicio la viese en aquel estado y, cuando estaba a punto de aproximarse a su puerta y abrirla, una sombra detrás de ella la sobresaltó.

—¡Jesús! —exclamó al girarse y ver que se trataba de James Grisham—. Me has asustado, James.

Su semblante tosco, pero atractivo se turbó, pero cuando una sonrisa se asomó, ella se relajó enseguida.

—¿Qué haces paseándote con estas pintas, Janie? Cualquiera diría que no has dormido en tu alcoba —insinuó, en voz baja y sugerentemente.

Ella enrojeció enseguida, pues eso era exactamente lo que había ocurrido.

—No es nada de lo que estás pensando... —susurró ella, hasta que se mordió la lengua recordando que estaba casada, y que, efectivamente no habría problema alguno pues estaba en su casa y se trataba de su marido.

Aunque, debido a sus circunstancias, solía olvidársele.

—Será mejor que entres, antes de que tu marido nos vea hablar aquí fuera y me rete a un duelo por tu honor.

Esa vez fue Jane la que no pudo más que reírse. ¿John en un duelo? Y nada más que por su honor, por supuesto.

«Soñar es gratuito, Jane».

—Conociendo a John, nos daría los buenos días y volvería a su lectura matutina.

—Oh, Janie, por favor. Sé reconocer a un hombre celoso, y tu marido ayer lo estaba, y mucho.

Ella abrió los ojos, sorprendida al escuchar lo que Grisham decía. Era cierto que John se había molestado con ella, pero lo había achacado a la falta de inclusión en la conversación, no a los celos. Pero si entre ella y Grisham no había más que una amistad de años, si James Grisham era conocido por todos como el seductor, tenía a la mujer que quería, y ella era solo... Jane, la hermana de su mejor amigo.

—¿Por qué tendría que estar celoso? Si yo no...

Aparentemente, John no sentía nada por ella, y para estar celoso tendría que haber ciertos sentimientos de tipo romántico, o eso era lo que ella siempre había creído.

—Los hombres a veces, son inseguros por naturaleza. No le des más vueltas.

Dicho esto, continuó su camino, dejándola sin poder evitar pensar en lo que acababa de oír. ¿Y si era verdad? Eso quería decir que aún había esperanzas.

—¿*Milady*?

Su doncella, Greta, estaba delante de la ventana, observando a su señora algo escandalizada.

—Buenos días, Greta. Creo que deberíamos empezar el aseo, ¿no te parece? —dijo Jane como si nada, como si no fuese en camisón y como si no acabase de aparecer en su alcoba.

Greta reaccionó algo tarde, buscando la palangana de agua que minutos antes había traído.

—¿Se encuentra... bien? —preguntó mientras Jane se lavaba la cara con un paño.

—Estoy bien. Pero aún no ha sucedido, aunque ha habido avances — decidió ponerle sobre aviso; al fin y al cabo, era la única aliada que tenía en aquella casa.

—Oh, entiendo —dijo Greta, respirando aliviada.

—Creo que me subestimé demasiado. ¿Sabes, Greta? Hoy voy a ponerme el vestido rojo de terciopelo.

Ese vestido había sido un regalo que Beatriz le había hecho hacía ya algún tiempo, pero que, por razones de corte y escote, nunca se había puesto. Hasta en ese momento.

Tal y como recordaba, la tela se adjuntaba a su piel de forma natural, dejando ver sus curvas de forma sutil. Marcaba un poco más que por debajo del pecho, llegando hasta la cintura y dejando un escote que, sin ser pecaminoso, incitaba. Lejos de tener suficiente con ello, ordenó a Greta que no le hiciese uno de sus moños habituales, sino que un medio recogido bastaría, dejando su largo cabello rubio cayendo en cascada por la espalda.

Antes de salir hacia el comedor, se pellizcó las mejillas para dar un rubor

completamente natural, y bajó las escaleras dispuesta a ganar aquella partida.

John, quién estaba desayunando junto con su invitado no deseado, casi se atraganta con el hueso de una cereza al ver aparecer a su mujer tan distinta. ¿Por qué se había vestido de aquella manera tan visible? Por no hablar del escote, una verdadera delicia.

«John, no te pongas nervioso. Y, por encima de todo, no te excites».

Pero le fue imposible; por suerte, estar sentado ayudaba al hecho de disimular esa erección emergente. Lo que no le gustó fue que James Grisham estaba a pocos metros de él, y, por ende, contemplando también aquella obra de arte.

Tuvo que levantarse, al igual que Grisham lo hizo, disimulando aquella protuberancia de su entrepierna con la servilleta, con cierta dificultad.

—Tan refrescante como una mañana de primavera. ¿Habéis dormido bien, Jane? —preguntó James nada más verla.

—Divinamente. ¿Y vos? Espero que su estancia haya sido lo más placentera posible, dadas las circunstancias —respondió ella, mientras se sentaba en la mesa, junto en medio de ellos dos, y cogía un trozo de mermelada con el dedo índice, para luego chuparlo con ganas.

«¿Qué demonios está haciendo? ¿Por qué hace eso? Dios, el miembro va a explotarme».

John estaba que trinaba. No podía levantar los ojos del plato, por la excitación que le producía esa actitud de su mujer.

—Ha sido maravillosa, y un placer volver a verla, *milady*. Sin embargo, voy a tener que partir en breves, tengo una cita esta mañana a la que no puedo faltar.

—Por supuesto. Lo acompañaré afuera —dijo, sabiendo lo inadecuado que aquello era.

Jane se levantó, escoltando al señor Grisham y, cuando hubieron cruzado la puerta de la entrada, él se dirigió a ella.

—Pequeña Janie, qué mala eres. ¿Por qué haces sufrir así a tu marido?

Ella le guiñó un ojo.

—Se lo tiene merecido; no te quepa duda alguna.

—Cabe decir que ahora mismo te metería en este carruaje para hacer algo más que cruzar algunas palabras, pero soy un hombre prometido, así que...

—¿Prometido? Vaya, ¿y quién es la afortunada? —se sorprendió Jane, pues no tenía a Grisham como alguien que estuviese interesado en esos menesteres.

—Wendoline Conynham. Ha sido un placer, Janie, ya nos veremos por Londres, supongo.

—Yo también. Buen viaje, James.

Dejó que subiese al carruaje, callándose el hecho de que se hallaba convencida de que aquella unión entre Wendoline y James no prosperaría.

John se levantó de la mesa dispuesto a, esta vez, encarar a su esposa. ¿Qué pretendía? ¿Seducir a Grisham? ¿Volverlo loco?

—Jane, tenemos que hablar —anunció él, en cuanto ella volvió al salón.

Sin hacer ningún gesto, ella volvió a sentarse, haciendo que el lacayo le sirviese una taza humeante de té.

—Dime.

Su tranquilidad aún lo ponía mucho más nervioso. Él también se sentó, dándose cuenta de que el bulto aún no habida amainado.

—Me parece increíble... ¡que hagas eso! ¿Es que no temes a las habladurías? Y nada más y nada menos ¡delante de mis narices!

—¿A qué te refieres?

—A tus insinuaciones a Grisham, ¡por supuesto!

Ella se rio, soltando una gran carcajada. Dios mío, ¡era cierto! Estaba celoso, tremendamente celoso.

—John, no puedes estar más equivocado. Grisham nunca me ha interesado, ni antes ni ahora.

—¿Y a qué ha venido ese numerito de «espero que su estancia haya sido placentera», y el vestido... provocador que llevas?

Jane alzó una ceja, indignándose. Aquello estaba pasando de castaño a oscuro.

—Ese vestido fue un regalo de Beatriz; me apetecía ponérmelo. Y solo estaba siendo amable. De todas formas, John, no creo que hubiese ninguna cláusula en la que se me prohibiese tener amigos, ni tampoco... ¡amantes!

Lo había dicho. Se quedó helada nada más decir eso, pero era algo que le quemaba por dentro desde que John le había dicho lo del contrato.

—¿Quieres... tener un amante? —susurró John, devastado.

Era eso lo que quería. Ni hijos, ni a él, ni nada por el estilo. Quería a cualquier otro que no fuese él.

—No lo sé; puede que sí —respondió ella, dudando incluso de su propia credibilidad.

Jane claro que quería a un amante, a él, y solo a él. ¿Es que acaso no lo veía?

—Puede... que tengamos que renegociar las cláusulas entonces.

No quería seguir con aquella conversación, ni quería ni podía. Se levantó de la silla, dispuesto a cavilar en su despacho, pero antes de cruzar la puerta, se detuvo y giró el cuello, viendo como su mujer se enjuagaba una lágrima que caía por su mejilla.

Jane era infeliz, y todo por su culpa.

Capítulo 15

NAVIDAD, DULCE NAVIDAD

Londres en Navidad.

Esa era la favorita de Jane desde niña. Le encantaba ver la casa decorada, comer pudín de Navidad hasta hartarse y levantarse aquel día tan especial con algunos regalos bajo el árbol.

Desde que se había casado, que no había vuelto a la ciudad, y por ende, no había vuelto a ver a su madre ni a su hermano ni tampoco a sus amigas. A estas últimas las echaba terriblemente de menos, pues eran una fuente de consejos variopinta y a veces bastante útiles.

En cuanto el carruaje se adentró en el centro apabullante y concurrido, cuando olió la fragancia de panecillos recién hechos y a la vez el tufo de pescado de una parada de al lado, se sintió en casa.

—¿Quieres ir directamente a ver a tu madre? —preguntó John, quién también estaba dentro, con la mirada fija en la ventanilla.

Durante una semana entera no había hecho más que ignorarla, de una forma descarada; a veces ni siquiera se presentaba a las horas ni de la comida ni de la cena.

No sabía cómo arreglar aquella situación, si es que ni tan siquiera podía imaginar qué le pasaba a John por la cabeza. Ella había esperado una reacción muy distinta por su parte, una declaración o al menos cierto grado de oposición, pero su silencio y aceptación fue... lacerante y muy

decepcionante. ¿Qué iba a decir? Confesarle la verdad sería peor, muchísimo peor; solo conseguiría un ridículo espantoso confesando sus sentimientos y siendo rechazada.

Aquello no habían sido celos; Grisham se equivocaba. No sabía qué había sido, pero celos no eran.

—Me gustaría —respondió ella en voz baja, tampoco apartando la mirada de su propia ventanilla.

Dio gracias a Dios de que su antigua casa estuviese más cercana de lo que lo estaba el hogar de su marido en Londres y, en cuanto el carruaje se detuvo, casi saltó al abrir la portezuela hacia afuera. No podía estar ante su presencia, sintiendo aquella tensión que podía cortarse con un cuchillo durante más tiempo; no lo soportaba.

Prácticamente se arrancó el sombrero de la cabeza y se quitó la chaqueta al entrar en al que había sido su casa de la infancia. Allí había sido feliz, ¿por qué no había podido conformarse? Seguir el resto de sus días con su madre, al amparo de su hermano Christian. Al menos él era mínimamente entendible y tenía cierta potestad moral sobre él.

De pronto, al abrir los ojos de nuevo, después de calmarse un poco, se percató de que en el recibidor volvían a estar los candelabros que habían tenido que empeñar el año anterior. Atravesó la estancia hasta el salón pequeño, donde su madre leía despreocupadamente. También allí estaba la porcelana, los cuadros y la alfombra persa que su padre había traído del lejano oriente en uno de sus viajes.

—¡Jane! No te esperaba tan pronto —exclamó su madre al verla, cerrando el libro y yendo a su encuentro.

La abrazó con efusividad hasta que la propia Jane estuvo satisfecha. Echaba de menos las constantes muestras de afecto que su madre realizaba, cosa que siempre le había molestado hasta que ya no las había tenido. Era algo fuera de lo común, lo sabía, pero su madre de por sí se salía de la regla general de madres inglesas de buena posición.

—¿Qué tal todo por aquí, madre? Parece que la cosa ha mejorado, dada la aparición del mobiliario.

Su madre sonrió, dejando ver unos dientes blancos perfectos. Siempre le decía que debía pasarse bicarbonato sobre ellos, y debía funcionar.

—A tu hermano el negocio le funciona de maravilla. Fue una gran idea alentarle a comprar la casa de juegos.

—Burdel —corrigió Jane, a su pesar—. El *Red House* es un burdel.

—No, ahora es una casa de juegos reputada o, mejor dicho, un club social de caballeros. Pero sigue habiendo prostitutas pululando por allí —confesó—. ¿Y tu vida de casada?

La pequeña sonrisa de Jane desapareció en cuestión de segundos y, cabizbaja, se dejó caer en el sofá dispuesta a contarle a su madre todas sus penas. Estaba empezando sus tristes desventuras en la conquista del corazón de John, cuando el mayordomo las interrumpió, anunciando una visita.

—La duquesa de Rutland y condesa de Medina.

Debió de sospechar que su amiga Beatriz de Velarde acudiría a su encuentro en el plazo más breve posible, y así fue. La española entró en el salón igual que si lo hiciese la mismísima reina, con avanzado estado de buena esperanza.

—Odio Londres en esta época del año —fue lo primero que dijo al entrar, sentándose en el sillón de delante de Jane y su madre.

—Pero si es la mejor época para estar en la ciudad. En verano, con el calor infernal que hay, es mucho peor —respondió Jane.

—En Madrid sí que hace un calor infernar; esto que hace aquí es una minucia. Pero no hablemos del tiempo, ya sabes cuánto soporto hablar de él. ¿Qué tal con mi tío? ¿Y se ha producido la consumación?

Si madre se echó a reír ante la pregunta tan directa de Beatriz.

—Querida, ¿no ves la cara de amargura que trae? Sigue siendo doncella.

—Eso no es lo peor —aseguró ella en un murmullo—. Yo creo que debería renunciar al matrimonio; podría anularse, ¿cierto?

—No digas tonterías; eso supondría un escándalo.

—Cierto, y tú lo amas —secundó Beatriz.

—Pero él a mi no. Algún día tendré que aceptar eso, por mucho que me duela.

Su madre alzó una ceja, sabiendo que su hija no había hecho, ni de lejos, nada de lo que le había enseñado, pero lejos de darle una regañía, ideó un plan, y mirando de reojo a Beatriz, la amiga de su hija, le guiñó un ojo.

—Aún no está todo perdido —dijo, levantándose del sofá—. Conozco a una mujer que prepara remedios caseros, dicen que es medio bruja, y muchas veces he escuchado que elabora una pócima especial. La compran las damas de compañía de las casaderas enamoradas de algún caballero que, con toda seguridad, las ignora.

Jane bufó, pensando en lo ridículo que era aquello.

—Madre, no digas tonterías. Esa mujer lo único que hace es casarles el dinero a la gente.

—Jane, no sabes si funciona, y creo que debes agotar todas las vías antes de rendirte, ¿no crees? —apoyó Beatriz, que había cazado al vuelo que algo tenía la madre entre manos—. Esta noche podemos probarla, metiéndosela en el vaso sin que se entere —exclamó, entusiasmada.

—Es una locura.

—Locura o no, es el último recurso del que dispones. Voy a comprarlo antes de que sea tarde; volveré en media hora —dijo su madre, saliendo del salón.

Hilary era una mujer práctica, culta y de ideas fijas. Obviamente no tenía intención de comprar ninguna pócima del amor, solo los necios usaban estas cosas, pero pese a que su hija no lo era, sabía que necesitaba desesperadamente aferrarse a algo, aunque fuese extraordinario, para no perder la esperanza, e iba a mantener tal farsa. Como el ateo que al final de su vida, en su lecho de muerte, se reconcilia con la idea de Dios y de su existencia por miedo a lo desconocido. esperaba que la pócima le diese la

confianza necesaria para, de una vez por todas, lanzarse a los brazos de su marido.

El frío le caló hasta los huesos en cuanto puso un pie fuera de casa, y un escalofrío le recorrió todo el cuerpo, procediendo a atarse con rapidez la chaqueta de lana.

—Hilary.

El frío desapareció al escuchar su nombre con una voz que no esperaba volver a escuchar jamás. Tenía ya ciertos años y experiencia en casi todos los ámbitos, y con los hombres mucha más de lo que nunca reconocería. Conteniendo el aliento, alzó la vista para encontrarse con los ojos más brillantes y serenos que había en el mundo. Paralizada, se sintió de nuevo igual que la chiquilla que era a los 15 años, cuando trabajaba en el burdel de su madre cosiendo los vestidos de las prostitutas y cambiándoles cada mañana el orinal y las sábanas. Fue allí donde vio al hombre de tez oscura por vez primera. Recordó aquella sensación de sorpresa inicial, de curiosidad, pues no era como algunos esclavos que traían de África: su tez era más clara, de un tono bronceado subido, y su cabello era negro como el carbón y brillante, de apariencia de seda.

—Burun —logró pronunciar al fin, recuperándose de la sorpresa inicial.

—Ha pasado mucho tiempo, pero sigues teniendo un aspecto estupendo.

No pudo evitarlo; Hilary se sonrojó, como una debutante cualquiera. Ante la presencia de ese hombre, volvía a tener esos 15 años.

—Estas igual. ¿Qué haces aquí?

No mentía, el envejecimiento no había casi dejado huella en él, ni en sus facciones ni tampoco en su cabello.

—Vivo en Londres ahora.

—¿No trabajabas para un noble español?

Recordaba cada detalle a la perfección, y también esa deuda de sangre de la que le había hablado con el noble.

—Murió, y la condesa de Medina, su hija, se casó con un inglés.

—¿Es su hija? Menuda coincidencia —murmuró Hilary, sorprendida.

—Así es —respondió Burun, que surcaba con la mirada su rostro, aferrándose a él igual que un náufrago a un tablón de madera—. Busqué el burdel, pero ahora es...

—Una casa de moda parisina. Cerró hace tiempo, cuando mi madre falleció —explicó.

—¿Y qué es de tu vida? Parece que te ha ido bien.

—Tuve suerte; me casé con un hombre pobre que luego devino a mejor fortuna. Hace un par de años que también murió.

«Gracias a Dios», pensó, pero se mordió la lengua.

—Me es grato que la vida te sonriera.

El corazón le martilleó el pecho al verlo esbozar una sonrisa. Era su ángel oscuro, su pecado inconfesable y prohibido. Lo deseó mil y una noches después de que se fuese, después de haberle suplicado que la llevase con él.

Pese a la emoción, no perdió la compostura y terminó de abrocharse la chaqueta, respirando profundamente.

—Debo irme, no sé si...

No pudo decir nada más, ya que tropezó con el dobladillo del vestido hacia adelante, pero lejos de caer de bruces contra el suelo, lo hizo en brazos de Burun, que la sujetó con todo su cuerpo.

Su olor la embriagó, esa mezcla de sándalo y de sudor salado que recordaba haber saboreado directamente de su piel. Al notar el aliento de ese hombre en su mejilla, todo su cuerpo se tensó, aflorando en ella sentimientos que creía ya enterrados. Aferró las manos a sus brazos, no queriendo que al contacto terminase.

—Por Shiva, Hilary, no te hagas daño ahora que te he vuelto a encontrar.

A escasos centímetros de su rostro, Hilary se vio tentada a probar de nuevo los labios que la habían besado por primera vez hacía tantos lustros, y que sin duda no había olvidado.

Pero no lo hizo; dio un paso hacia atrás tomando conciencia de que estaban

a plena luz del día, en la entrada de su casa, y aun siendo un barrio residencial, había gente transitando en este. Debía guardar la compostura.

No era una cría. Aunque en su presencia se sentía como tal, ya no lo era, y sobretodo no era ni prudente ni lógico hacer lo que estaba haciendo. Burun no dejaba de ser alguien de aquel pasado que tan costosamente había dejado atrás y, por encima de todo, era alguien que la había abandonado, y eso tampoco nunca lo olvidó.

—Debo marcharme —dijo ella, y esta vez no habría tropiezo que lo impidiese.

—Por supuesto.

Burun la dejó ir, sin dejar de observarla hasta que su silueta se perdió al doblar la esquina. Era la única mujer a la que había amado, la única por la que estuvo dispuesto a arriesgarlo todo y posiblemente la única que lo había amado por encima de toda convención, color de piel o estatus social.

Capítulo 16

EL APRENDIZ

Había cosas que John simplemente no soportaba. La gente enferma era un ejemplo, le daban apuro y siempre temía algún contagio, teniéndole verdadero pánico a las epidemias. Tampoco soportaba el desorden y la suciedad, y tanto el ama de llaves como el mayordomo tenían estrictas órdenes de que, al menos las estancias que solía utilizar más habitualmente se mantuviesen impecables.

No soportaba tampoco la suciedad en su cuerpo, ni el mal olor, y le importaba un rábano que el médico le hubiese dicho que bañarse un día a la semana fuese contraproducente, llevaba haciéndolo toda la vida y nunca había caído enfermo, a diferencia de otros que apenas se aseaban una vez al año, y «porque no hace daño».

También le daba repelús tocar el pelo de los gatos y el sonido de las bisagras de la puerta chirriar.

En ese momento debía añadir algo nuevo a su lista de cosas insoportables, el hecho de que Jane quisiera tener un amante.

Los hermanos Hayes tenían razón: las mujeres sí esperaban cosas en el matrimonio, pero lo que no entendía era por qué Jane no podría aceptarlo a él como amante.

«John, no tienes experiencia alguna en ese campo. Serías un amante nefasto, y lo sabes bien».

Mirando por la ventanilla y deseando llegar a casa cuanto antes, vio cómo Edmund Hayes iba paseando por Oxford Street, supuso que yendo a hacer algunas compras o recados. Hizo que Tristán, el cochero, bajase la velocidad y lo llamó desde el interior del carruaje abriendo la portezuela.

Edmund, al escuchar su nombre, se detuvo girando el cuello y, al verlo, fue a su encuentro. El carruaje se detuvo por completo, y John pudo abrir la puerta.

—Clayton, qué sorpresa verte en Londres —exclamó, y cuando John, le hizo el gesto para que entrase, lo hizo, sentándose frente a él en aquella diminuta estancia.

—Compromisos familiares me han obligado a venir. ¿Tienes tiempo? Me gustaría que me ayudases con cierto dilema matrimonial.

—¿Aún no has resuelto el asunto con tu mujer? Esto es inadmisibile, John, vamos a tener que hacer algo al respecto —imperó, pareciéndole una blasfemia que se hubiese casado y que aún no hubiese consumado después de tantos meses.

—Yo... no sé hacerlo. No sé cómo tratar a las mujeres, Edmund. No se qué decirle cuando estamos a solas, ni siquiera sé cómo mostrar interés —intentó explicarle—. Y Jane quiere un amante.

Toda la vida había sido de esa manera: las personas eran enigmas que nunca lograba resolver y que, con el paso del tiempo, habían dejado de importarle. Sabía cómo debía comportarse en sociedad; su madre le había hecho aprenderse todo lo que debía decir y hacer, pero en este caso, no tenía las pautas a seguir. Estaba perdido en cuando sus ojos cerúleos se posaban sobre los suyos, bloqueado en lo que sentía al verlos.

La sensación de querer decir cuánto la deseaba, pero sin hallar la forma, lo sitiaba y no había forma humana de que nada fluyese de su boca.

—Nadie nace aprendido, John. Saber tratar y enamorar a una mujer es cuestión... de práctica.

Encontró sentido en las palabras de Edmund. Por supuesto, la práctica hace

al maestro. Pero él no tenía, y a estas alturas no sabía qué podía hacer para obtenerla.

—Podrías darme ciertas pautas, frases recurrentes en la conquista o actos que realizar —se le ocurrió.

—Alabar su aspecto es algo que suele tener buenos resultados. Esta noche, hasta las estrellas tienen envidia de vos, o, me robáis el aliento solo con mirarme, son buenos comienzos.

—Las estrellas son materia sin alma ni sentimientos, que vagan por el espacio, Edmund —rechistó él.

—Es una metáfora de su belleza, Clayton, no le busques tres pies al gato. Una vez dicho esto, os acercáis a ella, le decís alguna que otra lisonja más, empezáis a acariciarle los brazos y la miráis a los ojos. Cuando veáis ese brillo subyacente en ellos, la besáis, sabiendo que no os rechazará.

Parecía fácil dicho por Edmund pero, por supuesto, él había hecho esto miles de veces, pues era bien sabida la fama que tenía entre las mujeres. Así que John se dispuso a ser sincero, siendo consciente de que necesitaba toda la ayuda posible.

—¿Y luego?

—Luego la lleváis a la alcoba y la desvirgáis. Sé un poco delicado en este sentido —le aconsejó—. ¿Has desvirgado alguna vez a una mujer?

John lo miró atónito, y negó con la cabeza.

—He leído sobre dicha materia innumerables libros, pero nunca lo he llevado a la práctica.

Edmund Hayes, lo que le faltaba de inteligencia lo compensaba con astucia y una intuición excepcional, así que cuando John Clayton le habló sobre teoría, supo que quizás estaba ante el hombre más especial y casto de toda Inglaterra —incluyendo a muchos hombres de Dios—.

—Válgame Dios, John, ¿nunca has yacido con una mujer?

Impasible y sereno, John respondió con una sílaba.

—No.

En otras circunstancias, Edmund se hubiese reído y habría dicho que era imposible, que no podía creerlo, pero se trataba del conde de mármol, ese amigo de su hermano mayor inaccesible, alejado siempre de las fiestas mundanas de cualquier club de caballeros, que evitaba a su vez las distracciones de la sociedad y que pasaba en el campo mucho más tiempo que el deseado siendo un hombre soltero. Él personalmente creía que en el campo ya tenía distracciones suficientes, alguna campesina que hubiese convertido en su amante, y que por ello no pisaba la ciudad, pero en ese momento veía cuán equivocado estaba.

—Entonces tenemos trabajo que hacer, Clayton.

Enseguida le dio una nueva dirección al cochero, mientras sonreía por la hazaña que iba a realizar. Lejos de pensar que era una ardua tarea, se emocionó pues, por una vez en su vida, iba a usar sus conocimientos para hacer el bien y mostrarle a ese pobre hombre un mundo completamente nuevo.

—¿Qué es ese sitio? Nunca había oído hablar de él —preguntó John, extrañado por el nombre del lugar adónde se dirigían.

—El *Red House* es el mejor establecimiento para iniciarte en el maravilloso mundo de las mujeres, Clayton, y aprenderás de las mejores profesionales que hay en todo Londres.

—Vaya, no sabía que había mujeres que se dedicaban a enseñar el arte de la conquista —se extrañó John.

—Se dedican a la profesión más antigua que hay.

Pero John no supo a qué se refería hasta que se detuvieron delante de aquel edificio cuya entrada estaba decorada, haciendo honor a su nombre, con un farolillo rojo, y entonces John hizo la conexión una vez ya a punto de cruzar sus puertas.

—Hayes, ¿me has traído a un burdel? —interrogó severamente, con las facciones duras.

—No exactamente, es un club social de caballeros. Vamos Clayton, ¿quién

más iba a enseñarte cómo dar placer a una mujer? Ellas son las más indicadas y las que más saben. ¿Quieres o no quieres que Jane se olvide del asunto del amante?

Edmund le había dado dónde más le dolía.

Podía negarse a aquello, pero una parte de él no dejaba de pensar en Jane, en lo que ella deseaba, y por una vez, quería ser ese hombre mundano, normal, para poder satisfacer a su mujer. Así que, con cara de circunstancias, pero manteniendo el temple, siguió a Edmund hasta el interior.

Pese a ser de día, su interior parecía que había una noche permanente debido a la oscuridad del lugar, con las ventanas tapiadas y espesas cortinas de damasco dorado corridas. El lugar, iluminado con candelabros elegantes y lámparas de aceite adheridas a la pared, estaba meticulosamente decorado como si fuese el palacio del mismísimo rey, lujoso y soberbio. Las paredes de terciopelo rojas le daban al lugar un toque lujurioso; las mesas de juego y los sofás era también de madera buena y cara.

No es que el local estuviese a rebosar de gente, pero la había. Solo dos mesas de juego estaban activas, otros hombres estaban en el lugar de ocio mientras conversaban y bebían animadamente mientras que otros eran entretenidos por un par de mujeres que coqueteaban con ellos.

—¿Estás seguro de que aquí encontraremos a tales señoritas?

—Clayton, todas las señoritas que hay aquí, lo son. Estamos en el mejor establecimiento de la ciudad, no pretenderás que vistan igual que las prostitutas de muelle.

Lo cierto era que John no lo sabía, pero no dijo nada y dejó que Edmund fuese quien llevase la voz cantante en este asunto. Habló con una de las señoritas, a la que John observó reconociendo que, si la hubiera visto por la calle, nunca hubiese dicho que trabajase en un lupanar. Pasados unos minutos, Edmund se dirigió a él.

—Ya podemos subir, las señoritas nos están esperando.

John lo siguió hasta llegar a un tramo de escaleras que subían hasta una

planta superior y allí caminaron por un largo pasillo hasta detenerse delante de la puerta cuyo número metálico colgado indicaba el 5. Edmund llamó a la puerta, que enseguida se abrió.

Una mujer de alta estatura, cabellos rojizos y piel pecosa los recibió con una sonrisa lasciva, los ojos verdes esmeralda algo entelados y un sonrojo que a John le pareció algo artificial.

—Adelante, caballeros.

No se hicieron rogar y entraron en un cuarto cuya elegancia también sorprendió a John. La cama con dosel la presidía, junto con un cambiador a la derecha, y a la izquierda dos sillones con una cómoda.

Allí, sentado en uno de ellos había otra señorita, de tez algo oscura, cabellos negros y lisos, y ojos color caramelo. John dedujo que procedería de las américas, aunque no supo acertar de qué zona.

—Bienvenidos, caballeros. ¿Puedo ofrecerles algo para beber? —dijo la segunda mujer, levantándose del sillón.

—No, gracias —respondió John, impaciente por comenzar.

No estaba seguro de qué iba a tratarse todo aquello, y por ende se sentía algo intimidado y nervioso.

—Señoritas, creo que antes de comenzar, debo advertiros de que esto se trata de algo con fines ilustrativos, y por ende, deberemos ser pacientes y enseñar a mi amigo —empezó a advertirles Edmund.

—¿Enseñar? Oh, entiendo caballero —confirmó la pelirroja, disimulando una sonrisilla—. Entonces, ¿qué queréis saber exactamente?

Era a John a quien preguntaba, sin ninguna duda.

—Todo.

Edmund entonces se dio cuenta que el desconocimiento era extenso, así que se ufanó a empezar.

—Para empezar, hay que desnudar a una mujer. Señoritas, ¿os importa?

—En absoluto —dijo la morena, acercándose a Edmund, autorizándolo a ello.

—¿Cuál es vuestro nombre? —les preguntó mientras desataba las cintas del vestido azulado con destreza.

—Artemisa —respondió la pelirroja.

—Lía —dijo la otra.

—Artemisa era la diosa de la caza y de los animales, en la mitología griega —mencionó John, que prefirió no decir que también era la diosa de la virginidad, pues no le pareció decir aquello a tales mujeres.

Artemisa le sonrió y, quedándose delante suyo, le pidió que le desatase el vestido. John buscó el nudo del lazo y lo deshizo, procurando hacerlo bien. Entonces la mujer lo dejó caer al suelo, quedándose con las piernas desnudas y cubierta solo con un corsé y los calzones.

Su piel nívea encharcada de pecas le produjo cierta turbación a John, y es que era la primera vez que veía a una mujer tan desnuda.

Lía hizo lo propio, pero Edmund no se detuvo allí, sino que siguió quitándole prendas, esta vez empezando por el corsé.

—Vamos, querido —lo animó Artemisa, dándole la espalda para que hiciese lo propio con el suyo.

John empezó aquella hazaña, quitando las corchetas de la prenda una a una mientras las manos le temblaban. Entonces las dos mujeres se quedaron enteramente desnudas de cintura para arriba, y John se quedó sin aliento. Artemisa mostraba unos pechos redondos del tamaño de su mano, con un pequeño pezón rosado, mientras que los de Lía eran mucho más abundantes, de aureola más oscura.

No pudo evitarlo; John sintió una punzada de excitación en su estómago, pese a no quererlo.

—¿No tendréis frío? —mencionó con voz débil, queriendo apartar la vista de sus encantos, pero sin poder hacerlo.

—No te preocupes por eso, encanto —murmuró Artemisa, que se acercó a John y le acarició el rostro con el pulgar—. Eres tan atractivo... no entiendo cómo las mujeres no se te lanzan encima —preguntó en voz alta.

—Oh, solían hacerlo. Excepto la que quiero que lo haga, irónico, ¿verdad?

—Mucho. Qué mujer más afortunada —murmuró ella, mordiéndose el labio.

Sin duda, de los hombres de mejor clase y posición social, John Clayton se llevaba el trofeo al más atractivo. Robusto y de espaldas anchas, pero no musculadas, de estatura alta pero no exageradamente, su rostro parecía haber sido esculpido en piedra de lo perfecto que era, con facciones dignas de la mejor escultura de Miguel Ángel. Su cabello rubio, casi siempre más largo de lo que se esperaba para un noble, era de aspecto sedoso y liso, y sus ojos azul celeste eran franqueados por unas perfectísimas cejas que los enmarcaban, manteniendo un semblante relajado pero serio.

—John, los pechos de la mujer son una zona clave para darles placer, al igual que el cuello y el monte de venus, que mostrarán más adelante. Debes empezar estimulando esta zona, bajo la oreja, con suavidad y delicadeza.

John observó cómo Edmund hacía lo que decía en el cuello de la atractiva morena, que, por su sonrisa, pareció gustarle.

—No te cortes, encanto —murmuró Artemisa, poniendo una de sus manos sobre sus hombros, deslizándola por todo su brazo.

—No me gustaría importunarla —respondió John, sin moverse.

Aquello pareció hacerle mucha gracia a la mujer, que se rio con agrado, murmurando que era un verdadero encanto.

—John, si no lo haces, no sabrás como hacerlo. Es tu oportunidad para aprender, a las señoritas no les molesta, al contrario, y ellas te indicarán como hacerlo —lo indujo Edmund.

«Es solo una caricia, John; imagina que en vez de una mujer es un caballo».

Él alzó el brazo, llevando la mano hasta el cuello de la mujer pelirroja, y lo tocó, al principio con timidez, hasta vio que era suave y de tacto aterciopelado. Empezó con el dedo índice a subir y a bajar, notando entonces cómo el vello de los brazos se le erizaba.

—Señorita, ¿se encuentra bien?

—Perfectamente, puedes llamarme Artemisa encanto —jadeó ella—. Continúa más abajo.

Así lo hizo, llevando la mano hasta la clavícula, imitando lo que Edmund hacía con la otra mujer.

—Ahora procederemos a estimularles los pechos. Recuerda, John, son extremadamente sensibles, lo que más, el pezón, así que empieza a moldearlos con la mano.

—¿El pecho? Creo que esto sería abusar —musitó él, pero no tuvo tiempo de replicar más, ya que la propia mujer hizo que pusiese ambas manos sobre sus pechos, incitándolo a que los toquetease.

—No te detengas, encanto —dijo ella, pues aquel hombre hecho de sueños la estaba llevando a excitarse en demasía, y sus modales la enternecían.

Observó como Edmund amasaba las mamas oscuras y, en un momento dado, frotaba con las palmas de las manos, los pezones, viendo cómo ella gemía de placer. Luego, con asombro, vio que Edmund cogía uno de los pechos y se lo llevaba a la boca, lamiéndolo y chupándolo ansiosamente. Dios, esto era una tarea por la que no se había preparado, pero si era lo que a Jane le gustaba, tendría que aprender.

E hizo lo propio, rozando los pezones con las palmas, percibiendo cómo estos se engrandecían. Tragó saliva, dispuesto a abrir la boca, pero antes de hacerlo se detuvo, incapaz de lamerla sin antes saberlo.

—Disculpe que le haga esta pregunta, pero... ¿hace cuándo que tomó un baño?

Artemisa abrió la boca para responderle.

—Esta misma mañana, nos obligan a bañarnos y perfumarnos cada día, dicen que es del agrado de los clientes.

—Perfecto —suspiró John, que procedió a realizar aquella acción de lo más variopinta.

Lamer un pecho no era, ni mucho menos, algo que hubiese deseado hacer, pero curiosamente, al hacerlo su propio miembro saltó del pantalón. Y

parecía que Artemisa disfrutaba, pues jadeaba de placer a cada lametón.

—Ahora el otro —le ordenó, y él obedeció, apuntando mentalmente cada paso que daba.

«Es con fines de estudio y aprendizaje, que no se te olvide», se decía a sí mismo.

Pronto la estancia se vio llena de los gemidos de ambas mujeres, hasta que Edmund decidió que debían dar el siguiente paso. Separándose de la mujer, cuando vio que John hacía lo propio, las hizo sentarse a ambas en los sillones, pero no sin antes dejar que se quitasen la última prenda que les quedaba: los calzones.

John observó aquellos rizos que surcaban la parte inferior femenina con curiosidad. La había visto en dibujos, pero nunca en vivo y en directo. Ambas, al sentarse, se abrieron de piernas dejando ver lo que se decía comúnmente como la vagina. Eran pliegues de carne trémula, una más rosada y la otra más oscura.

—Y aquí tenemos a la joya de la corona —empezó a ilustrarle Edmund—. Esos pliegues se denominan clítoris, y son muy sensibles al tacto. Cuanto más húmedos estén, mucho mejor. De hecho, hay que conseguir que se humecte lo suficiente como para poder introducir el pene con facilidad dentro de estos. Cuando más lubricada, menos dolor, ¿entiendes?

John asintió, pensando en que por qué demonios no les arrojaba un cubo de agua y listo, pero cuando Edmund deslizó el dedo por los pliegues de Lía, una y otra vez, de arriba a bajo, estimulándola, vio a qué tipo de humedad se refería, y es la que el propio cuerpo producía.

—Fascinante —musitó al verlo, como también la cara de placer que la muchacha tenía, y el gusto que parecía sentir.

—Vamos, encanto, sin miedo —lo aventó Artemisa, y con el dedo índice le indicó que se acercara.

John se arrodilló ante ella y tocó esa parte de su anatomía, pudiendo sentir la humedad y lo caliente que estaba. Rozó los pliegues imitando a Edmund,

atento a las sensaciones que producía sobre su cuerpo y, al ver que gemía, se animó a continuar.

—Ahora introduce un dedo en su interior, lo más adentro posible.

John lo hizo, percibiendo un calor superior y una extraña viscosidad. Sabía que era por aquí por donde luego nacían los bebés y le pareció fascinante la naturaleza humana, pues lo estrecho que sentía en ese momento este conducto y lo que se llegaba a ensanchar para que algo del tamaño de un bebé pudiese bajar por él.

—Ahora introduce otro —ordenó Edmund.

Quedó fascinado ante la reacción de la mujer morena, que empezó a retorcerse de placer, a tocarse ella misma los pechos mientras Edmund no dejaba de introducirle ambos dedos y con la otra mano, le friccionaba el clítoris con aspavientos secos y rápidos.

Intentó hacer lo mismo, con más torpeza, hasta que, sin querer, le rozó uno de los pliegues con la uña.

—¡Válgame Dios! ¿Le he hecho daño? —preguntó preocupado, pero se relajó al ver el semblante absorto y los ojos entrecerrados de la muchacha.

—Claro que no, continúa encanto.

Así lo hizo, hasta que logró la hazaña, y se tomó todo un triunfo verla gemir, extasiada de placer. Una vez pasado el efecto, se inclinó hacia él y le plantó un beso en los labios, sonriendo.

—Qué maravilla.

Ambas chicas buscaron entonces dos batas de dentro de uno de los cajones, adecentándose sin parar de reír.

—¿Y eso es lo que les gusta a las damas? —preguntó John confidencialmente.

—Así es.

—¿Y ellas hacen algo?

—Las prostitutas suelen jugar con el miembro, entre otras cosas a tu elección, pero con las damas ya es otra historia. Límitate a entrar en el

agujero y listos.

John asintió, pensando que, si la cabeza de un bebé salía por aquel edificio, su pene debería caber en él.

—Encanto, si lo de tu mujercita no sale bien, me tienes aquí para lo que quieras —susurró Artemisa en su oído—. Hasta puede que te dé un par de clases gratuitas.

Después de guiñarle un ojo y darle un apretón en el trasero, lo dejó salir de la habitación.

—Edmund, muchas gracias por esta clase, nunca creí poder aprender tanto en un lugar como ese —dijo John al salir por la puerta del *Red House*.

Edmund sonrió, sintiendo que había hecho una buena obra para variar, y de paso, disfrutado. Ya era hora de hacerle una visita a lady Golightly, su amante viuda de turno.

—De nada, Clayton. Y recuerda, esta noche es la noche.
¿Cómo iba a olvidarlo?

Capítulo 17

ATÍPICO

Visitar a su hermano era algo que tenía pendiente Jane, así que en cuanto Beatriz se fue de su casa después de haberle explicado todo lo que hubo pasado entre ella y John, y que en ese momento él creía que estaba buscando a un amante, alquiló un coche de caballos y se dirigió hasta el *Red House*.

No era un sitio al que le agradase ir, básicamente no era un lugar para las damas y su entrada estaba prohibida, pero ella como la hermana del dueño sabía cómo entrar por la puerta trasera y sin ser vista. Sin embargo, cuando el cochero se detuvo, y ella abrió la portezuela, vio algo que no esperaba encontrar.

Allí, en esa misma calle, a unos metros de la entrada y junto con otros carruajes, estaba el suyo, y delante de él el cochero, Tristán. No había dudas, ese era su carruaje, y eso significaba que John... ¡había acudido al *Red House* nada más dejarla a ella en casa de su madre!

John ignoraba que su hermano fuese el dueño, por supuesto, pues si no, no creía que hubiese acudido a ese club. ¿Por qué habría acudido? Quizás había quedado con alguno de sus amigos, no era raro que los hombres quedasen en un club social para jugar a las cartas, beber o charlar. Pero William Hayes quedaba descartado, pues su mujer le tenía prohibido tajantemente aparecer por allí, al menos hasta que ella pudiese también disfrutar de las ventajas de salir de su casa, es decir, hasta después del embarazo, y no porque temiese

que William le fuese infiel, sino por el mero hecho de que le parecía completamente injusto que la mujer fuese la que tuviese que estar incómoda durante nueve meses y encima, parir, así que William acató tales órdenes por solidaridad, aunque solo jugase a las cartas muy de vez en cuando.

De todas formas, Beatriz ya se había asegurado, pues era una de las cláusulas de información que establecía el contrato con Christian a la hora de vendérselo.

John Clayton no tenía muchos más amigos, y dudaba mucho que, a esa hora, precisamente hubiesen acudido, siendo mucho más habituales las veladas nocturnas. ¿Sería posible que hubiese acudido para otra actividad?

«Claro que sí, Jane, no seas ingenua. ¿Acaso pensabas que durante todo este tiempo John no ha estado con otras mujeres?».

Lo cierto era que no solía ausentarse nunca, y estaba bastante convencida de que no, pero visto aquello, estaba completamente equivocada. Por esa misma razón no había puesto el grito en el cielo al decirle lo de la amante, si él mismo fornicaba con prostitutas en cuanto podía hacerlo. Cuanto más lo pensaba, se convencía más de esa idea, y una sensación de calor y enfado empezó a subirle por el estómago.

Pero ¿qué podía esperar? Sino era una belleza como Rose, ni tampoco era exótica como Beatriz, sino del montón, anodina, sin gracia alguna, demasiado baja y de caderas anchas. Y John Clayton era un Dios hecho hombre. Ya se lo imaginaba, rodeado de mujeres igual que si fuese un maharajá con su harén.

Ordenó al cochero volver al mismo sitio de dónde habían salido, sin humor para visitar a su hermano, convencida de que, al volver a Wilsborough, terminaría con aquella farsa de una vez por todas y para siempre. Le daba igual el escándalo. No estaba hecha para sufrir las infidelidades de su marido ni el azote de su indiferencia, ella, que tan enamorada estaba de él.

Aquella noche, en la residencia de Londres de los Clayton, la cena transcurría

sin incidente alguno, congregados en la mesa, presidiéndola lady Rowina. También estaban William Hayes, duque de Rutland y su mujer, Beatriz, la sobrina de John, su aún marido y ella misma, Jane, que no paraba de darle vueltas a lo presenciado aquella misma mañana.

John y William discutían sobre política mientras que Rowina recordaba que hacía menos de un año que Beatriz había llegado de Madrid tras la muerte de su padre, el conde español, y se había quedado bajo la tutela de John, y cuánto había llovido desde entonces.

—¿Y el niño cuándo nacerá? —preguntó Jane, sintiéndose algo culpable, pues con todos los problemas que había tenido, se había olvidado por completo de preocuparse por su amiga Beatriz.

—El médico dijo que en enero, pero no creo que aguante hasta entonces —confesó.

—¿Y eso?

—Apenas puedo moverme, la espalda me duele mucho y el bebé se mueve demasiado. De hecho, yo creo que van a ser dos.

—¿Dos? —exclamó Jane, sorprendida.

—¡Shh! Baja la voz, no quiero alarmar a Will —rechistó Beatriz.

—Quizás deberíamos llamar al médico para que lo confirme. Los partos dobles suelen adelantarse —admitió Rowina, preocupada por su nieta—. ¿Y tú, Jane? Espero que todo sea de tu agrado en el campo.

—Es muy acogedor —mintió Jane, pues no sería de buena educación indicar lo contrario.

Rowina fue prudente y no le preguntó nada más, pese a que era patente que se moría de ganas por saber cómo le iba a su hijo en el aspecto marital.

Una vez terminada la cena, pasaron al salón, donde Rowina animó a todos con algunas canciones navideñas. Tras terminar, los hombres se sirvieron un par de copas, a lo que Beatriz se le ocurrió que aquel era el momento perfecto para meter el contenido de la pócima que la madre de Jane les había dado en el vaso, y así se lo hizo saber a ella.

—Prefiero que no, Beatriz. Creo que ya va siendo hora de aceptar que esto no va a funcionar —confesó Jane, derrotada.

Beatriz puso los ojos en blanco y negó con la cabeza tal afirmación.

—Pamplinas. Ya verás como esta vez hacéis mucho más que dormir.

—No, Beatriz, John creo que...

No le dio tiempo a decirle que ya tenía diversión en otra parte porque Beatriz se alejó de ella sacando un pequeño frasco de cristal del bolsillo y escondiéndolo detrás de su espalda, encaminándose hasta dónde William y John se hallaban hablando.

—Querida, ¿no deberías estar sentada? Recuerda lo que dijo el médico —la regañó Will.

—Ya lo sé. Ahora iba a sentarme. Por cierto, tío John, ¿de dónde has sacado aquel cuadro? —preguntó, señalando un bodegón de delante suyo, que colgaba de la pared.

Ambos tuvieron que darse la vuelta, cosa que aprovechó Beatriz para verter íntegramente el contenido del frasco en el vaso de su tío.

Jane, que lo estaba observando sentada desde el sofá, entró en pánico. ¿Qué demonios hacía? ¡Su madre les había dicho dos gotitas! Y, por supuesto, no se fiaba de lo que el frasco contenía verdaderamente, pues no se creía que aquello fuese una verdadera pócima de amor.

Buscó cualquier excusa para levantarse y darle un manotazo a la copa de John, pero al ver como este se lo llevaba a la boca y tragaba el contenido, desistió, ya que era demasiado tarde.

—Lo cierto es que no lo recuerdo —dijo John, extrañado por la pregunta.

—No importa, iré a sentarme —respondió Beatriz, satisfecha por haber logrado su cometido.

En cuanto se sentó al lado de Jane, ella la fulminó con la mirada.

—Beatriz, eran dos gotas, no el frasco entero. ¡Dos gotas! No quiero quedarme viuda, aunque hacerlo sufrir un poco no me importaría —reflexionó en voz alta.

—Oh, cielos. ¿Dos gotas? —murmuró ella, sabiendo que no era bueno, nada bueno.

—Beatriz, ¿qué había en el frasco? Y no me digas que una poción de amor, porque no hay quién se lo crea.

—Tu madre dijo que era algo... ¿que lo excitaría? Ah, y le soltaría la lengua.

«Dios bendito, ¡acabo de drogar a John!», pensó Jane.

—Si con dos gotas bastaban, no quiero pensar que pasará con el pote entero.

Ambas pusieron la mirada en John, en quién la poción alucinógena le empezaba a hacer efecto, pues abría y cerraba los ojos con asiduidad y sudaba a mares. Luego pareció fascinado con los botones de la chaqueta de William, y en un momento los tocó, cosa que hizo que William lo observase con cierta desconfianza.

—¿John? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Tus botones... parecen pequeñas estrellas del firmamento, vistas desde la tierra. ¿Sabes que el sol también es una estrella?

—La astrología no me entusiasma. ¿Te encuentras bien? Estás sudando, y precisamente calor, no hace.

—No, yo... no me encuentro bien.

Pronto se excusó con todos, y se retiró a sus aposentos alegando que algo le había sentado mal.

—Debería subir a vigilarlo —murmuró Jane, quién también se retiró pronto, yendo detrás de John.

Ni siquiera llamó a la puerta de su alcoba, sino que la abrió, encontrándose a John subido a la cama, aún vestido, saltando sobre ella. Parecía ido, completamente embobado con todo a su alrededor.

—¡Jane! Mira cómo vuelo —exclamó él al verla aparecer.

Tenía las pupilas dilatadas y el rostro sudoroso.

—Baja de la cama, John —susurró ella, en parte enfadada y en parte

asustada.

Se sentía un poco culpable, pero a la vez pensaba que se lo tenía merecido por el sufrimiento que le causaba, pese a que él no fuese consciente.

—De acuerdo —respondió él, saltando sobre el suelo, y yendo hacia ella—. ¿Qué deseas, Jane? Voy a hacer todos tus sueños realidad.

Fue entonces cuando, inesperadamente, la cogió por la cintura y la llevó hasta la cama, depositándola allí encima.

—¡John! —exclamó ella, sin saber qué hacer ante tal locura, provocada por su insensatez.

—Dime, ángel mío. ¿Vienes del cielo? Si los ángeles tuviesen sexo, tendrían vagina, como tú —musitó, dejando ir una endeble risilla—. ¿Puedo verla?

Al escuchar aquello, Jane enrojeció por completo. Sin duda, la pócima de su madre era desinhibidora y más sexual que amorosa.

—No es el momento, John —respondió.

—¿Por qué no? ¿No querías un amante? Ya lo tienes.

Sonrió pícaramente mientras colaba las manos por debajo de la falda de su vestido, llegando a tocar el monte de venus por encima de los calzones.

—No hagas eso, John —musitó Jane, con un hilo de voz, perdiendo los pocos papeles que podía tener ante él.

—Quiero hacerlo, Jane. Quiero darte placer, que llegues al éxtasis, o al clímax como lo denominaban los griegos, que significa escalera.

Jane no se lo creía; hacía tanto tiempo que quería escuchar aquellas palabras que en ese momento que las oía no se las creía. John quería tocarla, y parecía ir en serio. Lo pensó durante un segundo; era eso lo que deseaba, ser amada y adorada por John, aunque fuese una sola vez, ¿no? Jesús, no podía aguantar esas ganas de desnudarlo, de tocar la piel tersa, los músculos bajo la camisa, ese cabello de aspecto divino.

Tragó saliva, y asintió, pensando que esperaba que valiese la pena. Si no podía enamorarle, podía seducirlo, y esa era su oportunidad.

—Tendrás que desnudarme entonces —se el escapó, siendo mayores las ganas de entregarse a él que de alejarse.

—Será un placer, ángel mío —susurró John cerca de su oído.

Tras decir aquello, no perdió el tiempo y prácticamente le arrancó el vestido, desatando con dificultad las tiras del vestido, sin cuidado alguno ni pudor. Estaba desatado, casi no lo reconocía, y mucho menos cuando sacó del cajón de la mesilla de noche una pequeña navaja y le cortó las tiras del corsé, quedándose con la camisola.

Dio gracias a que la iluminación de la estancia no era muy buena, que un par de velas y la chimenea dejaba su figura en sombras, pero a John no parecía importarle nada, salvo que se quedase sin ropa.

—Demasiada ropa —dijo él, quitándole la camisola por encima de la cabeza, y dejándola al fin, como Dios la había traído al mundo.

Embelesado —eso estaba John al verla desnuda— al observar por fin esa piel de alabastro que se había imaginado cubriéndola, con los pechos abundantes que solo había intuido en algunos escotes.

Con delicadeza, le quitó también las horquillas del cuero cabelludo, deshaciendo el moño, dejando caer los rizados y dorados cabellos, que caían en cascada sobre su cuerpo, largos hasta la cintura. Los tocó, admirando su suavidad.

—Jane, eres la Venus de Milo, nacida de una concha en las profundidades marítimas. Voy a robarte el primer aliento de vida, voy a besarte como Romeo a Julieta.

No se demoró en hacerlo, sujetó su nuca y acercó la boca a la suya, saboreando primero el aliento abrasador que salía de esa embocadura, hasta que rozó sus labios.

Jane tembló ante ese contacto, de la emoción de tenerlo allí, a su merced. De que estuviese a punto de besarla, como tantas veces había imaginado. Cerró los ojos, sintiendo por fin cómo John tomaba posesión de su boca. Un alivio recorrió todo su cuerpo, y fue tan brutal que no pudo evitar jadear.

Sentía las caricias que los labios de ese hombre tocado por los Dioses le hacían en los suyos, rozó su lengua y sintió un ligero mareo.

Era tan dulce, pero a la vez ardiente, porque iba profundizando en ese beso, cada vez más ansiado, más sentido. Los labios pronto no fueron suficientes, pues Jane sentía que flotaba, que estaba volando, como había dicho antes él al saltar encima de la cama. Le devolvía las caricias con la misma intensidad mientras que sus manos se habían quedado encima de su pecho, sin saber muy bien qué hacer con ellas.

Al morder su labio inferior, Jane percibió una ligera explosión en su estómago, y algo que le subía y le bajaba por todo el pecho. Era pura excitación; lo sabía porque su madre se lo había contado. Intentó recordar las lecciones del beso, los movimientos circulares que debía dar con la lengua, y en un momento dado, al coger aire, aprovechó para colarla en su boca.

John respondió rozando con la suya propia, escudriñándola en su propia boca, saboreando su saliva y, alzando la mano izquierda, la deslizó por su cintura desnuda. Estaba perdiendo el sentido de la realidad; sentía esa necesidad galopante de aferrarse a su cuerpo, de sentir su calor corporal junto al suyo.

—Quítate eso —musitó ella, tirando de su propia camisa.

John no lo dudó; empezó a desnudarse hasta que su torso desnudo, con algo de vello rubio apareció delante de ella. Con timidez, le acarició la piel tersa y pulida de su pecho con las yemas de los dedos, sintiendo su nerviosa respiración sobre él. Poco a poco, sus manos cogieron confianza, explorando su abdomen, dejando caricias en la piel y recorriendo también el vello que empezaba a erizarsele.

—Déjame degustarte, Jane —susurró él, haciendo que se tumbase en la cama por completo, colocándose encima suyo, pero sin llegar a aplastarla.

Por un segundo, cuando él se inclinó para volver a tomar posesión de su boca, pudo sentir sus endurecidos pezones rozando el pecho masculino, haciéndola retorcerse del gusto. Le gustaba tenerlo encima.

John empezó a deslizar los labios por su mentón, dejando un riego de saliva hasta el cuello, y allí, entre caricias y mordiscos, sintió que su piel se estremecía y ese endiablado calor la buscó de nuevo, encontrándola. La boca descendió hasta el escote, hasta uno de sus pechos.

—Eres la perfección hecha carne, ángel de alabastro —dijo, observando sus pechos.

La lujuria había invadido su mirada, y ver en ellos tanta pasión hizo que se retorciese de gozo, al saber que ella le producía todo aquello. Era la primera vez que se sentía hermosa y deseada, la primera vez que hacía acopio de todo lo que su madre le había enseñado, y estaba dispuesta a llegar hasta el final.

Capítulo 18

PASIONES DESATADAS

En cuanto John besó aquel botón rosado y endurecido, Jane gimió, se arqueó, experimentando un ensordecedor y ardiente calor que la consumía por dentro. Él continuó lamiendo el seno en su boca, acariciándolo y chupándolo igual que si fuese un manjar exquisito. Ella gemía descontroladamente mientras no le daba tregua hasta que lo mordisqueó, experimentando una contracción en su vagina por primera vez.

Hizo lo mismo con el otro pecho, y a Jane le pareció que estaba en el mismo cielo. Sin embargo, tenía dentro suyo un ansia que la hacía desear más, acercarse más, querer más de él. Quería sentir algo allí abajo, en su cueva secreta, y como si él le hubiese leído el pensamiento, sin dejar de chuparle el pezón, empezó a acariciar la parte interior de sus muslos, hasta rozar los rizos algo más oscuros que su cabello.

Cuando sus dedos tocaron su cavidad, dio un respingo, pese a que aquel contacto fuese anhelado, pues no dejaba de ser una intrusión desconocida.

—Vas a sentir el mayor de los placeres, Jane, te lo prometo —murmuró él, empezando a acariciar con mucha ternura y mucha paciencia cada pliegue de su clítoris, haciendo que aquella parte de su cuerpo se humedeciese.

Introdujo un dedo y ella ahogó un grito, inclinando su cabeza momentáneamente y volviendo a apoyarla en el colchón. Sí, eso era justo lo que necesitaba, y rogó en silencio para que no se detuviese. Y no lo hizo,

pues continuó realizando un vaivén en su interior mientras que, con la otra mano, no dejaba a la vez, de estimular la parte externa de su cavidad.

—Dios mío... —murmuró ella, mordiéndose el labio, experimentando sensaciones que no creía sentir jamás.

Un segundo dedo se añadió el primero, ahondándose más, y junto al placer vino un minúsculo sentimiento de incomodidad, pero no hizo que Jane quisiera rechazarlo, no podía pues anhelaba algo que no podía ni siquiera explicar.

De pronto, John abandonó el interior de su cuerpo, sintiéndose huérfana, y vio cómo se bajaba de la cama, terminándose de desnudar. Las pupilas se le dilataron al verlo completamente desnudo, y un nudo en la garganta se implantó en ella; era sublime, lo más hermoso e intimidante que había visto. Recordó las palabras de su madre, que su cuerpo se adaptaría, que entraría sí o sí, pero no sabía cómo aquella cabeza morada y venosa, gruesa como dos de sus puños, podría caber en su diminuta entrada.

John volvió a su boca, la besaba con anhelo, y le susurraba lo hermosa que era, le dejaba caricias en la espalda, en el cuello y en la cintura, y en sus muslos. Ella esperaba expectante, ansiosa porque empezase, pero él parecía no tener prisa. Estaba ardiendo, incluso podía percibir algunas gotas de sudor en la nuca, nunca había experimentado esa sensación de calor en pleno mes de diciembre. Su boca bajó de nuevo a sus pechos recorriendo la aureola, lamiéndole el pezón y sus manos volvieron de nuevo a su botón inferior, llevándola al delirio.

—John, por favor, necesito algo... —jadeó ella, casi sollozando.

Era sencillamente insoportable, hasta le apretó la espalda con sus manos, aferrándose a él para sentirlo cerca de ella, porque ya no sabía cómo aliviar ese dolor placentero que se había incrustado en su bajo vientre y parecía no desaparecer.

—Quiero hacerlo bien, Jane —dijo él, llevando su miembro en su entrada—. Dime qué debo hacer —murmuró.

Ella percibió la cabeza de su erección en su húmeda cavidad, e hizo el ademán, arqueando la espalda, para que se introdujese. Él, viendo la intención, apoyó los codos en el colchón, y sin dejar de mirarla a los ojos, se introdujo unos centímetros con facilidad.

—Oh, sí —murmuró ella, pudiendo notar cierto alivio, pero dejó de gemir de placer a cada milímetro que entraba más, mezclándose el placer con el dolor.

Aun así, fue lo más erótico que pudo sentir, al ver esos ojos oscurecidos y azulados mirarla con preocupación, brillando con ese punto lujurioso que hasta sentía arder las mejillas y hacer que su corazón latiese el doble de rápido de lo que ya lo hacía. Quería sentirlo más adentro, más profundo, quería se ambos se fundiesen en uno mismo y que su olor permaneciese en ella para siempre.

John frunció el ceño y le acarició la mejilla, depositando un suave beso en los labios, prudentemente y sin prisas, careciendo de esa pasión irrefrenable del principio. Luego, empujó fuerte en su interior rompiendo esa membrana y dejando de ser virgen.

—¡Ahhh! —se lamentó, percibiendo un dolor agudo y desgarrador.

Pero él la silenció con un beso igual de dulce, y meciendo el rostro con sus manos.

—Lo siento, lo siento tanto... —se disculpó—. Jane, siento que si me nuevo voy a explotar.

Un par de lágrimas se deslizaron en su rostro, mientras que él las lamía, dejándole besos y caricias por todo su cuerpo, intentando apaciguar ese dolor, y ciertamente empezó a remitir, volviendo a sentirse de nuevo excitada.

—John, muévete por favor... —suplicó ella.

Él reculó, sacando algo de su miembro y volviéndose a introducir, cerrando los ojos, como si estuviese concentrado en algo. Jane llegó a su boca y lo besó, volviendo a sentir su poderoso instrumento dentro de ella, envolviéndolo. Meció su cadera llevando las manos a su espalda y

acariciando cada uno de sus músculos, hasta llegar a su trasero, y con los dedos lo acarició, sorprendiéndose por su suavidad.

Cada vez que John golpeaba la pelvis con la suya, con cada roce de su miembro, sentía cada vez mayor una sensación de plenitud que empezaba a crecer, a invadir su bajo vientre. Y cuando notó uno de los dedos de John acariciar ese punto tan sensible de su clítoris, enloqueció. Su boca profirió un jadeo ensordecedor, y lo besó como si le fuese la vida en ello. Se estaba quemando viva, no podía soportarlo más, y entonces explotó. El vaivén fue insuficiente y se aferró a su espalda, buscando un movimiento más duro y preciso, y lo encontró cuando él empezó a proferirle estacadas a destajo, desintegrándola hasta que algo en ella serpenteaba por todo su cuerpo, dándole el mayor de los placeres, sublime y extraordinario, tanto que hasta le costaba respirar.

—Así es el cielo —gimió él, explotando dentro de ella.

Se dejó caer, extasiado, sobre su cuerpo, aún con su miembro latiendo en sus entrañas. Ella no se quejó, le gustaba sentirlo así, al menos durante unos instantes, hasta que se hizo a un lado, buscando su cuerpo para abrazarla, cerrando los ojos y quedándose dormido.

Jane no quería dormir, estaba demasiado nerviosa y excitada para ello; quería disfrutar de la sensación de estar desnuda y haber hecho el amor con John, con el hombre al que amaba. Pero pronto el cansancio la venció, cerrando los ojos y queriendo que su olor a almidón y a jabón no la abandonasen nunca.

John se despertó, sin abrir los ojos. Notaba el cuerpo entumecido y tenía sujeta una especie de almohada entre sus brazos, una almohada que parecía emitir calor y era suave, y olía a Jane.

Abrió los ojos, dándose cuenta de que no era una almohada, sino la misma Jane. Y no solo eso, sino que... ¡estaba desnuda! Y, por si fuera poco, ¡él

también lo estaba!

Entró en pánico interiormente, sin saber qué hacer ni qué decir, ni siquiera sabía si moverse y huir de allí o no hacerlo. Pronto las imágenes de la noche anterior se aglutinaron en su cabeza, recordando cada beso, cada caricia y cada sensación.

«Dios mío, John, acabas de fornicar con Jane por primera vez en tu vida, ¡le has quitado la virginidad!».

Tras el pánico inicial, se calmó, pues eso era exactamente lo que se proponía: conquistar a su mujer, y lo había conseguido. Sin embargo, no entendía cómo había adquirido el valor para hacerlo, de hecho, aquella noche solo se proponía besarla y mostrarle sus habilidades adquiridas recientemente, él mismo no estaba preparado mentalmente para yacer con ella.

Pero lo había hecho, y había sido glorioso, mejor que cuando Julio César le hizo el amor por primera vez a Cleopatra, o cuando Enrique VIII yació con Ana Bolena, estaba convencido. Jane era todo lo que podía haber deseado, todo y más. Apasionada y ardiente, paciente y entregada, y culta como ninguna.

En ese momento, que la tenía, no pensaba dejar que cualquier otro ocupase el lugar de su amante, ¡no lo permitiría! Solo de pensarlo un sudor frío le empañaba la frente y un enfado turbador lo invadía. Podían irse todos al cuerno, empezando por Grisham y terminando por cualquier otro que la pretendiese.

Tampoco quería moverse de allí; la calidez y el gusto en su tacto se le antojaban demasiado agradables, deseaba pasarse allí en sus brazos el resto de la mañana.

Pero sus deseos se truncaron cuando notó que Jane se movía, desperezándose poco a poco, y se despertaba. Escuchó un leve suspiro, y decidió que no podía escudarse bajo un falso sueño, tenía que dar la cara después de lo que había hecho.

—¿Estás despierta? —preguntó en un hilo de voz, sin moverse, expectante a lo que ella diría o haría.

—Ahora sí —respondió ella, aún con voz adormecida.

¿Qué podía decir? ¿Que había sido la mejor experiencia de su vida? ¿Que la amaba más que a nadie? ¿Que quería ser su amante?

Antes de poder hacerlo, Jane se separó de él, tirando de la sábana y tapándose por completo, poniendo los pies en el suelo.

—¿Adónde vas? —preguntó él, pues no quería que se fuera a ningún sitio.

Estaba divinamente aquí, a su lado, ¿por qué se iba?

—A mi alcoba, no debería de estar aquí —expresó ella con la voz algo ronca.

—¿No te gustó lo de anoche?

Debía hablar de ello, tenía que hacerlo, quería hacerlo. En cuanto vio el leve sonrojo invadir las mejillas de su mujer, supo que era un tema que ella también trataba de evitar.

—Yo... sí. Pero no va a repetirse.

No era eso lo que Jane quería. Si por ella dependiera, lo repetiría día y noche, noche y día hasta que se desgastase la piel de tantos besos que recibiría de John pero, si algo le había enseñado su madre, era que una mujer valía lo que ella misma quería que valiese, y no era plato de repuesto.

—¿Por... por qué? —balbuceó John, maldiciendo en voz baja.

—Te vi ayer, John. No sé si sabías que mi hermano es el propietario del *Red House*. Iba a hacerle una visita, así que no niegues lo que mis ojos vieron —explicó ella.

Sus ojos estaban tristes y algo enfadados, pero sobretodo había algo que nunca había percibido con anterioridad: decepción.

Jane parecía decepcionada con él, como si la hubiese traicionado haciendo algo imperdonable. Esa mirada en cualquier otra persona nunca lo había molestado, es más, jamás se hubo percatado si había existido. Pero en ella le estaba doliendo. ¿Era por él? Eso parecía.

—No lo niego —susurró, tragando saliva—. Yo... no sé qué decir.

No lo había planeado. La noche anterior se había desatado y no había pensado más allá de ella, ni de lo que haría ni diría, pero en ese momento que estaban haciendo algo parecido a sincerarse el uno con el otro, quería sacarlo todo, todas sus frustraciones, sus sentimientos, todo lo que llevaba guardando en su corazón desde que habían aceptado aquel estúpido pacto de matrimonio, y en ese momento que había empezado, no pensaba detenerse hasta terminar.

Reculó hasta la cama, poniéndose de rodillas sobre el colchón y mirándole a los ojos, se lo dijo.

—Me es imposible seguir con esta farsa, John, no puedo continuar con esto —empezó a decir, deteniéndose para respirar hondo, elevando el brazo hasta acariciar su mentón y lamentándose porque, pese a todo, seguía sintiendo ante él ese cosquilleo nervioso—. Yo te quiero, John, te quiero desde que, en aquella biblioteca me preguntaste sobre Maquiavelo y me dirigiste la palabra, como si mi opinión fuese importante, como si realmente la tuvieses en cuenta y yo fuese algo más que una dama más calentando asiento temporada tras temporada. Cada vez que me hablabas, yo sentía crecerme, tú veías a alguien válido cuyas ideas eran interesantes mientras que otros solo veían a algo parecido a una señorita anodina y sin gracia alguna. —Al ver que John no decía nada, se envalentonó, continuando su relato—. Por eso acepté casarme contigo; no porque temiese al escándalo, si no lo hacía, ni porque tu contrato me pareciese tentador, en verdad era una pésima idea. ¿Cómo demonios se te ocurrió proponerme en matrimonio bajo los términos de un contrato? Pero eres John, y es parte de tu encanto, y sigo amándote, aunque a veces seas demasiado despistado para darte cuenta de lo que ocurre a tu alrededor, o que te cueste empatizar con los demás, o que no tengas en consideración los sentimientos ajenos, igual que si no pudieses sentirlos. Eres un ser hermoso y frío a veces, pero otras... otras logras derretir mi corazón con algún gesto inesperado de cariño. Eso era precisamente lo que me animaba a seguir

adelante con esta farsa de matrimonio, porque confieso John que, en el fondo, mi objetivo no era otro que el de enamorarte, de que me quisieras, aunque fuese una ínfima parte de lo que yo te quiero a ti. Quería de veras tener ese amor recíproco contigo, que fuésemos un matrimonio verdadero, real, que me cogieses de la mano al pasear, que me buscases por las noches y que algún día formásemos una familia. Yo solo quería eso, ni amantes ni nada de lo que pudieses imaginarte. Y tú... ¡te fuiste a un burdel! Y ayer, después de haber ido a aquel sitio y hecho Dios sabe qué cosas con otra mujer, me dijiste todo aquello, como si de verdad me desearas, y yo fui débil y me dejé llevar, porque besarte era un sueño hecho realidad».

John no decía nada, permanecía allí, sin moverse, observándola igual que si se hallase en un extraño y profundo trance. Pero ella estaba demasiado cansada, y no podría soportar un disgusto que fuese directo al corazón, simplemente no podría, así que, de una revolada, se dio la vuelta y salió por la puerta no pudiendo contener el llanto.

Capítulo 19

DESTINO DE CONDESA

Si a John Clayton le hubiesen dicho que en algún momento de su vida se sentiría descorazonado, sin saber qué hacer, paralizado y completamente sorprendido, les hubiese respondido que no, que él era un hombre práctico, que las emociones pocas veces tenían efecto en él, que se guiaba por la razón y la lógica, que el imperativo categórico de Kant era siempre la respuesta, y que no había cosa que esto no pudiese resolver.

Hasta ese momento.

Jane acababa de confesarle que estaba enamorada de él, que lo quería. Lo primero que caviló fue su comportamiento durante todo este tiempo, en busca de pistas, pero no encontró ninguna. Ni siquiera lo sospechaba; no se le había pasado por la cabeza esa posibilidad. Pero así era.

Tenía que decirle que él también la amaba; tenía que hacerlo antes de que fuese tarde. Abrió la boca con la intención de confesárselo, pero ella ya no estaba. ¿Dónde había ido?

Sin preámbulos, se levantó de la cama y buscó sus ropas esparcidas por el suelo, con la intención de vestirse. No tardó en hacerlo y, en cuanto estuvo decente, fue directo hacia sus aposentos. Con la mirada, puso atención a cada rincón, pero Jane no estaba, así que bajó las escaleras hasta el salón y se encontró con William Hayes, quién estaba desayunando tranquilamente y a solas.

—Buenos días John, ¿te encuentras mejor? —preguntó él.

—Lo cierto es que ya no me encuentro ido, pero tengo un terrible dolor de cabeza. ¿Has visto a Jane? —se apresuró a preguntarle.

—Acaba de despedirse, ¿por qué? ¿Ha pasado algo?

—Yo... —dudó, pues sabía que aquello quizás sería difícil de entender—. Ayer por la noche consumamos el matrimonio.

La forma en que John lo dijo, tan serio y convencido, hizo que William no pudiese más que reírse, sin poder evitar lanzar de su boca el té que acababa de sorber.

—Por Dios, John, esto son buenas noticias, ¿no?

—Lo serían, si no fuese porque me ha dicho que me quería, se ha enfadado y se ha marchado antes de poder decirle que yo también la quiero.

—Las mujeres tienen esa manía de dejarte la palabra en la boca y marcharse. Yo de ti me daría prisa en buscarla, no sea que tengas que ir a buscarla a otro continente.

—Eso voy a hacer.

—Ah, y John —añadió—, tú pídele perdón, aunque no sepas qué es lo que has hecho mal, discúlpate siempre y todo irá bien.

John se guardó la opinión de que aquello no tenía ningún sentido, pero tiempo era lo que no tenía para discutir, así que sin más preámbulos, salió del comedor hasta la entrada principal y ordenó que trajesen un carruaje inmediatamente, dado que Jane parecía que se había llevado el suyo junto con Tristán, el cochero.

Preguntó si sabían adonde había ido su mujer, y dijeron que había vuelto al campo, que John tomó la misma dirección. No era un camino muy largo, pero tampoco corto, así que aprovechó aquel tiempo para pensar las palabras exactas que le diría a Jane.

Debían de ser concisas pero efectivas. Nunca le había gustado hablar por hablar, y encontraba los discursos largos y tediosos sin demasiada efectividad. Que fuese sincero y que le llegase al corazón.

«Lo siento mucho, Jane, siento haber pedido ayuda a Edmund, y siento haber aceptado su propuesta de acudir al burdel para aprender a darte placer, para ser tu amante, para saber qué hacer. Te quiero y quiero que seamos un verdadero matrimonio».

Era un buen discurso, y en la línea a lo que le había aconsejado Will.

Quizás debería de escribirle una carta; sería igual de conciso y efectivo, ¿no? Aunque sabía que las cosas cara a cara se valoraban más. Tenía que hacerlo, si tan solo encontrase un poco de valor igual que hizo anoche... parecía que un espíritu ajeno hubiese tomado posesión de su cuerpo, pero ejerciendo su voluntad a rajatabla. Había sido muy extraño, pero en ese momento deseaba tener la misma soltura que había tenido. Quizás se había pasado de copas, pues Hayes tendía a beber más que él, y solía hacer que bebiese más por el simple hecho de no dejarlo solo.

Podría haber sido el alcohol, bien sabía que era una sustancia de la que no debía abusar. O a lo mejor... a lo mejor eso era exactamente lo que necesitaba.

Jane no sabía qué hacer. Se lo había dicho todo, y él se había quedado callado, como si... ¡como si no la estuviese escuchando! Y quién sabía que le hubiese dicho después, lo más probable era que la enviase a tomar viento. Lo único que tenía claro era que necesitaba alejarse, respirar y pensar con tranquilidad para tomar una decisión. De hecho, tenía pocas opciones, pues el matrimonio se había consumado, y por ende, no podía ser anulado. Tendría que estar casada con John Clayton para el resto de sus vidas.

«Y yo acabo de decirle que estoy enamorada de él, es absolutamente maravilloso», ironizó ella misma.

Al menos la casa era lo suficientemente grande como para poder evitarlo la mayor parte del tiempo. Iría a Londres con asiduidad para visitar a su madre y a su hermano, y a Beatriz. Incluso podría instalarse en la residencia de

Londres cuando el bebé de Beatriz naciese, con la excusa de ayudarla.

Pero ella sabía que eso no sería lo más grave, pues seguiría viéndolo, poco o mucho, y seguiría teniendo ese escozor en la garganta, esa inquietud en su cuerpo y esas cosquillas en el estómago.

En cuanto llegó, fue directa a la biblioteca. Era la estancia donde se sentía más a gusto, igual que un remanso de paz y tranquilidad. Allí, entre aquellos libros, unos más polvorientos que otros, sentía que nada malo podía sucederle.

—¿*Milady*? —la distrajo la voz de su doncella, quién apareció por allí al escuchar ruidos.

—He vuelto antes de tiempo —anunció.

—Oh, disculpe, ¿necesita algo? Yo puedo...

—No, tranquila, además hoy es tu día libre, así que disfrútalo —le dio permiso, pues al menos una de las dos sentiría algo de dicha—. ¿Pensabas ir al pueblo?

—A comprarme una cinta. He estado ahorrando, ¿sabe?

—Oh, una cinta. Siempre me ha gustado ir a comprar cintas, solía ir con mi madre de joven —recordó, echando de menos aquellos días—. ¿De qué color?

—Azul, pues es de ese color mi vestido de los domingos.

Jane se fijó en que llevaba unos zapatos algo andrajosos, y la cofia algo raída. Sin duda, necesitaría renovar su vestuario.

—Siento la indiscreción, pero ¿cuánto cobras?

—Yo... dos chelines al día.

—¿Dos chelines? Vaya, tendré que hablar con el administrador de inmediato para que lo suba al menos a cuatro —murmuró Jane, extrañada—. De hecho, el señor Grayson estará ahora por la finca, suele venir los jueves y los viernes por lo que tengo entendido.

El señor Grayson era un hombre despierto, el doble de mayor que John pero con una gran memoria. Llevaba las cuentas a rajatabla, tal y como había

hecho su padre con anterioridad, quién había trabajado también por el anterior conde de Clarence.

Lo buscó, preguntando a los lacayos si lo habían visto, hasta que le dijeron que estaba en el despacho de su marido, y allí fue. Llamó a la puerta y esperó a que este respondiese. En cuanto lo hizo, pasó dentro del despacho. Estaba revisando un libro de cuentas y apuntando algo en él, de pie. Sus ojos parecían cansados, y los anteojos se le caían ligeramente, como siempre. Le parecía un hombre gracioso, con la cara despierta, los ojos saltones de un verde oscuro y una nariz superlativa, igual que si alguien se la hubiese pegado.

—Señor Grayson, siento importunarle —se excusó ella al entrar.

—No se preocupe, estaba haciendo trabajo rutinario, *milady*. ¿Desea algo?
—respondió él, pacientemente.

—Verá, mi doncella me ha comentado lo que le pagábamos y creo... que quizás es una suma irrisoria, y quería comentarle si era posible subirle el sueldo hasta cuatro chelines.

Vio cómo el señor Grayson arrugaba esa grandiosa nariz, y buscaba algo en ese mismo libro.

—Disculpe, pero su doncella ya cobra esa cantidad. ¿Lo ve? Y de hecho, yo les entrego personalmente las cantidades a la señora Smith, la ama de llaves y al señor Brown, el mayordomo para que paguen, ella a los proveedores y él al personal.

A Jane aquello no le gustó. Sabía que Greta no le mentiría sobre algo tan estúpido, no tenía por qué, pero en cambio, sospechaba del comportamiento de la señora Smith desde que había pisado aquella casa. Estaba segura de que era ella quién se quedaba el sueldo restante de su doncella, y quién sabe si también lo hacía con los de los demás, compinchada con el mayordomo.

—Señor Grayson, mi doncella me ha asegurado que esa es la cantidad que le llega. Creo que deberíamos avisar a las autoridades de esta irregularidad de inmediato.

—Sin duda, hay que hacer algo, pero no creo que debamos hacer un escándalo de eso; no es la primera vez que un miembro del servicio hace esto. No obstante, es inadmisibile que pase esto, y el señor Brown será despedido de inmediato si no da una justificación a ello. De hecho, voy a ir personalmente a buscarle ahora mismo.

Jane asintió, dejando que el hombre se fuese después de hacerle una leve reverencia.

Así que era eso lo que aquella mujer escondía; en ese momento todo tenía mucho más sentido: que no le gustase su presencia en la casa, que la rehuyera, que no quisiera saber nada... en el fondo, que hubiese una nueva señora de la casa, podía dificultar la perpetuidad en los robos, pues le daba la sensación de que Rowina se limitaba a darle carta ancha y no se dedicaba demasiado a sus tareas como señora de la casa. Sin embargo Jane, sí que había tomado interés en ello, hasta que al final todo se hubo destapado.

Era consciente de que no debía hacer nada, que lo más sensato era esperar a que el señor Grayson hablase con el mayordomo, y que este, si la señora Smith estaba metida en el ajo, seguramente la delataría, y que no era prudente hacer otra cosa. Pero Jane en el fondo, no era prudente. Se empecinaba en serlo, en no salirse de la norma, en cumplir todas las reglas de la sociedad, pero siempre terminada haciendo algo que lo arruinaba, a veces de modo accidental, a veces provocado por su empecinamiento, otras un factor externo, pero esta vez la alevosía estaba incluida. Con los pasos largos, procurando que sus pies hiciesen el menor ruido posible, subió las escaleras sin ser vista hasta la planta superior, donde los criados tenían sus alcobas. Sabía que la de la señora Smith sería una de las dos mejores habitaciones, y fue hasta el ala este, donde había mejores vistas. La primera puerta que abrió no fue, pues había dos camas individuales. La segunda vez creyó acertar, viendo que era más espaciosa que la anterior, con una cama doble en el centro, y allí encima, una bolsa de mano. La curiosidad la pudo y, al ver que estaba abierta, desvió la mirada hacia dentro.

Contuvo un pequeño grito al observar que, en el interior, había joyas. Con el corazón desbocado, metió la mano en él, y sacó un collar de oro macizo junto con una espléndida pulsera de esmeraldas. Entonces, al hacer memoria, recordó que ella ya había visto esa joya con anterioridad, y habría jurado que había sido el día de su boda, y que era lady Rowina quién la llevaba puesta.

Siguió hurgando, sacando joyas del maletín, hasta que no se creyó lo que vio, ¡eran sus perlas! El collar que le había regalado su padre cuando había cumplido quince años, de las Antillas. No tenía dudas sobre ello, pues era una de las pocas joyas con verdadero valor que poseía. La señora Smith no solo robaba el dinero que les tocaba a los empleados, sino que también, de forma clandestina, hurtaba las joyas de lady Rowina, de ella, y de quién sabe quién más.

Tenía que advertirle al señor Grayson, que llamase al magistrado o a alguien con la autoridad suficiente para que aquellos robos no quedasen impunes.

—Es usted una señora demasiado curiosa.

La voz de la señora Smith la sobresaltó y, al girar el cuello, vio que estaba de pie, en el marco de la puerta, observándola con aquella fría y calculadora mirada.

—Y usted una ama de llaves con la mano demasiado larga. Voy a hacer que vaya a la cárcel, señora Smith.

Dicho esto, Jane hizo el ademán de salir de aquella habitación, pero ella le barró el paso.

—Ni se le ocurra. Va a dejar que me vaya, o si no...

—¿Si no qué? Soy la condesa de Clarence, ya puede darse por muerta si me ocurre algo —dijo ella, haciendo acopio de un orgullo que jamás había tenido, pero estaba asustada, muy en el fondo, aunque no quisiera demostrarlo.

La señora Smith entreabrió los labios y dejó ir una pequeña sonrisa.

—Vaya entonces.

Se movió de en medio, dejándola pasara. Jane titubeó, no comprendiendo nada, pero pensó que se habría asustado, pues verdaderamente dañar a un noble estaba hasta penado con la horca. Dio un paso hacia delante, y al ver que aquella mujer no hacía nada, dio dos más hasta salir de aquella habitación. Llevaba su collar de perlas en la mano, notándola sudorosa. Con las piernas medio temblando, se apresuró hasta llegar a las escaleras y empezó a bajarlas, cuando de golpe, percibió algo detrás suyo, un golpe seco en su espalda que le hizo perder el equilibrio y abalanzarse escaleras abajo.

Capítulo 20

ERES MI PRINCIPIO Y MI FINAL

Las emociones pesan. Resultan difíciles de mover, y en ciertas ocasiones, imposibles de soportar. Hay gente que encuentra algo de ligereza en compartirlas con alguien, sobretodo cuando no hace falta explicarlas. O eso le había contado un día su madre, pero a John en aquel momento le era difícil de entender.

Hasta en ese momento en el que había entrado en su casa y escuchó un grito iracundo, desgarrador. Provenía de un piso superior, y sin dudarlo, arrancó a correr escaleras arriba, hasta llegar al tramo correspondiente. Entonces la vio, tirada en el suelo, con un pequeño riego de sangre a su lado, sin moverse. Era Jane, su Jane. Un dolor súbito y conciso le invadió el corazón, y supo con certeza que aquel momento era el peor de su vida.

—¡Traed al médico! —gritó a pleno pulmón, alzando los ojos para ver si había alguien a su alrededor, pero arriba del todo solo vio a la señora Smith escabullirse.

No pensó en aquel detalle, pues Jane estaba en el suelo, inconsciente, y necesitaba ayuda. No dudó en arrodillarse y en alzarla a pulso, llevándola a toda prisa hasta su habitación, tumbándola en la cama. La sangre era de un ojal en la parte occipital de su cabeza, y John no dudó en sacar su pañuelo del bolsillo y taponárselo para que dejase de sangrar.

—¡Dios mío! ¡*Milady!* —escuchó que decía la doncella, pero no le prestó

mas atención que la necesario.

—Vaya a buscar al medico de inmediato, ¿me ha oído?

—S... sí, por supuesto —respondió esta, con la voz quebrada.

Para John, querer a Jane era parecido a la rompiente de un acantilado, o a la de las olas a la orilla del mar. La fuerza en la que desgasta el agua y se rompe en las rocas va vertiendo en gotas que caen entre las rocas y llenan las grietas de sal al secarse, y algunas balsas subsisten. Así era su amor por ella, cuando parecía que se desvanecía, percibía el sabor salado de esa agua que había quedado encerrada, y su corazón palpitaba de nuevo por ella. Su querer por Jane había crecido igual que lo hace la hierba nacida en el prado después de podarlo, esas pequeñas y diminutas hierbas tiernas de buen olor, al principio imperceptibles, y pero que poco a poco van creciendo hasta volverse trigo alto y esbelto.

—Jane, despierta —suplicaba él, con los ojos llorosos y la mente sin parar de pensar en lo peor—. Jane, debo pedirte perdón, ¿me escuchas? Yo no quiero a nadie más, solo te quiero a ti. Jane, yo te quiero. Ya te quería incluso antes de darme cuenta, pero soy... ya sabes cómo soy y no puedo evitar ser de otra forma. Si yo solo quería saber cómo complacerte, porque la idea que tuvieses un amante me mortificaba por dentro —gimió, tragando saliva, muy preocupado.

Cuando Jane tosió débilmente y abrió los ojos poco a poco, sintió que la vida le volvía de golpe. El corazón volvió a latirle con normalidad, y no pudo evitar besarle la frente, aunque estuviese algo enmarañada de cabellos rubios medio ensangrentados.

—John... —murmuró, sin poder decir nada más.

—No hables, Jane, el médico estará al caer. No te preocupes, todo irá bien, él te curará la herida y te examinará. Espero que no tengas nada grave, un golpe en la cabeza puede ser muy traicionero. ¡Dios Jane! Yo solo quería decirte que te amo, ¿me oyes?

Pero no pudo decirle nada más, pues volvió a cerrar los ojos, perdiendo el

conocimiento. Sintió un desespero infinito hasta que llegó el médico. No supo cuanto tiempo hubo pasado, pero creyó que había sido toda una eternidad.

—¡Doctor! Rápido, se ha caído por las escaleras, tiene una herida en la cabeza y hay que cerrarla. No sé si tiene otros daños mayores —le dijo apresurado.

El viejo doctor examinó la cabeza de Jane y mando traer una palangana con agua caliente, un paño para limpiarle la sangre y algo de alcohol.

—Preferentemente whisky —murmuró.

—Doctor, ¿cómo lo ve? —cuestionó él ipso facto.

—No es nada grave, no se preocupe John.

—Pero yo leí que a veces, los golpes en la cabeza entrañan ciertos coágulos en el cerebro...

—No se preocupe, su mujer está bien, el desmayo quizás sea debido a la impresión, pero pronto volverá en sí.

Este asintió, y en cuanto trajeron todo lo que el doctor hubo ordenado, este sacó de su maletín una aguja e hilo, y procedió a cerrarle la herida.

—Doctor, tenga cuidado, que puede despertar y entonces le va a doler...

El doctor bufó, frustrado ante tanta interrupción y se detuvo.

—John, salga de la habitación. Le avisaré cuando haya terminado —le ordenó, estando harto de él.

—Pero...

—Nada de peros, o sale o no la coso.

Este asintió, sin saber muy bien qué decirle, y salió de la habitación. En ese momento comprendía a su madre, pues estaba tan asustado, y tenía tanto miedo de que a Jane no le ocurriese nada, y tampoco había nadie a su alrededor que pudiese consolarle, decirle que todo iba a ir bien, pese a que fuese imposible que lo supiese con certeza.

—Ya puede entrar, vuelve a estar consciente —anunció el médico después de varios minutos que a John le parecieron horas.

—Gracias doctor, y disculpe.

No le dio tiempo a que dijese nada, pues de un plumazo se coló en la alcoba, yendo directamente hasta el extremo de la cama. Jane estaba despierta, con la mirada perdida y algo somnolienta, pero tan hermosa como siempre.

—Jane —susurró al ver que giraba la cabeza y se lo quedaba mirando—. Antes de que digas nada, tengo una propuesta que hacerte.

Debía hacerlo, aunque no llevase ninguna copa de más, necesitaba ese valor del que normalmente carecía para confesarle sus verdaderos sentimientos.

«He sido un pésimo marido, lo sé, y según los términos de nuestro acuerdo, estaba bien, porque yo nunca sospeché que sintieses algo más por mí. Aun así, yo también me enamoré de ti. No me preguntes cómo ni dónde, solo sé que un día pensé en la posibilidad de que tu no estuvieses, y aquello no me gustó. Es más, lo detesté. Y luego, Jane, tu cuerpo producía sensaciones en mí que jamás había sentido. Cuando dormimos juntos por primera vez, temí que te dieras cuenta de ello, y que te asustases. Pero soy de los que no se dan cuenta de esas cosas, ciertos matices del comportamiento humano son incomprensibles para mí, y ni siquiera se me pasó por la cabeza que a quien quisieses de amante, fuese yo. Así que, lo siento Jane, lo siento en el alma haberte hecho daño, no fue a propósito. Fui al burdel preso de la desesperación, aferrándome a las advertencias de Edmund Hayes, quién me aconsejó que qué mejor lugar para aprender a ser el mejor de los amantes. Espero haber logrado el cometido, pese a que era la primera vez que yo estaba con una mujer».

Sin previo aviso, John se arrodilló, sin dejar de mirar esa mirada azulada medio aterciopelada.

«Te pido que te cases conmigo, Jane. Que me dejes ser tu compañero de vida, tu apoyo constante y tu amigo, tu amante y tu familia. Deseo compartirlo todo contigo, porque tú, Jane, has logrado algo único: despertar sentimientos que creía dormidos para siempre, inexistentes, y contigo han

aflorado y siguen haciéndolo. Tú, Jane, eres mi principio y mi final, es mi todo y mi nada, porque lo tengo todo y estoy completo cuando estás junto a mí, pero siento que voy a quedarme vacío y mi existencia no tendrá sentido si te pierdo. He sentido verdadero miedo al verte allí tumbada en el suelo, Jane. Creí que... podrías haber muerto y yo...».

John estaba llorando. No a lágrima viva, pero sí que se le asomaron algunas lágrimas, dos a lo sumo, pero tenía los ojos aguados. No podía creérselo, ¿lo había entendido bien?

—John, ¿me estás diciendo que nunca habías yacido antes con una mujer? —preguntó ella, totalmente sorprendida.

—No.

—¿He sido la primera? ¿Entonces que hacías en el burdel?

—Lo has sido. Básicamente dos señoritas y Edmund me instruyeron de forma práctica a que fuese placentero para ti. Aunque fue algo bochornoso y bastante incómodo tener que tocar a otras mujeres, nada que ver con lo que hicimos anoche —se ufanó a aclarar.

—¿Tocaste a otras mujeres? —exclamó Jane, poniéndose de morros.

John vio que aquello no iba bien, parecía que a ella solo le importaba el episodio del burdel, como si su declaración no sirviese para nada.

—¡Con fines de aprendizaje! Ni siquiera disfruté, fue tenso e incómodo, lo juro. No quería que tu me rechazaras por no saber... por no saber cómo tocarte.

Jane pareció pensárselo de nuevo, pero en el fondo sabía que acabaría sucumbiendo a sus encantos, ¿y cómo no hacerlo? A lo mejor John Clayton era el único hombre en Inglaterra que había perdido la virginidad con su esposa, y esto era único. Y sobre lo demás... Jane recodó que ella misma antes de casarse tocó el miembro de aquel hombre que había traído su madre, también con fines instructivos, claro que aquello fue antes de contraer matrimonio.

—Entonces, ¿me amas solo a mí? —cuestionó Jane, parpadeando varias

veces.

—Eres la única para mí, ángel mío.

Jane tuvo que pellizcarse un segundo en el brazo, para averiguar si realmente estaba soñando o si aquello era real. Pero estaba pasando, John se hallaba arrodillado, a los pies de su cama, pidiéndole una oportunidad como marido y mujer. Era todo lo que hubiese podido desear, mucho más de lo que había soñado. Así que dejó a un lado todos sus prejuicios y se levantó de la cama, lanzándose sobre él y besándolo.

Aquello era volver a la gloria, a su maravilloso y electrizante hombre que la había hecho vibrar la noche anterior.

—Mmm, Jane, no deberías moverte de la cama —masculló John, envolviéndola entre sus brazos y levantándola para volver a colocarla allí.

—De acuerdo, pero ven tú también —insistió ella.

En cuando su trasero tocó el colchón, ella tiró de su camisa para que se tumbase también. Era su hombre, su marido y su amante. Era suyo, había sido solo suyo y suyo sería para siempre.

Sin despegar los labios de los suyos, buscó el extremo de los pantalones, rozando la lengua delirante, chupando ese tierno y dulce trozo de carne.

John suspiró al sentir cómo el deseo se fraguaba de nuevo en sus entrañas, cómo la seducción de su cuerpo, de sus besos y de su alma se apropiaban de su raciocinio. Delirante, sucumbió a ese baile que sus labios realizaban, a ese festín de saliva y sudor que tan delicioso le parecía.

—Jane, acabas de caerte por la escalera, no creo que estés en condiciones de...

Al escuchar aquellas palabras, Jane detuvo el beso, acordándose de aquello tan importante, y es que la presencia de su marido la atolondraba de tal forma que hasta perdía el oremus.

—Dios mío, John. No me he caído por las escaleras, ha sido la señora Smith quién me ha empujado. Ella... Jesús, tiene todas las joyas en un maletín, en su habitación. ¡Tenemos que detenerla antes de que se fugue!

—Tranquila, lo sabemos. El señor Grayson interrogó al mayordomo y este, bajo la amenaza de llamar al magistrado si no le decía si tenía algún cómplice o no, se lo dijo todo; que él y la señora Smith al principio iban recogiendo dinero que sobraba de los gastos ordinarios, pero que poco a poco fueron omitiendo las subidas de salarios... hasta que para la señora Smith no fue suficiente, y quiso hacer algo a lo grande, robando las joyas de todo aquel que pasase por estas habitaciones. Aprovechaba la disposición de los pasadizos secretos, por eso nunca nadie la cazó.

—¿Y los pasadizos secretos dan directamente a las habitaciones?

—A algunas de ellas.

—Quizás por eso tenía tanto interés en que me alojase en aquella habitación tan alejada —pensó en voz alta—. ¿Sabes, John? Pensaba que me estaba volviendo un poco loca, pues algunas noches podía notar cómo alguien me estaba vigilando, y sospecho que podía haber sido ella.

—Sería probable. Ahora no pienses en ello, tienes que descansar y recobrar fuerzas —resolvió John.

Pero ella esbozó una sonrisa medio ladeada y lasciva, dejando caer uno de sus dedos por el trozo de cuello desnudo de su marido, acariciándolo poco a poco hasta lograr que su piel se erizase.

—Creo que ya tengo todas las fuerzas que necesitaba, lord Clayton —musitó, mordiéndose el labio inferior, queriendo que aquellos ojos la desvistieran de nuevo.

Tenía mucho tiempo para recuperar, y pensaba ponerse a ello de inmediato.

—Entonces Jane, ¿quieres casarte conmigo? —preguntó John.

—Pero si ya estamos casados, John —exclamó ella, divertida.

—Lo sé, pero yo quiero que me lo digas de verdad, no como un mero contrato —insistió él.

Ella lo miró con ternura y lo rodeó con los brazos, aprendiendo algo más de su extraño y maravilloso marido que, al igual que ella, pecaba de ser demasiado inocente en determinados temas, y además, que el hecho de ser el

hombre más atractivo de toda Inglaterra hacía que sus inseguridades desapareciesen.

—Sí, John, quiero casarme contigo.

No esperaba que la respuesta de él fuese tan eufórica, pues prácticamente se lanzó devorarle la boca, a comérsela de un bocado. Olisqueó su cabello y besó su cuello, dejando un riego hasta la mandíbula, dejando que sus manos recorriesen cada uno de los botones de su camisa, y lograrse quitársela.

Jane era dulce y salada, era tímida y apasionada. Era las dos caras de una misma moneda. Esbozó una sonrisa al ver cómo introducía una de sus pequeñas manos por su pantalón hasta lograr tocarle el miembro.

—Paciencia, ángel mío —susurró, desabrochándose él mismo y deshaciéndose de toda la ropa inferior.

—John, yo también quiero darte placer —confesó ella, un poco abochornada, pero deseaba hacerlo, al fin y al cabo, quería que hubiese servido de algo todo lo que su madre le había transmitido.

—Como desees —respondió él, tumbándose boca arriba, esperando que ella llevase las riendas.

Sentía ese deseo latente recorrer todo su cuerpo, y hacer que su miembro se endureciese por momentos. Era su mirada, enturbiada por la lascivia, y en ese momento sus movimientos desvestiéndose hasta quedarse solo con la camisola.

—Dime cómo te sientes en todo momento —pidió ella al montarse sobre él, recorriendo su pecho con la palma de sus manos.

Quiso besar esa piel trémula y sedosa, y lo hizo, desde el abdomen hasta la ingle. Allí, se armó de valor para descender hasta donde estaba ese miembro grueso y conocido. Sin rodeos, dejó en él un lametón que hizo que John suspirase.

«¿Acaba de lamerme el pene? Sí, eso creo. Oh, Dios, ha vuelto a hacerlo, y ahora no solo lo lame sino que... ¡lo chupa!».

Lo peor de todo no era la sorpresa de aquello, sino el enorme placer que

sentía. Era algo obsceno, pero tan gustoso... no quería que parase, y así se lo hizo saber.

—Esto es... increíble.

Ella hacía lo que podía, pero a veces mantener todo aquel trozo de carne en la garganta era físicamente imposible, así que iba cambiando de su lengua a su mano sin detenerse, hasta que los brazos de John la hicieron moverse hacia arriba, llegando hasta su boca de nuevo.

—¿No te estaba gustando? —preguntó Jane algo desmotivada.

—Oh sí, me encantaba, pero no si continuases haciéndolo no podría controlarme, y deseo volver a estar dentro de ti —le respondió, abrazándola, notando sus duros pezones sobre su pecho.

Aquella vez disfrutó con cada sensación, algo desdibujada de aquella noche. Pudo tocar todo su cuerpo y grabarlo en su memoria, besar y lamer cada una de sus pecas, de sus imperfecciones. Le parecía la mujer más maravillosa de la faz de la tierra. En cuanto percibió la humedad de su cavidad, avanzó su falo hacia su interior, que lo recibió embriagadoramente bien y lo envolvió con su calidez.

Aquella vez John no tuvo prisa, y se dedicó a hacer el amor con una delicadeza que a ella le emocionó, y cuando ambos llegaron al éxtasis, derramaron lágrimas de felicidad, tan evocadoras e incandescentes como los latidos de su corazón, cuyo palpitar parecía fundirse en uno de solo.

EPÍLOGO

Las historias no empiezan ni terminan de golpe y porrazo, ni se sopetón. No nacen ni mueren en un segundo, sino que van haciéndose poco a poco; se producen cambios en ellas mientras duran. El tiempo es clave para hacerlas engrandecer, transformarse y desarrollarse, pudiendo tener cualquier desenlace posible, y aún así, hay historias que pueden perdurar en el tiempo.

Lo que John y Jane Clayton hubieron perseguido igual que si fuese una quimera imposible se materializó en algo real aquel día después de nochebuena.

Así sucede también con el amor, pues cada uno de ellos corresponde a un momento distinto, se establece en una época determinada y se perciben vínculos con su naturaleza. Aquel amor se coció a fuego lento, y aunque tardó en surgir, cuando lo hizo fue de los más sólidos que hubo.

Jane solía preguntarle cosas absurdas cuando se encontraban acurrucados delante de la chimenea de la biblioteca, como si la querría para siempre, o cuántos besos necesitaba para que se cansase de ella.

—Tantos como granos de arena líbicos hay en Cirene —respondía John, a quién ella nunca le sonsacaba de qué poeta era.

De ella, John aprendió que el alma humana no vive solo de raciocinio ni de cultura, todo lo que él había vivido, sino que necesitaba también algo más espiritual, como el amor.

Pese a que solo habían pasado dos semanas desde el accidente, se

encontraban aún en una nube y no deseaban bajar de ella. Un lunes cualquiera, mientras desayunaban, Jane abrió la correspondencia, sin llegar a creerse lo que estaba leyendo.

—¡John! No vas a creértelo. Beatriz ya ha dado a luz —exclamó, gratamente sorprendida.

—¿Beatriz? Según me dijo William, no sería hasta finales de enero —dijo él, extrañado.

—Lo sé, pero nos confesó el día de Nochebuena que sospechaba que el parto se le adelantaría, y que serían gemelos. Veo que no se equivocaba —murmuró, leyendo el resto de la carta.

—¿Ha tenido gemelos?

—Así es, dos niñas. Dice que una es rubia y otra morena. No da mucho más detalles, salvo... ya conoces a Beatriz, dice que el parto es algo horrible y que no quiere volver a pasar por él, pero luego dice que las niñas son lo más bonito que ha visto nunca. Y que... Dios, no quieres leer eso, es demasiado explícito —dijo haciendo una mueca.

—Tendremos que hacerle una visita entonces —resolvió él, que tenía curiosidad por ver a las hijas de su sobrina, y en cierta medida, algo de ilusión—. ¿Ya saben cómo van a llamarse?

—Solo nombra a Lydia en la carta, me temo.

John sonrió ante la mención del nombre de su hermana. Tendría que haberlo supuesto.

—¿Qué ocurre?

—Así se llamaba mi hermana, la madre de Beatriz. Es un gesto bonito.

Jane asintió, también sonriente, sabiendo que le quedaba toda una vida por delante para descubrir todos los matices que su marido escondía, y que se moría por descubrir.

—Lo es.

—¿Quieres dar un paseo por el jardín?

—Me gustaría, pero más tarde, debo entrevistar a un par de aspirantes al

puesto de ama de llaves. No creo que tarden mucho en desfilar.

—Cierto —recordó él—. Voy a estar esperándote en la biblioteca, quizás rememorando nuestro primer encuentro. Lo recuerdo a la perfección —dijo él.

—Yo también. Me pusiste tan nerviosa que no supe cómo actuar —confesó ella, en ese momento que tenían plena confianza el uno con el otro.

—Yo tampoco; era la primera vez que le hablaba a una mujer estando completamente a solas. Por cierto, lady Clayton —mencionó él, haciendo énfasis en su última palabra—, voy a dejarle un libro que creo que va a ser de su agrado, y espero que podamos comentarlo esta noche sin falta.

John dejó encima de la mesa *La Divina Comedia*, arrastrándolo hasta depositarlo al lado de ella, mientras intentaba disimular una pícara sonrisa.

Oh, por supuesto que iba hacer un análisis exhaustivo de su contenido...

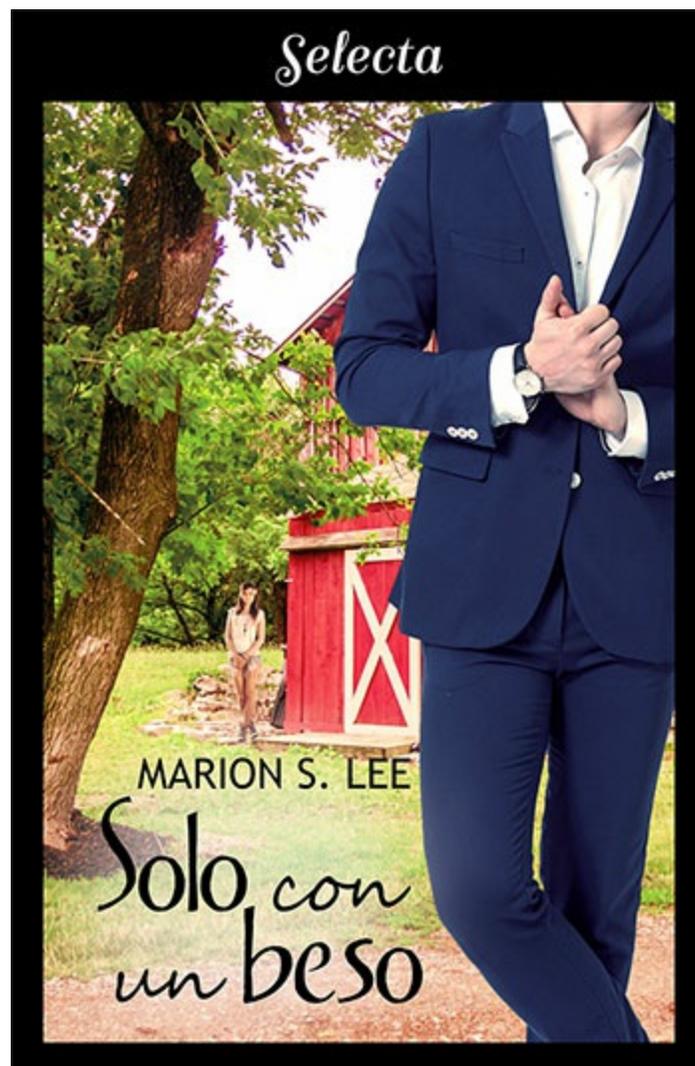
Si te ha gustado

Un contrato tentador

te recomendamos comenzar a leer

Solo con un beso

de *Marion S. Lee*



La sala de espera estaba repleta. A pesar de no haber ni un solo asiento libre, el ruido era escaso, solo roto en ocasiones por un ligero cuchicheo. Las nuevas pacientes que iban llegando tenían que aguardar su turno de pie hasta poder acomodarse en los asientos que iban quedando paulatinamente vacíos. Tammy, su mejor amiga de la universidad, le había dado el nombre de la doctora Verant y le había asegurado que era una buena profesional y muy atenta con sus pacientes, algo que ella sabía que iba a agradecer.

Winnie Bradley miró hacia la gran ventana que dominaba la sala y que daba a un espacioso jardín. La luz de media tarde entraba a raudales y lo bañaba todo con un suave y apacible tono dorado. Miró de reojo hacia la puerta y vio entrar a una mujer. Se movía con torpeza y lentitud, echada un poco hacia atrás, como si buscara un nuevo centro de gravedad. Sin poder evitarlo, su mirada se dirigió de inmediato hacia su abultado abdomen de embarazada, en donde descansaba con ternura ambas manos, como si así estuviese guardando y protegiendo al bebé que llevaba dentro. Un hombre que esperaba en la sala se levantó, solícito, y le cedió el asiento, algo que la recién llegada agradeció con una radiante sonrisa.

Con desgana los ojos de Winnie regresaron a quien estaba sentado a su lado y lo observó con cierta severidad. Freddy leía absorto una revista que había tomado de una de las mesas que había en el centro de la amplia sala. Al contrario que él, Winnie se sentía incapaz de concentrarse en nada. Tenía en el bolso su lector digital, pero no podía seguirle el hilo a la novela que estaba leyendo. Cada vez que lo intentaba, sus pensamientos terminaban desviándose hacia otra parte y, cuando se daba cuenta, había pasado la página sin enterarse de qué estaba ocurriendo en la trama. Eso era algo que en las últimas semanas le sucedía a menudo, y no solo con la lectura: se quedaba

enfascada en un simple punto, con la mente vacía y sin pensar. O sin querer pensar.

Un resoplido por parte de Freddy la trajo a la realidad. Winnie lo miró por encima de su hombro.

—¿Qué te ocurre? —le preguntó con voz queda.

El joven se inclinó a medias hacia ella, pero sin retirar la mirada de la revista que tenía delante.

—Este artículo dice que el gasto medio del primer año de un bebé ronda los diez mil dólares. Además del parto, quiero decir —le susurró muy cerca del oído.

Winnie lo miró de soslayo y torció el gesto.

—¿Sí? Pues qué bien —le respondió sin ganas.

Freddy cerró la revista con un enérgico gesto.

—¿De dónde vamos a sacar el dinero?

Sabiendo lo que vendría a continuación, Winnie se giró un poco hacia él para quedar casi de frente y que nadie más pudiera escuchar su conversación.

—Ya nos las apañaremos. Nuestros padres nos ayudarán, estoy segura.

—Y por eso tú aún no les has contado nada a los tuyos.

La frase, dicha entre dientes, hizo que clavara su mirada en él con algo de resentimiento. Winnie sintió que su mandíbula se tensaba.

—Lo haré. Pronto. Aún no sé cómo decírselo a mi padre, pero sé que de mi madre no tengo que preocuparme. Ella lo comprenderá.

Freddy se pasó una mano por el rostro.

—Winona, sé que hemos tenido antes esta conversación, pero... aún estamos a tiempo de...

—No.

La seca respuesta paralizó momentáneamente al chico. Aun así, este continuó hablando:

—Un solo día en que no tomamos precauciones y mira qué ha ocurrido.

—Los accidentes ocurren —le respondió ella, tajante—. Y, cuando ocurren,

hay que apechugar con ellos —espetó con rabia contenida.

Él bajó la cabeza y negó una y otra vez con movimientos cortos.

—No estamos preparados para esto.

Cada frase que salía de los labios de Freddy le dolía un poco más que la anterior. Se irguió de hombros y levantó la barbilla en un gesto casi altanero.

—Ya lo hemos hablado. No pienso abortar y voy a tener a este niño. Pero tú aún estás a tiempo de decidir si sigues a mi lado. No quiero junto a mí a alguien que no me apoye, Freddy. Si te quedas conmigo...

—No voy a dejarte —la interrumpió él. Su mirada se suavizó un poco, incluso afloró una sonrisa en sus ojos oscuros—. Te quiero. También es mi responsabilidad, así que sí, estaré contigo, Winona.

Ella se agarró con fuerza a los reposabrazos.

—¿Por qué insistes en llamarme Winona, Freddy?

—Porque te llamas así.

—Sé que me llamo así, genio. Lo que te pregunto es ¿por qué lo haces cuando sabes que prefiero que me llamen por mi apodo?

—Ya no eres una niña —le respondió él.

—No tiene nada que ver con que sea o no sea una niña. Winnie es como siempre me has llamado. No entiendo esa manía tuya de llamarme por mi nombre de pila.

Freddy regresó la mirada hacia la revista que aún mantenía entre sus manos.

—Bueno, Winnie es un nombre demasiado... infantil para quien eres ahora.

Sintiendo que su enojo crecía por momentos, Winnie apretó los labios.

—¿Y quién se supone que soy *ahora*?

El joven dejó escapar el aire de sus pulmones.

—Dentro de un mes empezaras las prácticas. Seguro que será en una asesoría con fama, como muchas de las que hay en Boston. Si va bien...

Ella se giró como si la hubiesen pinchado como una aguja.

—Vaya bien o no tendré que dejarlo en unos meses, ¿no te has dado cuenta de ello? —inquirió ella con frustración.

Mirándola de soslayo, Freddy resbaló en su asiento y resopló.

—Estás insoportable con los cambios hormonales —masculló.

Enfadada, Winnie prefirió no continuar con la conversación y cruzó los brazos ante su pecho, pero no pudo evitar seguir mirándolo por el rabillo del ojo. Freddy tomó una nueva revista y la abrió por una página cualquiera con demasiado brío. Desanimada, Winnie se preguntó cuánto habría de verdad en aquel argumento sobre las hormonas y cuánto sería por otras razones que ella había comenzado a considerar hacía apenas unos meses.

Freddy era su pareja desde el verano en que terminaron en el instituto, hacía ya cuatro años. Se le había declarado en la fiesta de su decimoctavo cumpleaños, y ella había sido la mujer más feliz del mundo cuando él le había dicho que la quería y que deseaba que fuera su novia. Fred, o Freddy — como todos lo llamaban por aquel entonces, algo que ella había continuado haciendo—, había sido un estudiante ejemplar. Alto, aunque un poco escuálido, pues en esa época aún le faltaba músculo para rellenar las camisetas, cosa que había ido ocurriendo progresivamente con el paso de los años. Tenía que admitir que era uno de los chicos más guapos de la clase, con un tupido pelo negro y unos impactantes ojos oscuros enmarcados por unas espesas pestañas por las que más de una chica habría matado. Era un chico divertido, sociable y con ganas de ir a fiestas, como todos los demás de su edad, y ella se había sentido muy orgullosa de que él hubiese decidido ser su novio. A partir de aquel verano nada los había separado.

Cuando llegó el momento, se marcharon juntos a la universidad, se matricularon en la facultad de Económicas y tomaron las mismas asignaturas. Comenzaron a vivir en un pequeño apartamento cerca del campus, porque les resultaba más barato y porque, de esa manera, podían estar más tiempo juntos. Todo había marchado a las mil maravillas... hasta hacía poco menos de seis meses, cuando comenzaron el nuevo curso. Tan solo les quedaba un año más, aparte de aquel que acababan de iniciar, para finalizar la carrera, y durante ese semestre podrían comenzar a tomar contacto con el mundo real

realizando prácticas en algunas empresas que se prestaban a ello. Freddy, por sus excelentes calificaciones, fue uno de los primeros en poder elegir.

«Y ahí comenzaron los cambios», pensó Winnie con tristeza.

El muchacho simple y divertido se había ido convirtiendo en alguien a quien ella no conocía en absoluto. Ya no le gustaban las cosas que siempre le habían gustado; ya no disfrutaba con ir a tomar una hamburguesa en el local de la esquina, ni a la bolera los sábados por la tarde. Comenzó a hablar sin parar de sus compañeros de la empresa, sus «colegas», como él los llamaba, aunque él fuera allí poco más que el chico de los recados. Y conforme había ido cambiando él, lo había hecho ella. Se consideraba una mujer alegre, espontánea, que siempre sonreía... o que solía hacerlo. Ya no les gastaba bromas a sus amigos, ni se reía de cualquier cosa, como hacía antes. No sabía en quién se había convertido y eso era algo que no le gustaba en absoluto.

El sonido de un carraspeo la hizo salir de sus pensamientos. Vio a Freddy dejar sobre la mesa la revista que había estado hojeando hasta ese momento y escurrirse un poco en su asiento mientras dejaba escapar un pequeño bufido entre sus labios. Winnie tenía más que claro que Freddy no quería estar allí. Le había contado que ese mismo día había una importante ponencia en un hotel del centro y todos los de la asesoría en la que hacía las prácticas iban a asistir. A él también lo habían invitado, y Winnie sabía que se moría de ganas por estar allí en lugar de con ella. Así que pensó que, tal vez, aquella discusión sobre el futuro de su embarazo tenía como origen la imposibilidad de estar donde le apetecía.

«¡Qué demonios!».

Se giró hacia él y llamó su atención con un suave toque en la pierna.

—Ve, anda.

Freddy se retrepó en el asiento.

—¿Cómo dices?

—A esa ponencia. Sé que te mueres por ir.

Una radiante expresión apareció de repente en el mustio rostro de su novio.

—¿De verdad que no te importa que me vaya?

«Claro que me importa».

—No. Venga, sé lo que significa para ti —le respondió en cambio mientras trataba de que una sonrisa acudiera a sus labios.

Sin esperar más, Freddy se puso en pie con energía.

—Después me enseñas la primera foto de nuestro niño. O nuestra niña.

Winnie asintió con desgana.

—De acuerdo.

Tratando de dominar su creciente nerviosismo, Freddy se inclinó hacia ella.

—Entonces me marcho ya. No quiero llegar cuando ya estén todos dentro y pierda la oportunidad de codearme con el gran jefe. Adiós, Winona. Nos vemos esta noche.

Winnie pensó que la besaría. En cambio, Freddy se escabulló de aquella atestada sala y la dejó sola y con la vista clavada en la puerta por donde él había salido. El asiento fue ocupado de inmediato por una mujer que le sonrió al sentarse a su lado.

Con el ánimo por el suelo, Winnie gimió y se cruzó de brazos.

«Genial. Estupendo».

Fijando la mirada en el suelo, Winnie trató de esclarecer en su cabeza en qué momento su vida se le había ido de las manos. Había tenido muy claro lo que había querido hacer con ella: graduarse en la facultad de Económicas, ejercer la profesión en una empresa que la tratase como a una persona y, tras un tiempo, casarse y tener hijos. O no casarse, que tampoco era algo que le resultara imprescindible. No eran unas metas muy ambiciosas. Su verdadera, su auténtica ambición era ser feliz como lo había sido hasta entonces y hacer feliz a la gente que la rodeaba. En cambio, iba a ser madre con apenas veintitrés años, sin acabar la carrera y sin tener experiencia profesional. «La has cagado a lo grande, cariño».

Por primera vez desde que se enterara de que estaba embarazada sintió remordimientos. Tal vez en parte porque había sucedido sin quererlo ellos, y

tal vez porque todavía no le había contado nada a su madre. Colette Bradley era una mujer noble, alegre, tolerante y muy abierta de mente. Esos mismos valores se los había inculcado y transmitido desde que tenía uso de razón. No alcanzaba a saber por qué no le había dicho nada aún de su estado. Podía ser que estuviera esperando a hacerse a la idea del súbito cambio que iba a dar su vida. Pero estaba absolutamente segura de que lo entendería. No temía que pudiera decirle su madre, pues sabía que ella –y también su padre, aunque gruñera un poco al principio– la ayudaría y la apoyaría en todo lo que pudiera.

«Puede que Freddy tenga razón con eso de las hormonas», pensó. Se sintió triste al acordarse de sus padres. Hacía ya bastantes meses que no iba por Clarendon, su pueblo, y los echaba muchísimo de menos. A ellos, y también a su hermano y a su cuñada, pero sobre todo al pequeño Tucker y a la pequeña Natasha, los hijos de ambos, que la colmaban de besos pringosos y abrazos desmedidos en cuanto la veían. Por unos momentos deseó estar allí, en su casa, y no tener que enfrentarse sola a aquella primera cita con la obstetra. Pero eso era, en efecto, lo que iba a ocurrir.

Cuarenta minutos más tarde, una solícita enfermera la llamó por su nombre y la acompañó a una sala.

—Por favor, pasa al baño y desnúdate. Dentro hay una bata; pónstela abierta por delante. —Y se marchó sin que ella pudiese preguntarle nada.

Vacilante, y sintiendo el pulso acelerado, hizo lo que la enfermera le había ordenado. Salió del baño y se sentó sobre una camilla a esperar mientras escudriñaba todo a su alrededor. Se encontraba bien; las náuseas parecían estar comenzando a remitir y ya no se sentía tan cansada como las primeras semanas. Salvo una ligera molestia en el abdomen, que ella achacaba a los cambios que se estaban produciendo en su cuerpo, era como si no estuviera embarazada.

Unos minutos después, una puerta en la que ella no había reparado se abrió

y dio paso a una mujer alta y delgada, con el pelo recogido en un estirado moño. Rondaría la edad de su madre, pero carecía de la amabilidad en los ojos que aquella poseía. Aun así, la mujer le sonrió cuando llegó hasta ella.

—Hola. Soy la doctora Verant —dijo a modo de presentación mientras le tendía una mano que Winnie aceptó—. Supongo que tú eres Winona Bradley.

—Sí.

Tomando una silla, la doctora se sentó frente a ella con una carpeta entre sus manos.

—Muy bien, antes de comenzar la exploración, debo saber algunas cosas, ¿de acuerdo? Para tu historia médica.

Winnie asintió nerviosa. Trató de humedecer su garganta antes de empezar a contestar una a una a las preguntas que le fue formulando. La doctora apenas levantaba la vista del cuestionario que tenía delante y asentía casi por inercia a cada respuesta. Esa actitud la estaba poniendo nerviosa. O tal vez ya se sentía así y necesitaba culpar a alguien, no lo sabía. El hecho era que odiaba estar allí. Sola.

Al fin, la doctora clavó sus ojos en ella. Winnie había esperado continuar viendo esa seriedad con la que la mujer se había conducido; en cambio, le sonrió casi con cariño.

—Muy bien, Winona, tengo que hacerte esta pregunta, pero no quiero que pienses que te estoy juzgando, ¿de acuerdo? —le dijo con cierta afabilidad que hasta entonces no había demostrado.

Winnie asintió con recelo.

—De acuerdo.

—Eres joven. Tienes veintidós años. Tu embarazo... ¿Tienes una pareja estable? ¿O tal vez haya sido...?

—No, no —se apresuró a decir Winnie meneando la cabeza de un lado a otro—. Tengo pareja estable. Se llama Freddy.

—Pero no te acompaña hoy.

Torciendo el gesto, Winnie agachó la cabeza.

—No ha podido. Estaba... estaba ocupado —contestó con un hilo de voz.

—Y dime, ¿ha sido algo que ambos habéis deseado?

Una vez más, Winnie rehuyó la mirada escrutadora de la mujer.

—No ha sido nada buscado, eso lo tengo que admitir. Nos falló el método anticonceptivo —le mintió.

Muy despacio, la doctora asintió y anotó algo en su historia.

—Todos los métodos tienen un porcentaje de error —le dijo sin levantar la mirada del papel.

—Pues ya ve; yo soy ese porcentaje de error —masculló Winnie con desánimo.

Dejando sobre un mueble cercano su historial médico, la mujer la miró de frente, pero no vio en sus ojos ningún reproche ni nada que la hiciese sentirse herida o en guardia.

—Te lo pregunto porque tienes opciones. No muchas, pero sí que las puedes considerar si no quieres... quedarte con el bebé —le dijo con cierto tono de dulzura que Winnie agradeció.

Tomando aire, echó la cabeza hacia atrás y lo dejó escapar poco a poco, hasta que sintió sus pulmones casi vacíos.

—Lo sé. Pero hemos decidido tenerlo, sí —le respondió con voz muy baja a la vez que volvía a clavar su vista en ella.

La sonrisa que surcó el rostro de la doctora le pareció genuina y, en cierto modo, de alivio.

—Muy bien. Me alegra saber que estáis de acuerdo en ello. — Levantándose le palmeó una rodilla—. Venga, tumbate y veamos cómo estás.

Nerviosa, como no se había sentido antes, Winnie se tumbó en la camilla. Sus dedos aferraban con fuerza el dobladizo de la bata contra su pecho. La doctora arrastró hasta donde estaba ella un aparato con una pantalla y lo encendió.

—Descúbrete, por favor. Voy a hacerte una ecografía.

En silencio, Winnie hizo lo que le había pedido. Sentía el corazón

martillearle con fuerza en el pecho y tembló ligeramente al notar el gel frío y viscoso que la doctora esparció por su vientre. Un instante después, colocó sobre ella un pequeño aparato y la pantalla cobró vida.

La mujer estaba absorta en su trabajo, introduciendo datos y regulando parámetros con la mano que le quedaba libre mientras movía el ecógrafo sobre su abdomen. Winnie forzó la postura de su cuello para permitirse mirar hacia lo que mostraba la pantalla. Solo distinguía distintas manchas negras y grises que iban y venían, hasta que la imagen se fijó y lo vio por primera vez. Allí, en el centro del monitor, rodeado de una pequeña bolsa había una diminuta figura. La mujer tecleó algo en la consola y le sonrió.

—Bien. Ahí lo tienes.

Winnie se sentía incapaz de retirar la mirada. Era muy pequeña y algo deforme, pero podía apreciar que estaba completamente formado. Veía las dos piernas y los dos bracitos, y una cabeza desproporcionada con el tamaño.

—¿Eso es...? —preguntó titubeante.

—Es tu hijo, sí. O tu hija. Aún no puedo decírtelo.

Incapaz de creer lo que mostraba la pantalla, Winnie desvió hacia la mujer sus ojos abiertos como platos. Esta le sonrió una vez más.

—Impresiona, ¿verdad? Siempre lo hace la primera vez que una madre ve a su hijo. Las hay que me miran como tú, sin dar crédito a lo que ven. Otras, en cambio, se echan a llorar.

—¿Está bien? —preguntó Winnie.

La doctora regresó su atención a la pantalla y movió un pequeño cursor.

—Tiene las medidas adecuadas al tiempo de gestación. Sí, parece estar bien. ¿Quiere oír el latido del corazón?

De nuevo, Winnie se sorprendió.

—¿Se puede?

—Por supuesto.

Unos segundos después, un golpeteo rítmico, grave y muy rápido llenó la habitación.

—Ahí lo tienes.

Los ojos de Winnie fueron de la mujer a la pantalla para recalar finalmente en la doctora.

—¿Eso es su corazón? ¿No va muy deprisa?

—Es así como ha de ir —le aseguró con convencimiento.

Winnie se recreó en el seguro y firme latido. Era increíble que aquella cosita tan pequeña dentro de ella pudiese producir un sonido tan fuerte y vigoroso como aquel que estaba escuchando. Por primera vez en todo el día, sonrió.

La doctora retiró el ecógrafo y el sonido dejó de oírse. La pantalla se apagó y el ruido de una impresora sustituyó a los latidos. Unos segundos después la doctora le entregaba una imagen impresa del tamaño de una fotografía.

—Toma, la primera foto. Ya puedes levantarte y vestirse.

Sin cuestionarla y sin poder dejar de mirar lo que le había entregado, Winnie se dirigió hacia el baño para cambiarse de ropa. Unos minutos después abandonaba la consulta con la fotografía bien guardada dentro de su bolso.

Le bastaba con la suave luz de la lámpara que había sobre su mesilla de noche para iluminarse. Sentada en la cama y apoyada contra el respaldo, Winnie dejó a un lado el teléfono móvil. Había llamado varias veces a Freddy, pero en todas y cada una de las llamadas el resultado había sido siempre el mismo. Después lo intentó con los mensajes de texto. Ninguno de ellos fue recibido. Cansada, resopló con fuerza y dejó caer la cabeza hacia adelante, hasta que su barbilla casi rozó su pecho. No iba a esperarlo más. Al día siguiente tenía clase muy temprano y quería estar descansada. Sin pretenderlo, sus ojos se desviaron hacia la pequeña fotografía que había dejado sobre la mesilla de noche, hacia la impresión de su futuro hijo que le había dado la ginecóloga. Sonriente, se deslizó entre las sábanas.

La despertó una fuerte punzada en el abdomen. La segunda hizo que se sentara en la cama como si la hubiesen accionado con un resorte. Fue entonces cuando notó la humedad entre sus piernas. Un tercer acceso de dolor le hizo apretar los dientes y cerrar con fuerza los ojos.

—No, no. Por favor —masculló entre dientes al ver la gran mancha oscura en las sábanas.

Se levantó de un salto y corrió hasta el baño. Antes de entrar se sostuvo en el marco de la puerta para no caer al suelo cuando un nuevo pinchazo le sobrevino y la hizo doblarse. En cuanto recuperó el aliento, se cambió de ropa lo más rápido que pudo, y con toda su documentación metida en el bolso, llamó a un taxi para que la llevara hacia el hospital.

Sentada en el asiento de atrás, y ligeramente inclinada hacia adelante, soportando los espasmos que cada vez eran más recurrentes, Winnie miró hacia el frente. Se encontró con la mirada preocupada del taxista.

—¿Te encuentras bien?

Ella negó con la cabeza.

—Por favor, dese prisa —casi le suplicó tratando de mantener a raya las lágrimas que estaban comenzando a formarse en sus ojos.

El hombre no le respondió; tan solo le hizo caso y aceleró.

Un enfermero salió a su encuentro en el *hall* del centro hospitalario.

—Hola...

Ella no lo dejó acabar. Se abrazó a sí misma con fuerza para tratar de dejar de tiritar, aunque no sabía si era de frío o de lo asustada que se sentía.

—Creo... creo que estoy sufriendo un aborto.

Con rapidez, el hombre corrió a por una silla de ruedas y Winnie se dejó caer en el asiento en cuanto llegó. Apretando los labios soportó una nueva punzada que la hizo inclinarse hacia adelante y sofocar un pequeño gruñido de dolor.

—Te llevaré inmediatamente para la sala de observación. Después podrás dar tus datos, ¿de acuerdo?

Winnie solo tuvo fuerzas para asentir.

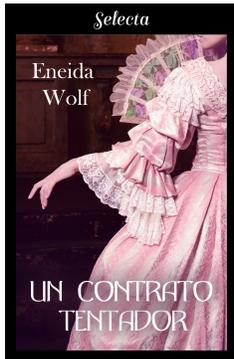
Mientras el enfermero empujaba con empeño y rapidez la silla, se inclinó hacia ella.

—¿Hay alguien a quien quiera que llamemos?

Incapaz de contener más las lágrimas, Winnie asintió una y otra vez.

—Sí. Por favor, llame a mi madre.

Por querer de nuevo el reconocimiento social, Jane terminará comprometiendo algo más que su apellido.



Jane Bradford está marcada por la desgracia de su hermano, a quien tacharon de paria social por menguar la fortuna de la familia en deudas de juego.

Marginada de cuanto evento social se presente, Jane está decidida a hacerle frente a la sociedad y limpiar su nombre.

Sin embargo, la suerte no estará de su lado, pues su reputación se verá comprometida con el hombre más díscolo y atractivo de Londres, pero, también, el menos interesado en el matrimonio.

Eneida Wolf es el seudónimo bajo el que escribe esta barcelonesa nacida en 1991. Graduada en Derecho, posteriormente hizo el máster de AGT. Participó en muchos de los juegos florales de su colegio y posteriormente colaboró en la revista de la universidad. Apasionada de la historia, de culturas distintas, viajera incansable y cinéfila. Lectora voraz, le gusta sumergirse en sí misma para crear distintos mundos que plasma en sus historias.

Edición en formato digital: enero de 2019

© 2019, Eneida Wolf

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17606-38-1

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

NOTAS

Capítulo 13

[1] *Algunos sostienen que la palabra Venetia podría provenir de Veni Etiam o sea, vuelve otra vez, y otra vez, porque por muchas veces que vengas, siempre verás nuevas cosas, y nuevas bellezas. Jacopo d'Antonio Sansovino*

[2] *Estoy de acuerdo con Jacobo, en italiano.*

Índice

Un contrato tentador

Capítulo 1. Rumores e impresiones

Capítulo 2. Ante la duda, té con leche

Capítulo 3. Extrañas situaciones

Capítulo 4. Cuestión de honor

Capítulo 5. La pedida

Capítulo 6. Lecciones

Capítulo 7. En la salud y en la enfermedad

Capítulo 8. Tu casa es mi casa

Capítulo 9. Equitación

Capítulo 10. El arte de la seducción

Capítulo 11. Desnudos integrales

Capítulo 12. El cortejo

Capítulo 13. Un monstruo llamado celos

Capítulo 14. Buen viaje, señor Grishan

Capítulo 15. Navidad, dulce Navidad

Capítulo 16. El aprendiz

Capítulo 17. Atípico

Capítulo 18. Pasiones desatadas

Capítulo 19. Destino de condesa

Capítulo 20. Eres mi principio y mi final

Epílogo

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Eneida Wolf

Créditos

Notas